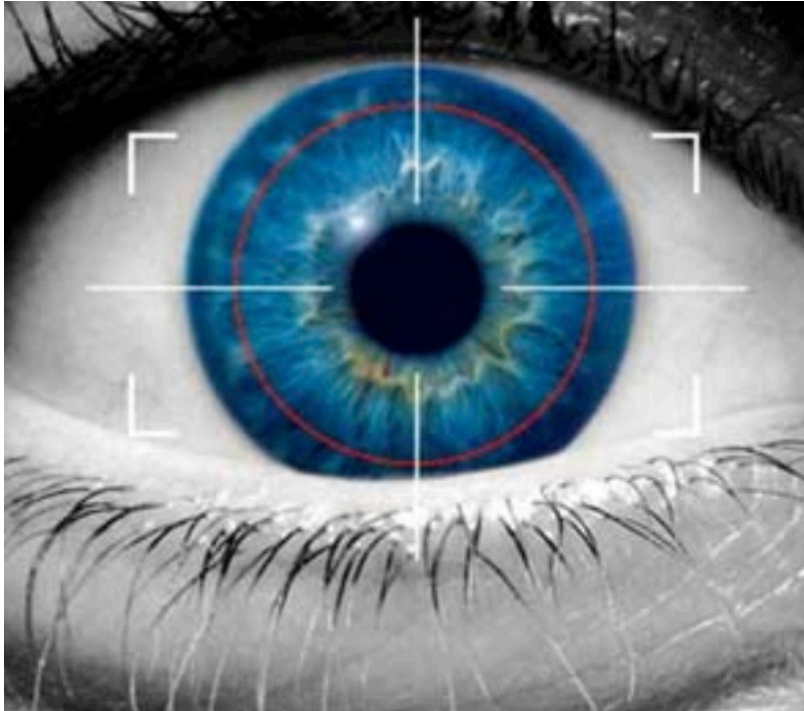


# VIDEOSCOPIA. POLÍTICAS DE LA VIGILANCIA



Proyecto intermedia dirigido por Jordi Martorell, Lidia Porcar y Marina Sala.

Sitio web original (2001): [www.videoscopia.com](http://www.videoscopia.com)

Revista electrónica a cargo de Jorge Luis Marzo.

Con la participación de

Michele Beck  
Eugeni Bonet  
Jordan Crandall  
Manuel Delgado  
Lucía Enguita  
David Lyon  
Jorge Luis Marzo  
Joseph Organ  
Raquel Paricio  
Alexander Pilis  
Jeanne Randolph  
Fundación Rodríguez  
Gabriel Villota

<u>Índice</u>	<u>pág.</u>
<b>Consideraciones sobre la tele-depredación</b> Jorge Luis Marzo	3
<b>The Vision Machine: Electronic Eyes in The City</b> David Lyon	14
<b>Inventos del "te veo". Notas sobre videoscopia, televisión y otras tangencias</b> Eugeni Bonet	27
<b>Hacia una sociedad metafísica</b> Manuel Delgado	40
<b>Situación de cámaras de control de tráfico en Vitoria-Gasteiz</b> Fundación Rodríguez (Arturo <i>fito</i> Rodríguez y Natxo Rodríguez)	51
<b>Surveillance and Out-of-Date Ideas</b> Jeanne Randolph	67
<b>Anything that Moves: Armed Vision</b> Jordan Crandall	74
<b>Videovigilancia: Entre el apocalipsis cristiano y la integración posmoderna</b> Gabriel Villota	89
<b>Contextualising CCTV in Britain: Privacy in a Surveillance Society</b> Joseph Organ	97
<b>Arquitecturas digitales de supervisión</b> Raquel Paricio	118
<b>The Modern Times of Surveillance and Work</b> Michele Beck	127
<b>Cámaras en las calles y estado policial. ¿Quién custodia las imágenes?</b> Lucía Enguita	139
<b>Architecture + Surveillance. There is no life like it</b> Alexander Pilis	150

## CONSIDERACIONES SOBRE LA TELE-DEPREDACIÓN

Por Jorge Luis Marzo<sup>1</sup>

---

Hace algún tiempo, tras ver de nuevo la película *Predator* (Depredador) y fantasear acerca de los dispositivos que el alien llevaba encima para así sobrevivir en un entorno extraño y hostil –y que tantos problemas causara a Arnold-, entré en Internet en busca de primeros planos de la bestia para un artículo sobre prótesis que tenía en mente. Mientras perseguía esas imágenes en un buscador, me topé con una web militar que hacía referencia a un aparato de vigilancia sin piloto que el ejército de los EEUU había desarrollado y cuyo nombre también era *Predator*. El avión enviaba imágenes en tiempo real de todo aquello que veía y desde allí donde se encontrara. De repente, todas esas alegorías que me habían crecido en la cabeza respecto del alien, se me aparecían como hechos reales. Mis interpretaciones de los ingenios electrónicos del alien como un juego de ventriloquías, en el que los aparatos respondían en realidad a unas transferencias de representación e interfaz -*prótesis*-, cobraban forma en un modelo real, aplicado y con usos específicamente establecidos.

Tras visitar aquella web militar y extender la búsqueda en más profundidad a través de otros links de similar carácter, me encontré con el comentario de algunos oficiales norteamericanos asignados al programa *Predator* respecto a las condiciones psicológicas que el manejo de ese avión comportaba. Un oficial decía que los "pilotos pueden tranquilamente echarse hacia atrás en sus sillas como si estuvieran viendo la final de fútbol en la pantalla". Un Mayor llamado Schiffer señalaba: "Es muy interesante subir allí arriba y observar a alguien durante 8 o 9 horas in situ y ver cómo situaciones enteras se desenvuelven de principio a fin." Y añadía: "En el *Predator* tu miras a través de una cámara en el morro, que no es más que una pantalla de televisión, como si jugaras a un videojuego". Schiffer había pilotado bombarderos B-52 durante 12 años

---

<sup>1</sup> Jorge Luis Marzo. Investigador privado, escritor y comisario de exposiciones. En la actualidad co-prepara una exposición sobre *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad, para el Palau de la Virreina de Barcelona (2002) y la exposición *Individuals. On Technology, Social Spaces and Individualism*, para The Mendel Art Gallery, en Saskatoon (Canada, 2002). [www.soymenos.net](http://www.soymenos.net)

antes de unirse al programa *Predator*. Por último, otro piloto apuntaba: "La parte positiva es que nunca te alejas, porque nunca hay heridas para el piloto. La ventaja más grande es que podemos ser más agresivos en situación de combate sin tener que arriesgar la vida".<sup>2</sup>

Vayamos por partes. ¿Qué es el *Predator*? Se trata de un aparato aéreo militar no tripulado diseñado para la vigilancia y las misiones de reconocimiento y de establecimiento de objetivos. Este avión distribuye en tiempo real (con un retraso máximo de 2 segundos) imágenes de "radar de apertura sintética" –para ver más allá de humo, nubes o niebla-, de video y de registro infrarrojo que pueden ser recibidas tanto por soldado en primera línea de frente como por el comandante de la operación, el Estado Mayor o el Pentágono. Sus vías de transmisión son mediante satélite y/o transmisión directa y cada aparato requiere un equipo de 13 técnicos. Su coste es de 7.800 millones de pesetas. Fue fabricado por primera vez en 1994. En 1998, la Fuerza Aérea de los EEUU, disponía de 60 unidades. En varias operaciones militares con carácter humanitario durante la década de los 90 y durante la guerra de Kosovo, todas las unidades estuvieron operativas.

Más allá de la correlación que fácilmente se establece entre los comentarios de los soldados y una cultura del simulacro interactivo procedente de los videojuegos (al fin y al cabo el mismísimo Ronald Reagan dijo que los videojuegos también son un excelente terreno de entrenamiento militar para hacer de la población futuros soldados), lo que sorprende es la actitud psicológica en un tiempo y frente a unas máquinas que desdibujan profundamente nuestras ideas acerca de la realidad, de su "fisicidad" y de nuestra capacidad de incidir en ella.

---

<sup>2</sup> Las fuentes consultadas sobre el avión *Predator* son:  
[www.airforce-technology.com/projects/predator](http://www.airforce-technology.com/projects/predator)  
[www2.acc.af.mil/library/factsheets/predator.html](http://www2.acc.af.mil/library/factsheets/predator.html)  
[www.af.mil/news/Sep1996/n19960905\\_960887.html](http://www.af.mil/news/Sep1996/n19960905_960887.html)  
[www.af.mil/photos/Sep1996/960887b.jpg](http://www.af.mil/photos/Sep1996/960887b.jpg)  
[www.geocities.com/Area51/Dreamworld/8300/pic03.html](http://www.geocities.com/Area51/Dreamworld/8300/pic03.html)  
<http://peoiews.monmouth.army.mil/aps/tesar.htm>

Ha sido en el terreno militar en donde los parámetros sobre la mirada y nuestras acciones sobre aquello que vemos han adoptado un discurso estratégico, que a la postre ha influido enormemente en la cultura perceptiva de nuestra cultura occidental. Las necesidades militares de información, vigilancia, secretismo y camuflaje han conducido, desde la aplicación del telégrafo con fines bélicos por parte de Napoleón hasta las tecnologías actuales, a nuevas percepciones sobre lo que en su momento estableciera Galileo con su telescopio. Galileo destapa la caja de pandora al abrir un agujero en el que mirar a lugares muy lejanos. Con la invención del telescopio, se replantea toda la idea sobre la velocidad<sup>3</sup>. Más que eso; con el telescopio se hacía patente que para establecer la más mínima noción empírica de velocidad era necesaria la "máquina"; artefactos que fueran capaces de deducir la distancia, de conquistar el espacio. Con el telescopio, el hombre podía detectar astros a años luz de la tierra; los podía ver pero no los podía tocar. Toda la ciencia pasó a fundamentarse en la idea de predicción; análisis que pudieran demostrar cosas que eran intangibles, que estaban muy lejos pero que podíamos observar con nitidez en el cristal de la máquina frente a nuestro ojo. Observar los astros supuso calcular el tiempo que la luz tardaba en llegar a la tierra, a fin de fijar la fecha real de los planetas en el momento de su observación. Nació la ciencia-predicción. Una ciencia producto de la necesidad de predecir: la anticipación (el descubrimiento) de hechos que existen, y cuya probabilidad y existencia está corroborada. Los ordenadores, sin ir más lejos, son lo que son porque se originaron en contextos, como los militares, en los que la predicción<sup>4</sup> y la gestión de la respuesta es fundamental: el cálculo balístico<sup>5</sup>, los escenarios de estrategia que

---

<sup>3</sup> Sobre la relación entre aparatos ópticos, ciencia y velocidad, ver Jorge Luis Marzo, *Velocidad, ciencia y ficción*, conferencia en el simposio "SciFi: entre lo científico y lo fantástico", Festival Periferias, Huesca, 28-10-00. En proceso de publicación. Pre-publicado en [www.soymenos.com](http://www.soymenos.com)

<sup>4</sup> Respecto a la predicción y a los sistemas de "seguimiento" teledirigido, ver Jordan Crandall, "Anything That Moves: Armed Vision", *Ctheory*, Vol. 22, No. 1-2, Toronto, 15-6-99. Traducido en [www.videoscopia.com](http://www.videoscopia.com)

<sup>5</sup> "Resulta sorprendente que la semejanza entre las tareas encomendadas a una batería antiaérea autodirigida y un cazador que, con un fusil, sigue el vuelo de un pato. La cibernética intenta sacar aquí determinadas conclusiones entre uno y otro proceso. Ambos procesos deben ser ejecutados a la máxima velocidad posible, puesto que tanto el pato como el avión pueden cambiar su curso. A esta exigencia sirve, en el organismo humano, el sistema ojo-cerebro-músculo, y, en el cañón antiaéreo, un mecanismo

requieren cálculos enormes con montones de variables y la nueva relación del hombre militar con la máquina (en tanques, aviones y submarinos), en tanto que éste se hace parte integrante de lo mecánico. No es casualidad que el término *vigilancia* fuera empleado por primera vez por el neurólogo Henry Read para describir el estado del sistema nervioso conducente a respuestas rápidas y adecuadas y que posteriormente fuera adoptado por Mackworth, el psicólogo de Cambridge, en sus estudios de guerra sobre la monitorización visual y auditiva, quien lo definió como "un estado de buena disposición para detectar y responder a pequeños cambios determinados que ocurren a intervalos aleatorios en el entorno"<sup>6</sup>. Es decir, la vigilancia es un determinado estado de atención, acorde con una estrategia previamente definida.

Las reglas de esa ciencia-predicción las encontramos hoy por doquier: en las estrategias de inversión en bolsa, en las decisiones a tomar por un jugador frente a la consola de un video-juego, en la realidad virtual<sup>7</sup> o en las videotransmisiones en tiempo real de las imágenes de un enemigo a miles de kilómetros de distancia. La ciencia, al mostrarnos que hay cosas posibles, demostrables en el cristal de la mirilla o de la pantalla, situadas en el futuro, a distancias enormes pero captables, rompe de cuajo los modelos clásicos de la realidad y de la ficción, para comprometerlo todo en un estado de probabilidades y simulación, de tests de realidad respecto de lo que se vé al final del telescopio, de la misma forma que el telescopio "data" la edad de los astros, los emplazaba en una estrategia unidimensional, los insertaba en el tiempo del observador, bajo una férrea dictadura. Esas probabilidades ciertamente acaban afectando a nuestro

---

automáticamente dirigido de células fotoeléctricas y un sistema de conexiones motoras que trabajan eléctricamente. Tanto los cañones que apuntan automáticamente como los movimientos de nuestros ojos y manos hacia el objeto dan pruebas de inestabilidad. Una exacta reproducción cinematográfica ha demostrado que el movimiento de nuestros ojos y brazos, al perseguir un objeto que se desplaza continuamente, se produce en pequeñas y regulares sacudidas de determinada frecuencia, sacudidas de las que no nos damos cuenta subjetivamente. De manera parecida, el cañón también da pequeños saltos cuando tiene bajo su observación un objeto volador." En Rolf Strehl, *Han llegado los robots*, Destino, Barcelona, 1956, 228.

<sup>6</sup> L. S. Hearnshaw, *The Shaping of Modern Psychology*, Routledge, London, 1987, 206-209; citado en Jonathan Crary, *Suspensions of Perception. Attention, Spectacle and Modern Culture*, MIT Press, 1999.

<sup>7</sup> "The principle of virtual reality has, in its simpler form, a practical potential for helping to reveal the invisible, conjure up the unseeable." En Anthony Smith, *Software for the Self. Technology and Culture*, Faber&Faber, London, 1996, 99

propio presente, puesto que en el entramado de poder legislamos la realidad con los ojos puestos en eso que está lejos y que intentamos abarcar con un ánimo puramente estratégico: "No me interesa lo que veo en la pantalla por sí mismo, sino por lo que de predicción ello puede contener en vista a posibles acciones que puedo llegar a tomar". Se trata de incorporar lo otro en el tiempo del que mira y destruir la autonomía del tiempo ajeno. Una proyección que invariablemente viene establecida institucionalmente (mediante la gestión de la tecnología) y que legitima los propios mecanismos científicos por su capacidad de predicción y de registro. Los mecanismos audiovisuales que tenemos son fundamentalmente registradores<sup>8</sup> de distancias, de evidencias de nuestra capacidad de conquista de espacios y tiempos.

Los esfuerzos por dotar a aparatos voladores sin piloto tanto de sistemas de guiado fiables como de ingenios de grabación y registro nacen fundamentalmente en la Segunda Guerra Mundial. Ernst Jünger señalaba en 1934: "Ya hoy existen armas de fuego acopladas a células ópticas e incluso máquinas ofensivas volantes y flotantes provistas de pilotos ópticos."<sup>9</sup> La radio-conducción, esto es, la manera en que se guía el avión desde tierra, tuvo escasas aplicaciones durante la Segunda Guerra Mundial porque "no se puede radio-dirigir lo que no se ve, y sobre algo que tampoco se distingue"<sup>10</sup>, como señalaban militares del momento. "No es solamente el proyectil volante el que se hace invisible a causa de la distancia, sino que tampoco puede verse el objetivo". Para solucionar este problema de control, a principios de 1940, la *Office of Scientific Research and Development* (OSRD), de los Estados Unidos, encargó a un grupo de técnicos especializados en televisión el estudio del problema de la instalación de minúsculas estaciones emisoras de televisión a bordo de grandes proyectiles. Los primeros resultados aparecieron algunos meses después del final de la guerra. Una de las dificultades era la poca sensibilidad de los aparatos para la toma de vistas televisivas. La transmisión de una escena por tal medio requería el uso de grandes

---

<sup>8</sup> Sobre tecnología y registro, ver Jorge Luis Marzo, "Cultura de registro", conferencia "Culturas del archivo", Fundació Antoni Tàpies, Barcelona, 22-9-0. En fase de publicación por la Archivo Histórico de Salamanca. Pre-publicado en [www.soymenos.com](http://www.soymenos.com)

<sup>9</sup> Ernst Junger, *Sobre el dolor*, Tusquets, Barcelona, 1995, 72 (ed. orig. Berlín, 1934)

<sup>10</sup> D. E. Ravalico, *Maravillas de la electrónica y de la televisión*, Buenos Aires, 1951, 79

proyector de mercurio, refrigerados por circulación de agua, ya que era muy elevada la intensidad de iluminación necesaria. Los encuentros deportivos no era nunca transmitidos por televisión porque, aunque se desarrollasen en plena iluminación solar, su potencia de luz no era suficiente. Era necesario, pues, un nuevo tipo de aparato para la toma de vistas televisivas, capaz de funcionar aún en casos de precarias condiciones de luz, con el cielo cubierto o solamente con iluminación lunar. Descartado el antiguo "ojo televisor", que entonces se llamaba *iconoscopio*, se ideó uno completamente nuevo, llamado *imagen de orthicón*, de grandísima sensibilidad. Mientras que con el iconoscopio eran necesarios los potentísimos proyectores de mercurio, con el nuevo *orthicón* bastaba una cerilla encendida. Este invento sería a la postre de decisiva importancia para toda la técnica televisiva posterior<sup>11</sup>. Según directivos de la RCA, empresa que patentó el dispositivo, "el que conduce el avión no tripulado es como si tuviera un ojo en la proa del mismo. A medida que el proyectil avanza en su carrera, la localidad en que se encuentra el objetivo va apareciendo cada vez más clara sobre la pantalla. Finalmente resulta visible el objetivo mismo, que se agranda cada vez más en la pantalla hasta la explosión del proyectil y el momento final de la transmisión."<sup>12</sup> Así, la primera bomba de aeroplano radio-dirigida, y con emisora de televisión de la RCA, fue construida en los EEUU por la Douglas Aircraft Company y se llamaba Rockbird<sup>13</sup>.

Será durante los años 50, que las investigaciones sobre videotransmisión y radio-guiado cobrarán una enorme importancia, dada el entorno estratégico que comportaba la guerra fría. Algunas de las visiones que en aquel momento se articulaban en las mentes calenturientas de militares y científicos, no iban muy descaminadas respecto a lo que vendría 40 años después. El Dr. O. M. Solandt, presidente de la Comisión canadiense para las Investigaciones de Defensa, decía en 1955: "Los hombres-máquina podrían ser equipados con aparatos para tomar vistas desde lejos y para ver también en la oscuridad o a través de la niebla con ayuda de rayos infrarrojos. Registrarían las más mínimas impresiones de sonido, luz y olfato, las transmitirían por

---

<sup>11</sup> El invento se debió a tres técnicos de la RCA: P. K. Weimer, H. B. Law y S. V. Forgue. En Ravalico, 80

<sup>12</sup> Ravalico, 80

<sup>13</sup> Ravalico, 81



radio e incluso tendrían memoria y dispondrían de capacidad de enjuiciamiento. Se caracterizarían especialmente porque incluso en el fuego más intenso conservarían 'la cabeza fría y los nervios templados'."<sup>14</sup>

Toda la tecnología aplicada a la *tele*-visión, nace en realidad de la constatación del límite humano frente a la velocidad. De la misma manera que Coyote se equipaba de aparatos ACME para ponerse al diapasón de un mundo (iconizado en el Correcaminos) *infinitamente* más rápido que él, los hombres se volcaron en la consecución de un sistema protésico que facilitara la adecuación a un medio hostil como es el de la velocidad. Investigaciones efectuadas durante los años 50, demostraron que el hombre empieza a cometer errores al alcanzar una velocidad igual al doble de la del sonido, o sea, alrededor de los 2.600 km/h. A esa velocidad, se presenta una alteración de la circulación cerebral relacionada con las condiciones de la presión atmosférica<sup>15</sup>. Es decir, se constataba una deficiencia humana, que debía ser "corregida", reforzando así la peliaguda idea propuesta por Lewis Mumford y Jacques Ellul respecto a que la máquina actúa en el siglo XX como sancionadora social de la inadaptación o ineficiencia de la sociedades humanas<sup>16</sup>. J. K. Kindelberger, jefe de la North America Aviation Company, comentaba en 1956: "Ya no se pueden construir aviones que vuelen aún más rápido que los ya existentes, puesto que no se puede colocar un hombre en un mecanismo el cual ya no puede gobernar".<sup>17</sup> La constatación del límite biológico frente a la realidad de la velocidad, llevaría en buena medida a la elaboración directa de discursos sobre *tele*-visión, simbolizados en la imagen del avión no pilotado como mejor manera para superar el problema de la inadaptación humana y seguir manteniendo políticas de observación y estrategia.

La televigilancia y el telemando son respuestas de una visión estratégica y correctiva que también tiene efectos muy profundos en la manera en que juzgamos nuestra

---

<sup>14</sup> Strehl, 265

<sup>15</sup> Strehl, 12

<sup>16</sup> Jacques Ellul, *The Technological Society*, Vintage, New York, 1964 (ed. orig., París, 1954)

<sup>17</sup> Strehl, 267

relación moral con lo que vemos. Miremos a esos soldados que frente a la consola en tierra dirimen sus propios miedos y sus propias comprensiones del mundo, mientras pilotan aviones de guerra más allá de "su propio mundo", en el terreno del enemigo, en donde, por lo que parece, la realidad se resiste a ser fagocitada. La realidad del enemigo no debe existir por sí misma, sino en función de lo que se pretende de ella. Todo se convierte en objeto propio (el yo y el otro): "Introspección y conductismo tienen el mismo trasfondo metafísico: reducción del yo a objeto, cuya manifestación más radical sería su transformación en prótesis adherida en forma de cámara fotográfica o célula fotoeléctrica a los artefactos industriales y militares"<sup>18</sup>, ha señalado Enrique Ocaña. Ese objeto no está sujeto a un valor por sí mismo, sino que tiene una condición estratégica. Paul Virilio ha escrito que con la teleinformación hay una "pérdida de la orientación en lo que se refiere a la alteridad (el otro); una perturbación en la relación con el otro y con el mundo".<sup>19</sup> Georg Knapp, citando a Ernst Jünger, apuntaba: "La visión telescópica, la mirada aguda más allá de una distancia grande, descubre al objeto en su corporalidad carente de valores. El objeto contemplado está ahí con contornos precisos, pero desprendido de toda valoración, en una especie de espacio elemental. Jünger decía que en una distancia tan grande la diversidad de los fines se funde. La participación del observador se vuelve de algún modo más fría y más ardiente a la vez, pero en todo caso diferente de la relación que el individuo posee allí abajo en tanto que parte del todo"<sup>20</sup>. Michel Ignatieff ha descrito lúcidamente esta nueva situación moral de un soldado que trabaja en la distancia: "La tecnología moderna ha ampliado la distancia moral y geográfica que separa al soldado de su enemigo: ¿qué sentido del honor puede vincular al técnico que lanza un misil a grandes distancias de su impacto?"<sup>21</sup>. Debido a que la máquina no devuelve la mirada humana, según arguyó Walter Benjamin<sup>22</sup>, la actitud del soldado frente a esa realidad *otra* que aparece en la

---

<sup>18</sup> Enrique Ocaña, "Fotografía, guerra y dolor", en *Ernst Jünger: Guerra, técnica y fotografía*, Nicolás Sánchez Durá (ed.), Universitat de València, 2000, 72 (ed. orig., Berlín, 1930)

<sup>19</sup> Paul Virilio, "Velocidad e información", *Le monde diplomatique*, Agosto de 1995.

<sup>20</sup> Georg Knapp, "Fotografía y mirada estereoscópica", en *Ernst Jünger: Guerra, técnica y fotografía*, 98. Cita de Jünger: Ernst Jünger, *El trabajador. Dominio y figura*, Tusquets, Barcelona, 1990, 69

<sup>21</sup> M. Ignatieff, *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, Taurus, Madrid, 1999, 151

<sup>22</sup> Walter Benjamin, "Sobre algunos temas en Baudelaire", *Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II*, Taurus, Madrid, 1972, 163 (ed. orig, París, 1938)

pantalla se define por la indiferencia que produce el anonimato: el del objetivo y el del mismo técnico que vigila: "¿Qué rostros nos miran desde la 'tierra de nadie'? ¿se puede decir que las bocas de los cañones o ametralladoras nos corresponden con un guiño? ¿qué aura irradian esas 'armas de fuego acopladas a células ópticas' o esas 'máquinas ofensivas volantes y flotantes provistas de pilotos ópticos'? ¿cual es el rostro de ese 'ojo insensible e invulnerable', de ese 'ojo artificial' que vence la resistencia de la materia, que vigila más allá del bien y del mal? ¿qué faz puede reclamar el soldado anónimo?".<sup>23</sup>

Las cámaras montadas sobre misiles inteligentes, por las que vemos en directo como éstos se dirigen al objetivo, ya no nos enseñan la guerra sino nuestra capacidad de estar justo en medio de la misma, como exploradores en el corazón de las tinieblas, pero protegidos por la reversibilidad que ofrece la virtualidad. Las cámaras nos muestran nuestra voluntad de igualar la velocidad con que todo ello se produce. Ya no se trata de que el misil vaya al objetivo, sino que somos nosotros quienes constatamos el hecho: todos y a la vez. Es de verdad. Y la imagen procedente de la cámara también. Pero en ese entorno de representación virtual, la reversibilidad sólo ocurre en una dirección. Sólo los que disparan pueden anular la trayectoria, como también nosotros podemos dejar de mirar. Legitimamos lo que vemos en el visor, porque sabemos que muchas veces –todas las veces en el caso de los escenarios militares- la muerte del "otro" es un fenómeno real... la realidad. Una realidad paralela a la nuestra, pero a la vez *creada* por nosotros; porque lo importante de la imagen no es lo que ocurre en un poblacho de Yugoslavia o de Irak, sino que nuestro misil va directo a visitarlos. Esa es la noticia. Ese misil no existiría en nuestras conciencias si no hubiera montada una cámara sobre ella.<sup>24</sup>

La *tele*-visión y la tele-destrucción contemporáneas ofrecen la constatación de que armas y cámaras pertenecen a una misma naturaleza: "Armas y cámaras 'son instrumentos de la conciencia técnica'; la intensidad de la mecanización provoca que

---

<sup>23</sup> Ocaña, 78

<sup>24</sup> Ver Marzo, *Velocidad, ciencia y ficción*, op. cit.

armas y cámaras sean cada vez 'más móviles y de total eficacia a distancias crecientes'. Armas y cámaras son instrumentos de 'especial exactitud', lo que no exime a ambas de ser progresivamente 'abstractas', como muestra la fotografía aérea o la aparición de los gases venenosos que cubren vastos espacios, la aviación militar que vaciando éstos los reduce a su esquema geométrico, o el desarrollo de la artillería que al hacer indistinto el terreno, lo barre, lo remueve, lo unifica paisajísticamente. Por fin, armas y cámaras se las empuña en los mismos espacios y circunstancias de combate, pues 'junto a las bocas de los fusiles y cañones estaban lentes ópticas dirigidas día tras día al campo de batalla'.<sup>25</sup>

El exterminio y la observación se dan la mano; la imagen del misil teledirigido es clara, pero también las imágenes documentales de tribus o de animales en extinción. La observación de la desaparición ya no se impone únicamente sobre el objetivo a destruir o que está siendo aniquilado sino también sobre nuestra propia visión, sobre el mecanismo de visión que también se destruye. Se registra lo que va a desaparecer, incluso la desaparición de la propia máquina que nos concede esa visión. El mero hecho de que veamos desaparecer nuestro ojo (electrónico) en el momento del impacto crea una suerte de visión "bucle"; una y otra vez el técnico en la consola observa las mismas imágenes: se aplica un patrón definido sobre realidades distintas que acaban desapareciendo en el anonimato y la indiferencia de una repetición formidable. Las realidades se hacen *una*, porque el sistema de visión produce entornos exactamente idénticos en el interfaz de las pantallas. El carácter "idéntico" de los mecanismos de la *tele*-visión lleva a que se perciba la realidad del mundo a través de rutinas, por lo que los "pilotos pueden tranquilamente echarse hacia atrás en sus sillas como si estuvieran viendo la final de fútbol en la pantalla". Una realidad sujeta a la dictadura de la predicción y la velocidad se percibe en forma de videoclip, con un tiempo previsto de emisión y con una fecha de caducidad perfectamente visible en los *time codes* que corren vertiginosos sobre la pantalla. Nos decía un oficial lo interesante que era "subir

---

<sup>25</sup> Nicolás Sánchez Durá, "Guerra, técnica, fotografía y humanidad en los foto-libros de Ernst Jünger", *Ernst Jünger: Guerra, técnica y fotografía*, Nicolás Sánchez Durá (ed.), Universitat de València, 2000, 23

allí arriba y observar a alguien durante 8 o 9 horas in situ y ver cómo situaciones enteras se desenvuelven de principio a fin". El principio y el fin están marcados exactamente dentro de ese periodo de tiempo. Fuera de ese límite de tiempo fijado por los órganos estratégicos de la *tele*-visión, sólo está la nada. Pero es justamente en esa nada en donde la supervivencia de los *otros* es posible: en los intervalos de desconexión; en los momentos en que la indiferencia de la máquina deja de filmarte.

## THE VISION MACHINE: ELECTRONIC EYES IN THE CITY

By David Lyon<sup>26</sup>

---

It is hard to enter a public building, these days, without encountering the warning sign: 'These premises are under constant video surveillance'. But as you look back at the street you are likely to see that -- often with no warning -- you have just moved out of range of one set of cameras -- mounted on street lamps, dedicated poles, or traffic signals -- and into the range of others. Indeed, if you got out of a bus, taxi, or train, the cameras were, like as not, gazing unobtrusively at you as you travelled as well. Some cameras are recording, others are watched in control rooms by live security personnel, yet others are merely there to observe the shapes and patterns of body movement without necessarily recognizing or identifying any individual.

The eyes are everywhere, but they are not Orwellian eyes on the 'telescreen', and neither are they panoptic eyes from Jeremy Bentham's (in)famous prison, which was made even more (in)famous by Michel Foucault. No, these are the eyes of the vision machine, of which Paul Virilio writes so poetically and so critically. As he says, the city no longer has -- or, one might add, needs -- physical gates or walls. What has taken their place is an 'audio-visual protocol in which methods of audience and surveillance have transformed even the forms of public greeting and daily reception' (Virilio 1997: 383). The vision machine, which started out as a form of detection radar and a built-in mapping system for Cruise missiles, now takes its place as an unexceptional, domesticated, civilian technology.

But what exactly is this vision machine? Where did it come from and why is it so central now? Is it really so different from the omnipresent telescreen of Orwell's *Nineteen-*

---

<sup>26</sup> **David Lyon** is professor of sociology at Queen's University, Kingston, Ontario, Canada, where his main focus is the social and cultural aspects of new technologies. He has held visiting positions at universities in Australia, Canada, England, France, Japan, and New Zealand and his work has been translated into 11 languages. His most recent books are *Postmodernity (Jesus in Disneyland: Religion in Postmodern Times* (2000) and *Surveillance Society: Monitoring Everyday Life* (2001). See <http://qsilver.queensu.ca/sociology>

*Eighty-Four*, or from the omnipresent panoptic gaze of Foucault's *Discipline and Punish*? Secondly, how does analysing the vision machine help us to understand surveillance today? Is this just an instance of 'technology out of control'? And how did we come to live in the surveillance society without noticing the construction of the machine? Thirdly, although Virilio gives us essential clues for grasping the significance of the vision machine, is anything missing from his account? In particular, does his rejection of (what he thinks of as) sociology help or hinder our efforts to explain the vision machine? And are there latent resources in his work that could be brought to bear on a critical account of surveillance?

### The vision machine

The London Underground railway system is a complex network that carries hundreds of thousands of people into, out of, and across the city each day. Its tunnels, escalators, and stairways can be places of risk and danger during peak travel, when traffic is heaviest. But they have also proved vulnerable to terrorist attack and to accidents such as fire, and they are notorious as places to attempt suicide. An intelligent camera system called Cromatica has been tested for use in the 'Tube', and some striking claims are made for its potential. It can tell in advance where hazards will occur, from dangerous overcrowding, to deliberate violence to passengers, and even to attempted suicides. Patterns of real-time behaviour are monitored and checked against already-known situations -- such as the suicidal person who will wait at the platform edge as several trains arrive and depart before taking the fatal plunge. This intelligent camera system is supposed to predict and thus, in principle, prevent certain undesirable events (Graham-Rowe 1999).

'Now objects perceive me' said the painter, Paul Klee. That is Virilio's starting point for the new departure in surveillance, what he calls 'sightless vision' and the 'automation of perception' (Virilio 1994: 59). Perhaps Cromatica fits his description? Computer-aided perceptions create patterns of behaviour that might not be recognized by the persons

whose activities triggered them. Virilio fears that this vision is 'by the machine for the machine', thus excluding the human participant altogether. This 'doubling of the point of view' has effects at which we can only guess, suggests Virilio, but it seems to produce a paradox: '...the real-time image dominates the thing represented, real-time subsequently prevailing over real space, virtuality dominating actuality and turning the very concept of reality on its head' (63).

Virilio argues that public space -- such as the London tube, perhaps -- is thus reduced to 'public image'. It is thus on the same kind of level as devices intended to monitor what goes on inside domestic spaces, such as the Motivac, which indicates when people are present in front of their television screens (and thus helps advertizers know how many people remain in the room for their commercials). So, says Virilio, 'once *public space* yields to *public image*, surveillance and street lighting can be expected to shift too, from the street to the *domestic display terminal*' (64). Whatever relative autonomy the private sphere might once have had, it is clearly eroded further by such devices. Virilio may still have had the television set in mind (as the domestic display terminal) but what he says applies equally to the computer screen, even if 'vision' appears less salient in this case. Without doubt, the computer plays a prominent role in the transformation of surveillance in the twenty-first century.

Although Virilio speaks of space, his deeper concern is with time. He declares that the 'three tenses of decisive action, past, present, and future, have been surreptitiously replaced by two tenses, *real time* and *delayed time*...' (66). The future disappears in computer programming and in 'so-called "real" time' which contains a bit of the present and a bit of the immediate future. Virilio sees deception at work here, especially in military contexts, where notions such as 'actual' and 'virtual' replace 'true' and 'false' and where war takes place with 'images and sounds, rather than objects and things, in which winning is simply a matter of not losing sight of the opposition' (70). This process culminates, says Virilio, in the twenty-four hour a day real-time reciprocal surveillance of the vision machine.



The crucial thing now is not the categories of space and time, but rather, of speed. This is a key theme in Virilio's work – 'the logic of acceleration lies at the heart of the organization and transformation of the modern world' (Armitage 2000:1). It is speed that serves to see, to 'conceive the reality of the facts', and thus every duration must be 'brought to light' (72). The race to see first, to anticipate, is evident from the acceleration of processes enabled by computer technologies, and also from the increasing preoccupation with pre-emptive devices that depend on simulation rather than on records of what has happened or is happening. So the 'synthetic image' comes into its own, which is really a 'statistical image', or a 'rational illusion' which nonetheless does affect our understanding. As Virilio observes, this fusion of closed circuit optics and statistical science both provides information on future trends and is inherently persuasive in its 'art'. As such, its power, and power of conviction, are augmented, along with its capacities to discriminate (75). Virilio takes a dim view of this. The collaboration of statistical thought, data banks, and synthetic imagery bespeaks a society '...sinking into the darkness of a voluntary blindness' (76).

Clearly, this tells another story than that told by Orwell and Foucault. Their insights are important – particularly those that point to the power of the watcher over the watched, or to the 'productivity' of surveillance – but limited. Orwell did not foresee the development of surveillance beyond the nation-state, for instance, while Foucault had nothing to say about the role of computers in contemporary surveillance, but both these factors are vital for understanding surveillance today. Virilio's story depends in part on other theorists whom he acknowledges, especially Félix Guattari and Gilles Deleuze. The latter draws attention to the significance of codes, for categorizing, and thus for 'flows' of surveillance, and together they speak of surveillance as an 'assemblage'. As such, it operates just below the surface, and affects all of society, though not touching everyone the same way. These ideas fit well with Virilio's.

Thinking of today's social relationships in terms of the vision machine represents a helpful heuristic step. The vision machine notion allows us to see that surveillance is no longer a matter of discrete practices or of specific technologies. Such piecemeal and often merely reactive approaches are very limited, and prevent us from obtaining an overview, a sense of dominant trends. The same goes for the majority of responses to surveillance, that still hark back merely to the language of privacy. They thus fail to note that the vision machine destabilizes the very idea of privacy and that at the same time its effects are in any case far more extensive than could be countered under the privacy banner. Nevertheless, other steps also must be taken, including the sociological ones of which Virilio himself does not appear to approve.

### Surveillance Society

'I don't believe in sociology', declares Virilio, 'it's a mask. Sociology was invented to forget politics' (Virilio and Lotringer, cited in Armitage 1999). Point taken. Too much that passes for sociology has been irresponsibly a-political and has hidden behind a facade of intellectual detachment. But the problem of reducing everything to Virilio's preferred 'war and politics' is that careful analysis can easily become the first casualty. In this section I shall suggest some sociological reasons for accepting Virilio's insights about surveillance and the vision machine, reasons that complement his more provocatively Socratic probing of contemporary social (un)realities. These are discussed more fully in *Surveillance Society* (Lyon 2001).

If sociology is about anything it is about social relationships, and about how these have altered their character over time. At the risk of sounding banal, this is precisely where we must start if today's surveillance is to be understood adequately. In the modern world, enabled by the growth of cities and of the means of transport, people have enjoyed a broader range of relationships than was previously possible. Developments in communications took this further, especially since the telegraph first broke the barrier between transport and communication. Messages no longer needed a person to carry

them (or even the visibility of, say, smoke signals). This permitted people to do at a distance what before could only be accomplished face-to-face. Prime ministers and presidents learned to broadcast to the nation, even as their civil servants learned to keep track of citizens' movements through the recording of transactions and events. Relationships thus became stretched over time and space in ways that were inconceivable to earlier generations.

Only a hundred years ago, most day-to-day social relationships were still face-to-face. Today, while many relationships are still maintained at that level, the vast majority of integrative social relationships are maintained at least in part through some form of mediation. In the factory, the school, the office, the hospital, the home, we keep in contact using telephones -- both fixed and mobile -- faxes, and e-mail. We are physically remote from each other, but attached through a network of communications devices, the speed and mobility of whose connections increases constantly. Our bodies are no longer visible to each other, and even if they are (through telepresence or videoconferencing for example), visibility is still limited. Co-presence, let alone a warm-blooded relationship, is still quite removed from this. So these stretched social relationships, whose integrity has to be maintained if we are to do business, create safe environments, or ensure that democratic involvement is possible, are characterized by disappearing bodies.

At one level, surveillance may be thought of as the attempt to render visible that which disappears in the modern world. When relations of trust are no longer kept intact by time-honoured body codes such as handshakes and eye-contact, other devices take their place. These devices have proliferated, especially since the coming of computers in the last part of the twentieth century. The devices in question are tokens of trust (or of trustworthiness) such as bank cards, driver licences, social insurance and social security cards, caller ID, electronic signatures, all of which are also coded, but now in abstract and disembodied ways. More and more, such bits of abstract data are all that is needed to keep the relationship -- or at least the transaction, the exchange -- intact.

None of this, of course, is innocent. Virilio's questions about political power are pertinent. While we collude with the surveillance systems that surround us – as Foucault says, we are the bearers of our own surveillance – those systems serve to classify and categorize us. We are registered and recorded as in/eligible for a benefit or privilege, credit un/worthy, not/permitted to enter this space, and so on. We may drive a car, buy insurance, go into a laboratory, cross a border, use a credit card, or enter a sports arena only if we have the right passwords, papers, electronic ID, retinal pattern, or DNA sequence. But to understand this, sociological analysis is required. We need to know how these little subsystems work, and how different people are affected by them. Some of the power is positively productive, in that lives are made safer, services are delivered more efficiently, and daily transactions are more convenient. But for those with the wrong codes – whether bar-codes, postal codes, or DNA codes – life may be a Kafkaesque confusion of opaque criteria, disabling uncertainty, and second class status.

What enables the vision machine to work is also worth exploring. Virilio undertakes this task to an extent in *Polar Inertia* (Virilio 1999), with his comments on remote control technologies and the 'synthetic video' operating in the Paris Métro. But the elements that give the vision machine its surveillance power owe much to computers and telecommunications. It is above all the information infrastructure that enables the vision machine to work in the twenty-first century. Even if the devices are biometrically, genomically, or videoscopically calibrated, a crucial part of their surveillance power is located in the searchable database. The electronic network upon which contemporary societies depend so heavily – think of the ways that utter dependency was demonstrated by the so-called Y2K problem! – is what makes possible automated classification by code. At this point, a politically and ethically informed sociology of technology is of prime relevance.

The invisible framework holding all this together is one thing. It is also important to note that the information infrastructure does not contain personal data like the old systems of

paper documents, index cards, and filing cabinets. Those relatively self-contained and discrete systems are being replaced by ones in which the data moves, continuously, from one location to another. If the old containers were, for most purposes, relatively watertight – you could only obtain data from a third party source with an official warrant – the containers are now porous. Indeed, the containers are really conduits that allow the data to flow. While there are technical, practical, policy, and legal limits to the rate and volume of personal data-flows, it is still flow rather than fixity that characterizes the surveillance situation today.

This is one reason why the notion of rhizomic power – from Deleuze and Guattari, but implicit in Virilio's idea of the audio-visual protocols guarding city spaces as well – is so significant. The metaphor shifts again, from flows to an organic one of weed-growth, specifically those creeping plants that proliferate in lawns. As Kevin Haggerty and Richard Ericson (2000) rightly note, this deflects attention from the hierarchies of power inherent in Orwell's and even, to an extent, Foucault's work, and directs us to the mutating, moving, networking form so evident today. As they say, the rhizomic surveillant assemblage 'operates by abstracting human bodies from their territorial settings and separating them into a series of discrete flows' (Haggerty and Ericson 2000: 605). The weed spreads promiscuously throughout the social backyard, respecting no boundaries between the lawn and the vegetable garden and the perennial flowerbed. Surveillance is no longer contained. It is everywhere.

Hence, surveillance society. As a feature of social relations, bar almost none, surveillance is present, one way or another. It is now enabled by an elaborate and increasingly integrated panoply of high technologies, but it expresses not only technologic, but also social, economic, political, and cultural interests. Some of the latter are pre-existing and others, emergent. Few people are unaware of devices used to track and trace them and their activities in the workplace. But many people are just discovering how their 'innocent' surfing of the Web may produce profiles of them from their behaviour patterns, that are eagerly sought by marketers. Today's surveillance

includes governmental, employment, policing, health and commercial interests, although even those categories seem somewhat inadequate now. Rhizomic surveillance contributes to governmentality, not merely to the power bases of older institutions.

As Deleuze and Guattari suggest, the whole system is orchestrated and nurtured (to add two more metaphors of my own!) by desire. The desires may be conventional ones of control, profit, or security, but they may also have to do with twentieth century developments such as entertainment (and here, television shows, video-feeds to websites, and movies about 'ordinary life' -- from Jennicam to *EdTV* to *Big Brother* -- are the synoptic *alter ego* of large-scale surveillance systems). Perhaps most important is what William Bogard calls the desire for 'perfect knowledge' (Bogard 1996). In a curious postmodern paradox, that which enables simulation and the destabilizing of reality is still firmly anchored to the old Enlightenment quest. Bentham's inherited aspiration to be 'as God' is now distributed throughout the surveillance society.

### Vision and the machine

It is no accident that the language of surveillance is still the language of vision, digital signals and databanks notwithstanding. A literary, rather than literal, watching, still predominates. Hence our preoccupations with electronic eyes (see Lyon 1994) and with the nuances and ambiguities of the very word surveillance. But another kind of vision is also important in Virilio's work -- vision as world-view, as commitments, as ethics. This kind of vision informs Virilio's work and gives it its critical cutting edge. It also lies behind his impatience with the supposedly value-free mask of sociology as he seems to have encountered it. Virilio locates his vision in his own experiences of the Second World War and what he sees as the increasing militarization of everything, and in his distinctive stance (at least in the world of poststructuralism) as a humanist and as a Christian.

This stance places Virilio close to Jacques Ellul, whose work is an essential element of the twentieth century critique of technology, or rather, of *la technique* (Ellul 1964). But

Ellul tried to parallel his sociological work with theological reflections, such that the one informed the other, whereas Virilio remains coy about how his commitments affect his intellectual work. Clearly, his conversion to Christianity through the 1960s worker-priest movement, gives him a sense of solidarity with the working poor. One also suspects that his preoccupation with war stems from a deeper resonance with an ontology of peace, but he claims to be 'unable to write about' his faith although he would 'gladly write a book about it' if he had the gift (Virilio 1999a). It is worth observing, however, that Virilio's stated commitments do comport well with his specific standpoints, and they do provide a credible basis for critique of the vision machine.

Virilio attacks the cult of technoscience as a totalitarian fundamentalism, he berates Baudrillard for sponsoring and colluding with the loss of the social, and he complains that the new technologies are a threat to embodied personhood. In these three concerns may be found some key resources for questioning, negotiating, and resisting the vision machine. He argues firstly that the driving force of the new technologies is a sort of militarized idolatry, and that this can be seen in the ways that military motifs reappear when technologies -- such as the Internet? -- are as it were demobilized. Surveillance technologies and practices all should be read in relation to their military origins (see Dandeker 1990). How can anyone who was born in the bloody twentieth century forget this? The eye became a weapon (Virilio 1989:3); war required more accurate intelligence; the urgent desire for amassed information is frequently hostile or at least unfriendly to the data-subject.

Secondly, Virilio has no time for what he sees as Baudrillard's nihilism in which he 'loses faith in the social', and Virilio recommends encounters with the street-level poor as an antidote. Surveillance, based on abstracted individuation, also disempowers and dismantles the social. It is the supposedly autonomous individual who is ultimately significant as an atom in the vision machine, not as a member of a group, or as an inherently social being, and this is another reason why privacy will not do as an antidote to it. Privacy is part of the problem. It is because more people live, and seek to live,

private lives as strangers in the city, that those tokens of trust are needed in the first place (see Nock 1993). Today's technologies automate individuation, further eroding the social.

That individuation, thirdly, also reduces embodied persons to abstract data. Virilio objects to this most vehemently when discussing 'endo-colonization' of biotechnology or in what he deplors as the cyberfeminist capitulation to disembodiment in the cyborg. He finds dangerously risible the popular idea that the cyborg could liberate embodied persons (Haraway 1985). Why would women willingly participate in their own techno-domination? His own endorsement of new technologies is much more cautious and careful. Equally, though, his critique of data abstracted from persons may be used in relation to surveillance. The data images that circulate in the rhizomic flows of the vision machine have effects in the real world, and on embodied, social persons. Marketers, police, employers, and government departments directly influence or manage the choices and the chances of the persons and groups whose data have been coded and classified. At the same time -- and both Ellul and Virilio sometimes seem to underestimate this -- those embodied, social persons not only comply with but on occasion negotiate and resist the vision machine.

Which brings us full circle. Virilio's analysis of the vision machine is both deeply insightful and frustratingly elliptical. His critique of the ways that military imperatives inform the obsessive quest for 'perfect knowledge' could helpfully be balanced by the fact that surveillance is productive as well as problematic. His point about the loss of the social in Baudrillard is well taken, but it ought also to be applied to the very operation of the vision machine itself. And while we should be grateful for his insisting that 'ordinary people in the street' be a check on sociological or other speculation, those 'ordinary people' actually interact with the vision machine in creative ways that sometimes dull or divert its raw power.



This is a plea for sociological analysis of the processes of surveillance that surround us and with which we have to reckon as never before. But not any sociological analysis. A critical approach has to acknowledge the ambivalence of surveillance, for instance. Surveillance always has two faces. As well, both its intended purposes and its unintended consequences have to be borne in mind if it is to be understood properly. Such analysis must also find ways of connecting theory back to everyday life, to practice, and to policy, via social ethics. The kinds of contributions that could be made by a sensitive sociological analysis informed by the very commitments that are espoused but not elaborated in Virilio's work would go a long way to creating coalitions of analytical and political concern to understand the grammar and to subvert the logic of the vision machine.

#### Bibliography

- J. Armitage (2000) Beyond Postmodernism? Paul Virilio's Hypermodern Cultural Theory, *Ctheory: Theory, Technology, and Culture*, 23 (3)
- J. Armitage (1999) Paul Virilio: An Introduction, *Theory, Culture, and Society*, 16 (5-6), 1-23.
- W. Bogard (1996) *The Simulation of Surveillance*, New York: Cambridge University Press.
- C. Dandeker (1990) *Surveillance Power and Modernity*, Cambridge: Polity Press
- J. Ellul (1964) *The Technological Society*, New York: Vintage Books.
- D. Graham-Rowe (1999) Warning! Strange behaviour, *New Scientist*, December 11, 25-28.
- K. Haggerty and R. Ericson (2000) The surveillant assemblage, *British Journal of Sociology*, 51 (4).
- D. Haraway (1985) A manifesto for cyborgs: science, technology, and socialist feminism in the 1980s, *Socialist Review*, 80.
- D. Lyon (2001) *Surveillance Society: Monitoring Everyday Life*, Buckingham: Open University Press.
- D. Lyon (1994) *The Electronic Eye: The Rise of Surveillance Society*, Cambridge: Polity Press; Malden MA: Blackwell.
- S. L. Nock (1993) *The Costs of Privacy: Surveillance and Reputation in America*, New York: Aldine de Gruyter.
- P. Virilio (1999) *Polar Inertia*, London: Sage.
- P. Virilio (1999a) Interview with John Armitage, *Theory, Culture, and Society*, 16 (5-6); 24ff.
- P. Virilio (1997) The over-exposed city, in N. Leach (ed.) *Rethinking Architecture*, London and New York: Routledge.
- P. Virilio (1989) *War and Cinema*, London: Verso.

P. Virilio (1994) *The Vision Machine*, London: British Film Institute / Bloomington IN: University of Indiana Press.

P. Virilio and S. Lotringer (1997) *Pure War*, New York: Semiotext(e).

## INVENTOS DEL "TE VEO". NOTAS SOBRE VIDEOSCOPIA, TELEVISIÓN Y OTRAS TANGENCIAS

Por Eugeni Bonet<sup>27</sup>

---

### Reverso de la televisión

En los anales de los medios alternativos, renglón del vídeo y prácticas afines, constan numerosas piezas que fantasean con la inversión o reversibilidad de la televisión. Quizá convendría distinguir entre ambos términos y decir que uno equivale a deconstrucción, desbaratamiento o vuelco simbólico, mientras que el segundo tendría el ánimo más constructivo de ir en pos de la bidireccionalidad, la participación activa y otros potenciales de la tecnología televisual en sí.

En una obra de Bill Viola titulada *Reverse Television: Portraits of Viewers* (1984), originalmente concebida en fracciones de un minuto destinadas a ser insertadas en los intersticios normales de las parrillas televisivas, la cámara toma el punto de fuga mismo del emplazamiento de la caja embobadora en distintos hogares, para obtener en contraplano una serie de retratos de sus audiencias.

Estos espectadores anónimos tienen una apariencia hipnotizada y por lo tanto, según la concepción y el destino primero del proyecto, constituyen sujetos eminentemente estáticos que paralizan momentáneamente el raudal del teletubo. Los observadores pasan a ser observados y su imagen es devuelta, como si se tratara de un reflejo especular, al sucesivo espectador que probablemente reincide en el mismo gesto mirón; esencialmente un ademán pasivo.

---

<sup>27</sup> Eugeni Bonet. Escritor digital en papeles impresos y en soportes audiovisuales y multimedia, se ocupa principalmente de cine experimental, vídeo, artes tecnomediales y asuntos herméticos en general. También como curador de exposiciones y programaciones, entre las cuales las más recientes son *El cinema calculat* (Fundació Antoni Tàpies, Barcelona, 1999) y *Movimiento Aparente* (Espai d'Art Contemporani de Castelló, 2000).

Concebido inicialmente como un aparato anexo a los requisitos de productividad de la televisión, el vídeo puede contemplarse como el reverso de aquella. Todo el ideario del vídeo alternativo (por no entrar en más distingos respecto de otros apelativos y sufijos) parece cimentarse en esta relación de anverso y revés, que ya en sus inicios se formula con el lema *VT is not TV*, "el vídeo no es televisión"; una contraseña sobreinterpretada según fueron soplando los vientos.

Aunque la televisión ya había atraído precozmente la atención de algunos artistas como los futuristas o los espacialistas, desde el momento en que el vídeo deviene una tecnología más próxima –más abordable, ligera, manejable– es cuando surge la ocasión del desquite artístico y activista, crítico y emancipador sobre todo aquello que la televisión podía potencialmente ser y muy raramente ha sido; el desquite sobre el abuso de autoridad de su primacía institucional, altanera y enajenadora.

Incluso en su aspecto más prosaico como artilugio casero –electrodoméstico de la línea marrón, apéndice del televisor que se ha adueñado del lugar de la chimenea–, el vídeo introduce tácitamente una liberación de las cadenas (ese tétrico aunque adecuado apelativo que reciben los canales de televisión en algunas lenguas latinas), por trivial o ilusoria que resulte.

Sin embargo, a fin de cuentas, *vídeo* no designa otra cosa en particular que la señal en sí, los pulsos eléctricos que llevan la información de imagen, y por lo demás tanto sirve para denominar al aparato (magnetoscopio), a la cinta o el disco y su contenido, al ventanuco dinámico que se abre en la pantalla del ordenador... o, en ámbitos más restringidos, a un conjunto de prácticas con unos rasgos más o menos (o de más en menos) específicos.

## Luz de vídeo

Paul Virilio (*L'Inertie polaire*, 1990) ha empleado el término *videoscopia* para referirse a la acelerada integración de las técnicas basadas en la inmediatez de la señal de vídeo en una multitud tal de objetos y lugares que hace añicos la acepción primera y más habitual de la televisión como un medio de información y entretenimiento, un arte de representación (arte tanto en el sentido más llano y genérico del término, como también en el más elevado), una forma de espectáculo masivo servido a domicilio.

Esta videoscopia se manifestaría disipativamente en circuitos de vigilancia, videoporteros, cajeros automáticos, transmisiones telemáticas y otros cachivaches y servicios de nuevo cuño, además de en la fragmentación multiplicadora de la oferta televisiva convencional: TV local o de proximidad, canales temáticos, vídeo bajo demanda, etc. A eso mismo se refiere el concepto *postelevisión* introducido por Peter d'Agostino y David Tafler (*Transmission: Toward a Post Television Culture*, 1995).

Para Virilio, la videoscopia es una forma de iluminación indirecta que deviene tan común y corriente como la luz eléctrica, cobrando autonomía respecto a la concepción de la televisión como un surtidor de pasatiempos e informaciones a chorro (y, según anhelos más altos, también de cultura, educación, arte y comunicación abierta). Esa televisión que hoy va mayormente a la deriva entre las formas más degradadas del zapping y la nutrición-basura.

Así, la potestad del televisor se rebajaría a la de una fuente de luz más (y más bien pobre en iluminación del magín) entre las demás pantallas visitadas con asiduidad, incluyendo su función de terminal conectado a otros aparatos y servicios que, por lo menos, permiten una dieta más rica (vídeo, reproductor DVD, consola de videojuegos, parabólica, cable de fibra óptica). Y, en el fondo, la luz que a veces cuenta más es la de la lámpara piloto que indica que el aparato sigue funcionando o a punto: el vídeo para

grabar, el ordenador para procesar, el modem para descargar, el móvil para recibir, y así sucesivamente.

En nuestros días, parece que la televisión sea algo demasiado familiar como para seguir requiriendo la atención que merecía hace apenas unos años, tras varias generaciones que ya la han tomado como primera papilla. De manera que tanto sus previos encantos como las renovadas utopías –aquellas primeramente alentadas por el vídeo alternativo– se han trasladado en gran medida a los metamedios informáticos y telemáticos, en el compás de espera de una probable y más firme convergencia entre las pantallas del televisor y el ordenador.

Este relativo desmayo de la televisión ha también afectado al vídeo como demarcación autárquica, lo cual se ha hecho asaz perceptible por el menguante empaque de la producción monocanal en los últimos años. En cambio, en la medida en que la telepantalla ya no es un referente tan crucial en nuestra cultura, conviene recapitular algunas propuestas que inciden plenamente en esa dispersión videoscópica y postelevisiva, tanto desde la creación artística como desde la cavilación teórica y mediante el trueque de ideas entre ambos bandos.

### Azogue electrónico

La alegoría del *espejo con memoria*, capaz de atrapar el tiempo (ya sea en un instante o en secuencia), ya fue formulada para la fotografía, pero adquiere otros matices cuando las tecnologías de la visión entran en el estadio electrónico, más particularmente en el digital y postfotográfico, ofreciendo no solamente una devolución inmediata de lo que acontece ante el ojo de la cámara, sino incluso una visión sin mirada que llega a prescindir de la percepción orgánica humana y su simulación técnica; un “*voir sans savoir*” como dice Virilio.

Desde la introducción del vídeo, la alegoría del espejo se plantea repetidamente desde diversos enfoques teóricos. Por ejemplo en la *estética del narcisismo* formulada por Rosalind Krauss a propósito de algunos de los primeros artistas atraídos por el medio. O también en la noción de *autoscopía* de polivalentes aplicaciones para el autoadiestramiento de actores, oradores, enseñantes, etc: el contemplarse para perfeccionarse, para desarrollar el talento.

El azogue electrónico de las tecnologías de teletransmisión y memorización audiovisual resulta subyugante y alarmante al mismo tiempo. La fascinación por el dispositivo que permite verse y saberse visto parece renovarse constantemente, y así podría percibirse el fenómeno reciente de las *webcams*, con todo lo que muchas de ellas entrañan de voyeurismo, exhibicionismo y puro juego (ya sea infantil o de adultos, con inocencia o con morbo).

Pero también existen los espejos de doble cara y las cámaras ocultas –o todo lo contrario: intimidatoriamente bien visibles–, como parte del acecho de aquello que Michel Foucault (*Surveiller et punir*, 1975) ha descrito como "un régimen panóptico" que se instaura con la edad moderna de la razón y el positivismo tecnocientífico; en consabida alusión al *Panopticon* concebido hacia 1791 por el jurista británico Jeremy Bentham, un proyecto doblemente gráfico y especulativo, un diseño arquitectónico a la vez que filosófico.

Si la televisión es ventana al mundo (y muchas veces sería preferible bajar la persiana), también es la mirilla o el ojo de la cerradura por donde se nos observa, controla, vigila. El fundamento del régimen panóptico en nuestra sociedad disciplinaria, vigilante, reside en esa falsa reciprocidad de lo visible y lo invisible, equivalente a la faz transparente u opaca del espejo engañoso.

Detrás de esa faz opaca, impenetrable, puede haber un ojo humano o no: las imágenes que toman las cámaras de vigilancia pueden ser grabadas (a veces a intervalos) sin

más supervisión, y sólo cuando se detecta alguna irregularidad son verificadas a posteriori para averiguar lo que sucedió. El siguiente paso es el de la *super-visión* artificial mediante máquinas suficientemente inteligentes o instruidas, capaces de desenvolverse en estado de soltería.

### La cámara fisgona

Uno de los primeros artistas de la modernidad atraídos por la cinematografía, Fernand Léger ("A propósito del cine", 1933) esbozó un proyecto audiovisual que, conciliando los rasgos de *fantasía* y *objetividad* que él reclamaba para las aportaciones de la vanguardia al joven arte de la imagen cinematográfica, resultó así de quimérico y anticipador:

«He soñado con el film de las "24 horas" de una pareja cualquiera que trabajan en oficios cualesquiera... Aparatos nuevos y misteriosos permiten tomarles "sin que se den cuenta", (...) sin que nada quede fuera: su trabajo, su silencio, su vida íntima y amorosa. Proyectad este film en toda su crudeza, sin intervención alguna. Supongo que sería algo tan terrible que la gente huiría aterrorizada pidiendo socorro, como ante una catástrofe mundial.»

Treinta años después, con la consiguiente evolución técnica de por medio y entre nuevos aires de transgresión, el sueño de Léger está próximo a realizarse en algunos de los primeros films de Andy Warhol y de Yoko Ono. Tanto a través de la exposición literal del tiempo real como mediante la intromisión en la intimidad ajena, hurgando tanto en lo demasiado humano como en lo demasiado cotidiano.

La impávida cámara de la Factoría Warhol recogió en su más ultrajante crudeza algunas de las situaciones tenidas entonces por más envilecedoras y obscenas de la conducta humana —estados de embriaguez o cólera extrema, amén de procaces escenas de sexo y drogas—, hallando sus cobayas en su círculo de amistades y



*superstars*, las cuales no siempre eran plenamente conscientes de la exhibición impúdica a la que a priori se prestaban.

El film *Rape* (1969), de Yoko Ono y John Lennon, constituye otro hito extremo al presentar el acoso al que la cámara –y, con ella, el reducido equipo de rodaje– somete a una joven extranjera de visita en Londres, sin nunca dirigirle la palabra a pesar de su malestar en aumento, y persiguiéndola desde el espacio abierto de la urbe hasta el interior del propio apartamento en el que intenta refugiarse. (Al parecer, mediante un duplicado de la llave obtenido por compinchamiento previo con la hermana de la "violada" por la cámara.)

Además de estos sórdidos contrapuntos a la tradición televisiva de las cámaras dichas *cándidas* o *indiscretas* –que, con el tiempo, se han arrojado a ocurrencias de peor gusto todavía–, así como ante los positivos idearios del *cine-verdad* (de Vertov a Rouch y demás), mucho se ha dicho en torno a las extralimitaciones de Warhol y de los artistas y anartistas de Fluxus en contigüidad con el arte emergente del vídeo.

A principios de los 70, y en el marco de la televisión pública estadounidense (PBS), se produjo la serie *An American Family*, en visible sintonía con los postulados y las maneras de hacer del cine directo, el vídeo alternativo y otros brotes coetáneos (ENG, docudrama...). Presentaba el seguimiento del día a día de una unidad familiar –con alguna fractura intermedia–, a lo largo de varios meses compendiados en 12 emisiones de una hora, y mediante un moderado despliegue de varias cámaras en las distintas estancias de su hogar.

A finales de los 90, la factoría de telexplotación De Mol Entertainment, con sede social en Holanda, ha lanzado y exportado el formato-patrón del *Gran Hermano*, donde todo – casa, comunidad, normas, etc.– es representación y simulacro que puede seguirse a tiempo completo. Pasada la fecha de mal agüero de 1984, el ojo sin párpado de la distopía de Orwell se ha trastocado en pretexto de un divertimento ramplón.

Podemos convenir que este *Gran Hermano*, con toda su prole además de secuelas y sucedáneos, es espantoso por una mera cuestión de sensibilidad. Pero, lejos de la hecatombe antaño presentida por Léger, y una vez ahuyentadas tanto la objetividad como la imaginación, antes que un apocalipsis constituye un apoteosis de la mundialización y de la correlación entre vigilancia y espectáculo.

### La fase del espejo

Se ha dicho que el vídeo alternativo, particularmente las instalaciones basadas en dispositivos de circuito cerrado, ha brindado una ocasión de familiarizarse con las transparencias y entretelas de la videoscopia antes de su penetración a gran escala como componente ordinario de nuestro decorado social; esa luz indirecta a la que se ha referido Virilio, la cual ya no requeriría demasiado nuestra atención por su misma omnipresencia.

El circuito cerrado de televisión (CCTV), dispositivo tan propicio para la interactividad – un concepto del que tanto se ha abusado, pero que, en efecto, lleva aparejado un cierto hechizo–, se ha prodigado ciertamente en los salones del arte y la ebullición cultural mediante propuestas tan incisivas como sugerentes, a modo de disección del mismo dispositivo, así como con un talante crítico y de alerta ante los atropellos del panoptismo institucional.

Dicho dispositivo no es otra cosa que un modelo a escala del principio mismo de la televisión, y por tanto ha permitido explorar de entrada aquellos aspectos distintivos de un medio amordazado por imposiciones jerárquicas. Resulta connatural pues que los orígenes de la videografía pasen por una *fase del espejo* de fascinación y autodescubrimiento, entre el fetichismo del aparato y la utopía regeneradora.

Algunas de las primeras videoinstalaciones realizadas a finales de los 60 –las *esculturas cibernéticas* de Les Levine, *Wipe Cycle* de Frank Gillette y Ira Schneider– tienen el aspecto de consolas de múltiples monitores, cámaras y otras fuentes de imagen, como si reprodujeran los despliegues típicos de las cabinas de control de un estudio de TV o de un circuito de vigilancia. Y, de algún modo, eso es lo que se "esculpe" y expone para restituir al espectador una experiencia de observación de la que habitualmente carece. El observador, decía Levine, es el *software* y la información... "*The circuit is open*".

En esos mismos años, Bruce Nauman ha realizado algunas instalaciones como *Surveillance Piece*, *Video Corridor* y *Going Around the Corner Piece*, con una alusión más explícita a los mecanismos de la videovigilancia. El observador es ahora la presa, como rotundamente lo insinúa el opresivo pasadizo que empareda la más conocida de estas piezas. Y el circuito de vídeo, lejos de ofrecérsele como un espejo cordial, constituye un cebo defraudador que más bien le priva de acceder a su propia imagen o ganar control sobre el dispositivo. El circuito es cerrado y bien cerrado.

Esta yuxtaposición de videoscopia y arquitectura (en Nauman mediante una estilización escultórica deudora del minimalismo más severo) halla seguidamente un desarrollo más amplio en la trayectoria de Dan Graham durante los años 70. Sus *architecture/video projects* ponen en relación las funciones y codificaciones de elementos y patrones arquitectónicos (ventana, espejo, escaparate; viviendas, edificio de oficinas, centro comercial) con su suplantación y alteración por la acelerada mediación tecnocrónica.

Si los espejos son materiales bien idóneos para la construcción de laberintos, por el propio misterio que encierran, el nuevo instrumental de la televisión y del vídeo se ha sumado a la regeneración de esta arquitectura equívoca, cuya índole recreativa tiene su contrapunto en las desconcertantes espesuras del paisaje mediático contemporáneo. La imagen del cuerpo atrapado en un laberinto se halla expuesta literalmente en una instalación de Peter Weibel.

En *Video Labyrinth* (1984), Weibel ha jugado doblemente con el motivo del laberinto y con los trampantojos de la perspectiva curiosa de manera que el visitante se encuentra en un dédalo de sobrio alzado –paneles enderezados sobre el suelo– y como un cuerpo intruso sobre el diagrama de un segundo laberinto, éste de planta más tradicional, el cual se visualiza en un monitor contiguo donde los fragmentos desmembrados en el espacio tridimensional, *real*, se recomponen en el plano *virtual* obtenido por el estratégico emplazamiento de una cámara en circuito cerrado.

### La hora del Gran Hermano

Con el acercamiento del agorero año de 1984, algunas obras han comenzado a enfocar más nítidamente la dualidad de realidad y ficción, la indiscernibilidad entre lo factual y lo virtual, con referencias explícitas u oblicuas a la utopía negativa de Orwell y a las siniestras correspondencias que llegan a advertirse en el mundo real. Así, la vigilancia ha pasado a convertirse en un tema mayor del vídeo alternativo.

En el videofilm de largometraje *Der Riese* ("El Gigante", 1982-83), Michael Klier ha hilado una trama de imágenes tomadas de toda clase de dispositivos electro-ópticos de vigilancia, seguridad y simulación, las cuales cobran la intriga propia de una narrativa de ficción mediante un acompañamiento musical colmado de tensión y otras atmósferas sonoras propias del cine de género; un intencionado énfasis que modifica la percepción de este compendio de escenas que discurren entre lo anodino y lo inquietante.

El cine ya había introducido el motivo de las tecnologías-espía en obras de Fritz Lang (*Die Tausend Augen des Doctors Mabuse*, 1960), Francis Ford Coppola (*The Conversation*, 1974) o Wim Wenders (*Der amerikanische Freund*, 1977). Pero es en los años 80 cuando el vídeo emprende la muda "de la trama al drama", según la expresión que ha utilizado Jean-Paul Fargier al enarbolar la bandera de la *videoficción* entendida como un género distintivo que sugerentemente equipara con la ciencia-ficción.

Y de lo que se ocuparía esencialmente esta videoficción es de lo que Virilio ha llamado, a su vez, la videoscopia. Es decir: de todos aquellos aspectos en los que se manifiesta la gran escalada sociológica de las máquinas de visión electrónicas, a su vez tomadas como motores o engranajes fundamentales de la ficción. Según esta interpretación, la creación videográfica se volcaría entonces de lo endógeno a lo exógeno, abandonando los componentes de ensimismamiento autorreferencial tan fecundos anteriormente.

Regresando al asunto de las videoinstalaciones, eso se puede observar en un empleo un tanto diverso del circuito cerrado y otros dispositivos con una conciencia plena de su envés ubicuo en nombre de la seguridad y el orden. En *Not a Model for Big Brother's Spy Cycle* (1984), Dieter Froese combinó los elementos habituales en los circuitos de vigilancia con materiales pregrabados que simulaban un interrogatorio (refiriéndose de paso a las inquisiciones tan habituales que acarrea el arte crítico o politizado) y un número de cámaras falsas, hechas de cartón, a la manera de las utilizadas comúnmente para intimidar al personal sin exagerar la inversión en equipos.

Desde la segunda mitad de los 80, Julia Scher ha abordado de manera casi monográfica los temas de la vigilancia, las instituciones disciplinarias y la "Segurilandia" (por aludir a una de sus piezas en red: *Securityland*, 1995). Su obra interviene sobre la familiaridad adquirida de los dispositivos de control y preventivos –que, en los espacios museísticos donde suele intervenir tienen una función de protección de sus tesoros–, perturbando dicha familiaridad mediante súbitos insertos de ficción, mensajes escritos y otras disecciones y contravenciones del propio mecanismo vigilante.

Antoni Muntadas, contumaz trotamundos del entorno mediático, ha acudido al circuito cerrado con periodicidad, y ya en su instalación *Bars* (1977) incidió en un apropiado parangón entre la pantalla de control y la inocente jaula del pájaro-mascota. Más recientemente, en *La sala de control (per a la ciutat de Barcelona)* (1996) –instalación en el marco de una exposición sobre transformaciones urbanas en su ciudad natal–,

acudía en gran parte a la dotación videoscópica del propio lugar de exposición a fin de devolver a los ciudadanos el testigo ocular de varios proyectos urbanísticos bajo sospecha de componendas especulativas o de una higiene social abusiva.

Paul Garrin, en sus instalaciones *Yuppie Ghetto with Watchdog* (1990) y *White Devil* (1993), ha incorporado sensores y recursos informáticos para la recreación simbólica de los modernos arquetipos de protección del privilegio social; en ambos casos con la amenazante figura de un perro/cancerbero que hostiga los movimientos del espectador mediante un uso certero de unos dispositivos que se denominan interactivos con demasiada alegría.

Propuestas tan dispares como las referidas entrañan una reversión de las videoscopias más comunes y ubicuas, hallando sobresalientes adhesiones entre una nueva generación de artistas, *anartistas* y simulacros empresariales como los de Daniel García Andújar –con su astuta actividad “punto-com” a través del logotipo, la interfaz y el antifaz de Technologies To The People® (TTTP)– y el emprendedor equipo del Bureau of Inverse Technology (BIT).

Del primero, en su proyecto *Estamos vigilando / We Are Watching*, iniciado hacia 1994, cabe hallar el embrión de los productos y servicios que ofrece actualmente, en nombre propio o de la acreditada firma TTTP®, cuya tecnología-estrella consiste en un sistema de telecajeros automáticos para erradicar la fealdad y los engorros de la mendicidad y la vejatoria limosna en la próspera sociedad de la información.

En cuanto a BIT, en su cinta-demo *Suicide Box®* (1996) –promoción capciosa de un sistema concebido para la detección y prevención de apremiantes tentaciones suicidas en lugares idóneos a tal fin– hallo igualmente la vigencia de un malicioso espíritu de guerrilla electrónica por el que cualquier coincidencia con la realidad es fatalmente verosímil, trastornando la desigual percepción de lo real y lo fingido.

En estos tiempos de bienaventuranzas por la cibertierra prometida, y de jarana con un Gran Hermano aparentemente amansado, por momentos parece como si todo se hubiera ya dicho, redicho y contradicho sobradamente acerca de estos mecanismos de control, imperceptibles por su misma ubicuidad, cuya faz más amable encubre severos ultrajes. Las propuestas artísticas y teóricas aquí comentadas se entrecruzan, incluso de manera inopinada, permitiendo entrever en qué medida los conceptos de resistencia y antagonismo siguen bien álgidos en las agendas críticas del arte y el pensamiento ante un nuevo calendario.

## HACIA UNA SOCIEDAD METAFÍSICA

Por Manuel Delgado<sup>28</sup>

---

### 1. Conversaciones en nuevos espacios públicos

La aplicación de las llamadas «nuevas tecnologías» al ámbito de la organización de la vida social, su papel como fuente para nuevas formas de estructuración de la realidad, puede hacer aplicable ese principio de sospecha sobre lo inédito o lo innovador, tras lo que el antropólogo siempre estará predispuesto a descubrir lo inercial y lo repetido. Internet y, en concreto, el ámbito de las salas de conversación ciberespaciales o chats sería un excelente ejemplo de ello.<sup>29</sup> Tras lo que con frecuencia se presenta como una auténtica «revolución», y que suscita toda una inflación de exégesis y pronósticos – catastrofistas unos, utópicos lo otros– se debería reconocer la aceleración en unos casos, el simple cambio de escenario en otros, de formas de sociedad basadas en un intercambio comunicacional no cara a cara, altamente flexibles y universalizadas, ya perfectamente conocidas y usadas antes por los seres humanos. En unos casos, como en los de la comunicación diferida y memorial basada en la escritura, desde hace miles de años; en los otros, los de la comunicación reactiva no basada en la mútua visibilidad, como el teléfono y las telecomunicaciones en general, en el contexto técnico de la modernidad.

---

<sup>28</sup> Manuel Delgado Ruiz. Licenciado en Historia del Arte por la Universidad de Barcelona. Doctor en antropología por la misma universidad. Estudios de tercer ciclo en la Section de Sciences Réligieuses de l'École Pratique des Hautes Études, Sorbona de París. Desde 1984, profesor titular en el Departamento de Antropología Social de la Universidad de Barcelona y coordinador de su Grupo de Investigación sobre Espacios Públicos. Es director de la colección «Biblioteca del Ciudadano» en Editorial Bellaterra, y miembro del consejo de dirección de la revista *Quaderns de l'ICA*. Actualmente forma parte de la junta directiva del Institut Català d'Antropologia. Editor de las compilaciones *Antropologia social* (1994) y *Ciutat i immigració* (1997), así como autor de los libros *De la muerte de un dios* (1986), *La ira sagrada* (1992), *Las palabras de otro hombre* (1993), *Diversitat i integració* (1998), *Ciudad líquida, ciudad interrumpida* (1999) y *El animal público* (Premio Anagrama de Ensayo, 1999).

<sup>29</sup> Cf. Ph. Breton, «Internet: une fausse revolution?», *Autrement*, 182 (gener 1979), pp. 182-192.



El marco teórico para el análisis de los chats –que ya cuenta con importantes ensayos–<sup>30</sup> debería ser el de las ciencias sociales de la situación, entendida ésta como una sociedad en sí misma, dotada de leyes estructurales inmanentes, autocentrada, autoorganizada al margen de cualquier contexto que no sea el que ella misma genera. El tipo de relaciones sociales que tienen como escenario el universo de los chats se adecúa a un tipo de vínculo social abundantemente estudiado desde las estrategias minimalistas en sociología y antropología, tales como la etnometodología, el interaccionismo simbólico y la etnografía de comunicación. La situación es vista, desde esta perspectiva, como un fenómeno social autorreferencial, en el que es posible reconocer dinámicas autónomas de concentración, dispersión, conflicto, consenso y recomposición, y en las que las variables espaciales y el tiempo juegan un papel fundamental, precisamente por la tendencia a la improvisación y a la variabilidad que experimentan unos componentes obligados a renegociar constantemente su articulación.

Dentro de las corrientes situacionales existe un ámbito específico en que integrar la sociabilidad chat. Se trata del consagrado al análisis de las conversaciones, lo que Schegloff llama «situaciones discursivas», o Goffman «interacción discursiva verbalizada», y que es «el discurso que se produce cuando un pequeño número de participantes se reúne y se estabiliza en lo que ellos perciben como algunos momentos cortados fuera de (o proseguídos al lado) funciones instrumentales; un periodo de ocio percibido como un fin en sí mismo, en que a cada cual le es permitido el derecho de hablar y el de escuchar, y en que a todo participante le es concedido el estatus de alguien cuya valoración global del argumento se respeta y sin que se exija ningún acuerdo o síntesis final».<sup>31</sup> La conversación es un ficción operativa, un conjunto socialmente ordenado de acontecimientos lingüísticos que los participantes ejecutan en

---

<sup>30</sup> Es el caso de Joan Mayans que, desde el Departamento de Antropología Social de la Universidad de Barcelona coordina un Observatorio para la Cibersociedad, desde el que se presta una especial atención al ámbito de los chats. Sus trabajos –a destacar «Género Chat. Ensayo antropológico sobre cibersociedad»–, así como los de una amplia gama de especialistas de diferentes universidades, pueden consultarse en <<http://www.ub.es/antropo/ciber/intro.htm>>

<sup>31</sup> E. Goffman, *Relaciones en público*, Alianza, Madrid, 1974, p. 36.

virtud de su conocimiento y aplicación de ciertos procedimientos, competencias y protocolos, un buen número de los cuales pueden ser producidos por los participantes sobre la marcha y *ad hoc*. En todos los casos, estos procedimientos, competencias y protocolos deben generar una serie de secuencias reguladas, coherentes, descriptibles y, por supuesto, analizables. La conversación es una actividad negociada intersubjetiva, en la cual la coordinación local, paso a paso, no conduce a una recíproca comprensión mutua, un conocerse mejor y más a fondo, sino en un mero acuerdo operativo para fines prácticos, entre los que puede estar el simple «pasar el rato». Tiene sus reglas: aperturas, parejas adyacentes, procedimientos de elicitación, correcciones, clausuras... También tiene sus licencias: ambigüedades, dobles lenguajes, malentendidos, insinuaciones, un cierto derecho a simular, encubrir, esconderse, mentir. También es posible el absurdo -los «diálogos para besugos»- y el desorden, en este caso los llamados «desórdenes conversacionales».<sup>32</sup>

En los chats se confirma algo que ya había sido notado como consustancial a la propia conversación como objeto de conocimiento en ciencias sociales y en lingüística. No hallamos ante el límite mismo del diálogo o la discusión. Habría que añadir, el límite mismo de toda sociabilidad, su grado 0. Quiénes conversan en un café, en cualquier sala de espera o a través del chat casi nunca tienen nada que explicarse en realidad. Hablan por hablar, por no tener nada más que hacer. El tema de conversación es la conversación misma, y lo que se comunica es que hay comunicación, sin que importe acerca de qué. En estos casos –que se corresponden con lo que los lingüistas llaman *función fática* del lenguaje– no hay nada que dependa de la interlocución. No se intercambia información, sino la posibilidad misma de intercambiarla, como si preveyera alguna vez llegar a tener alguna cosa que decirse de verdad. Es más, esa es la definición que hace más de un siglo Gabriel Tarde daba de *conversación*: «Todo diálogo sin utilidad inmediata y directa, donde uno habla simplemente por hablar, por placer, por juego, por cortesía».<sup>33</sup> Podríamos añadir, acaso por angustia.

---

<sup>32</sup> Sobre las teorías de la conversación, cf. A. Tusón, *La conversación*, Paidós, Barcelona, 1998.

<sup>33</sup> G. Tarde, *La opinión y la multitud*, Taurus, Madrid, 1986 [1898], p. 93.

En el dominio chat –como ocurre en todas las relaciones situacionales, y a diferencia de lo que sucede en las estructurales– los individuos participan no a partir de lo que son en realidad –el lugar que ocupan en relación a las instituciones primarias de la sociedad–, sino por lo que pretenden ser. Una participación situacional intencionada como la que se produce en un chat se correspondería con lo que la sociología llama papel, función o *rol*, que contrasta con la de posición social o *status*, que remite a los derechos y obligaciones normativamente definidos. Con *rol* se designa una entidad mediante la cual las personas pueden negociar unas con otras su relación mutua a partir del manejo diferenciado y competente de un número determinado de recursos, basados en la apariencia y en la capacidad de manejar la impresión que los demás reciben de uno mismo. En relaciones como las suscitadas en una sala chat se revela la naturaleza última de los vínculos efímeros y transitorios que caracterizan grandes parcelas de la experiencia social moderna, sólo que llevada a su extremo. No sabiendo nada o casi nada acerca del otro individuo, hemos de basarnos en rasgos identitarios generales, muchas veces –siempre, en el caso de las conversaciones en chats– tomando como referencia sólo la información emitida por el copresente sobre sí mismo. En este caso nos encontramos con lo que Goffman llama «relaciones anónimas», lo contrario de las «relaciones ancladas» y que consisten en un «trato estructurado mutuo entre dos individuos que se conocen exclusivamente conforme a la identidad social instantáneamente percibida».<sup>34</sup>

Las relaciones de tránsito entre desconocidos no son propiamente unidades socio-estructurales. Ahora bien, como ocurre con las relaciones establecidas a través de un chat, sí que están reguladas por rituales, normas y prácticas que comparte cualquier participante concreto en el cauce de las relación mútua, y que permiten la diferenciación y la integración de unos participantes que no comparten ninguna otra organización. La relación la establecen los componentes de unidades de interacción, grupos que se mantienen vinculados por una proximidad ecológica, aunque en este caso se base en la

---

<sup>34</sup> Goffman, *op. cit.*, p. 195.

sincronicidad y la pantalla. En el caso del chat se han anulado los elementos de glosa personal, los gestos, lo que los etólogos llaman «*displays* de intención». Cuanto menos en el momento actual, en que la comunicación mediada por ordenador es puramente textual, en las entrevistas entre internautas no hay índice paralingüísticos, tales como la voz, la entonación, el ritmo, el tono, las pausas, los silencios. La exteriorización de los sentimientos se ha de limitar a un repertorio de signos gráficos estandarizados –*smiles*, caretas, emoticonos–, puesto que no hay rostro, ni corporeidad, ni aspecto, ni ninguno de los indicativos no verbales –voluntarios o involuntarios– que estudia la cinésica o la proxémica. Ni tampoco hay miradas.

Esa ausencia de texturas comunicacionales no implica que no se den muchos de los intercambios de apoyo habituales en los contactos sociales de cualquier tipo, puesto que no dejamos de estar ante una unidad que dura todo el periodo durante el cual se sostiene en un grupo de individuos una orientación y una pertinencia realizada de actos. Hay saludos expandidos, ceremonias de acceso, sanciones ante el desacato de normas, intercambios correctores, prescripciones, proscripciones, signos de vinculación. Hay problemas en lo que hace a las alarmas, puesto que el chat puede ser el lugar de las franquezas absolutas, pero también de las más peligrosas imposturas. Pensemos en ejemplos provistos por el imaginario cinematográfico o televisivo, como el argumento de *Tienes un e-mail*, de Nora Ephron (1998), con Tom Hanks y Meg Ryan, sobre el juego de la sinceridad. O, en un sentido inverso, el episodio *2shy, Demasiado tímido*, de la serie televisiva *Expediente X*, con guión de Jeffrey Vlaming y dirección de David Nutter.

El chat deviene así región abierta en la que cada cual está con individuos que han devenido, aunque sólo sea provisionalmente, sus semejantes. Ámbito de interacciones instantáneas, en que se percibe una alteridad difusa, pero donde no se está eximido de mantenerse atento a cumplir un mínimo código que asegure la buena fluidez de las relaciones, que garantice los ritmos y las gravitaciones, que las mantenga siempre por

encima de una invisible pero omnipresente línea de flotación, que advierte de los límites más allá de los cuales la interacción se disolvería de nuevo en la nada.

## 2. Sociabilidades puras en espacios abstractos

No es casual que el lenguaje cibernético haya otorgado un protagonismo central a la noción de *sitio*. En efecto, el *situs* es, a diferencia del *status* o del *locus*, la esfera socioinstitucional en que se realiza, cuanto menos conceptualmente, el sueño imposible de un ámbito del todo igualitario, en el que los copresentes pueden compartir una misma orientación práctica momentánea en función de expectativas instrumentales inmediatas. Goffman ofrece el ejemplo de los ascensores, vestíbulos, puestos de prensa, máquinas expendedoras, barras de bar...<sup>35</sup> terrenos en que se produce una formalidad compartida y consensuada que afirma no tener en cuenta ningún otro dato que no sea el que los copresentes expliciten, y en que se soslaya cuál es el lugar que cada cual ocupa realmente en una estructura social por lo demás asimétrica e inigualitaria. Se produce en estos contextos el sueño ideal de la clase media, que es el de un ámbito de relación en que las diferencias sociales han sido abolidas y se produce la epifanía de una sociedad momentáneamente igualitaria y equitativa, en que cada uno es juzgado a partir del papel que asume voluntariamente en el curso mismo de la interacción. El modelo para el chat es, una vez más, el de las charlas ocasionales e intrascendentes en el bar, mientras se aguarda en cualquier vestíbulo o en el transcurso de un desplazamiento en coche, por ejemplo.

En esos ámbitos se expande la materia primera de lo social, la exaltación de lo informalizado que es la cháchara anodina, el palabreo insustancial, que proclama: «Estamos juntos; nos unen palabras que no dicen nada que no sea eso: estamos juntos». Entre los asiduos de los salones de un club social o entre los parroquianos de la taberna se vive una promiscuidad de la palabra, un juego gratuito y sin destino, un deuterodiscurso, es decir un discurso sobre la posibilidad misma de discursar. Una

---

<sup>35</sup> *Ibidem*, pp. 54-56.

disponibilidad. ¿Y cuál es el marco de ese magma societario que no es nada, que no hace nada, que sólo habla de y por hablar? Lo que Michel de Certeau llamó un «no-lugar», un espacio sin territorio, de y para el tránsito, en el que sólo se puede estar «de paso», que no es de hecho otra cosa que una «manera de pasar». Pura intersticialidad. Espacio de aparición. Radicalización de lo que Anthony Giddens llama «fantasmagoría de lugar». Cuando la sociabilidad internaútica sólo había insinuado sus posibilidades, Michel Maffesoli ya advertía cómo un «palabreo informatizado» acabaría reactualizando el ágora clásica, sólo que entonces sería bajo la desquiciada forma de una «difracción hasta el infinito de una oralidad cada vez más esparcida».<sup>36</sup>

Exacerbación de una sociabilidad sin otro objeto que la sociabilidad misma, la conversación, la charla superficial de la que la sala chat es expresión extrema, se fundamenta en la invisibilización estructural de los concurrentes, su nihilización o anonadamiento en tanto que seres con una existencia social compleja e imbricada en jerarquías y estratificaciones de todo tipo. La charla trivial en un café, en un salón o electrónicamente mediada en un chat implica la disolución de todo conflicto profundo, la cancelación de toda lucha que vaya más allá del calor de debates superficiales. Pura nada. Un limbo. El espacio abstracto por excelencia. Marcel Proust entendió hace casi un siglo que sólo quedaban entonces dos grandes espacios metafísicos en el mundo, a los que ahora añadiría sin duda las salas de chat. Uno eran los trenes, en los que se va a algún sitio o se viene de algún sitio, sin estar propiamente en ninguno de los dos. El otro, los *salones*, los únicos lugares en los que la nada se sobrevive a sí misma. Los salones es el lugar por antomasia de la conversación. Proust procura, reflexionando sobre ellos, toda una teoría de la *mundanidad*, cuyo exponente principal es la charla informal, la conversación, entidad que tiene algo de no humano, puesto que constituye la perversión, o mejor dicho, la extenuación de la comunicación. Universo del esnobismo, de la exhibición pura, en universos pensados sólo para la aparición: los salones. Proust, a partir de marzo de 1917, es «Proust, el del Ritz», puesto que es en el

---

<sup>36</sup> M. Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, 1990, p. 62.

Ritz y en sus salones dónde transcurre gran parte de su actividad *mundana*.<sup>37</sup> «Aquí me tratan bien, aquí me siento a mis anchas», reconoce Proust,<sup>38</sup> refiriéndose a un espacio parecido al sueño o a la duermevela, a la irrealidad, a lo preconsciente, allí donde reina lo insignificante, lo fútil, lo sin continuidad, la teatralidad, la banalidad más radical... Un mundo de enunciaciones sin asunto, en tanto cualquier asunto podría valer por igual para el juego de vacíos que es toda charla amigal. Toda la obra y acaso la vida entera de Proust gira en torno y genera toda una teoría de la *vida social o vida en sociedad*, entendidas como pura pereza y desidia, nadedad de la que la obra escrita quisiera ser la negación. No hay nada que legitime ni justifique –ni el deber, ni el deseo, ni la necesidad– la frecuentación, el coqueteo frívolo, la erudición grautita, los amores inútiles, lo vano de la tertulia sobre cualquier cosa. La mundanidad suele ser «esa marisma donde se empantanar todas las posibilidades creadoras», ha escrito Victor Gómez Pin, reflexionando sobre esa dimensión de la obra de Proust. «Nos podríamos pasar toda una vida sin decir nada que no fuera repetir indefinidamente el vacío de un minuto».<sup>39</sup> Marcel Proust podía llegar a ser atroz en sus intuiciones sobre la naturaleza de la conversación amistosa: «Acaso la señal de la irrealidad de los demás no es bastante visible, sea por su imposibilidad para satisfacernos, como, por ejemplo, los placeres mundanos que causan a lo sumo el malestar provocado por la ingestión de un alimento abyecto, o la amistad, que es una simulación porque el artista que renuncia a una hora de trabajo por una hora de charla con un amigo sabe que, cualesquiera que sean las razones morales por que lo hace, sacrifica una realidad por una cosa que no existe (pues los amigos sólo son amigos en esa dulce locura que tenemos en el transcurso de la vida, a la que nos prestamos, pero que, en el fondo de nuestra inteligencia, sabemos que es el error de un loco que creyera que los muebles viven y hablara con ellos)».<sup>40</sup>

### 3. Una sociedad indestructible

<sup>37</sup> G. D. Painter, *Marcel Proust. Biografía*, Lumen, Barcelona, 1989, p. 613-8.

<sup>38</sup> Citado en *ibidem*, p. 617.

<sup>39</sup> V. Gómez Pin, *Proust, el ocio y el mal*, Montesinos, Barcelona, 1985, p. 51.

<sup>40</sup> M. Proust, *La recherche du temps perdu*, Gallimard, París, 1954, pp. 222-223.

Con todo, hay algo de nuevo en el chateo, una actividad singular en que acaso se encuentre la clave de lo que hace tan atractiva para muchos la cibernociabilidad. Los chats conceden a los practicantes de la vida social incorpórea una posibilidad inmensa –infinitamente mayor que la que podrían encontrar en su existencia ordinaria– para el disimulo, la impostura y las retiradas a tiempo. La red es, en efecto, un refugio perfecto para los tímidos y para los inseguros, sobre todo porque implica escamotearle a los demás las pérdidas de calma que las puestas en escena del yo convencionales tienden a provocar constantemente, en cuanto uno de los actores se equivoca en su papel o emite una señal disonante con respecto a la imagen que pretende proyectar de sí mismo. En efecto, el chat permite evitar el cuerpo a cuerpo interaccional –o el voz a voz en el caso de la charla telefónica–, puesto que no le permite a un interactuante conocer datos sobre la situación somática de un interlocutor socialmente presente, pero físicamente ausente, cuanto menos en el momento actual, cuando todavía no se han desarrollado técnicas de conversación a través de Internet en que intervenga la voz o la mirada.

Privados de datos físicos inmediatos y seguros, los conversantes virtuales pueden llevar la ambivalencia consustancial a las relaciones entre desconocidos hasta extremos inconcebibles de otro modo, sorteando algunas de las propiedades genéricas de la interacción cara a cara. Entre éstas destacarían las derivadas de ese sistema de alarma que la microorganización social tiene en forma de sofoco o embarazo. Las llamadas «situaciones violentas» implican, en efecto, sentimientos de desconcierto o incomodidad, pero sobre todo reacciones fisiológicas tanto externas y visibles – desviación de la mirada, ofuscación, sonrojo, tartamudeo, balbuceo, sudoración– como internas o imperceptibles –sequedad de boca, tensión muscular, piel de gallina, acaloramiento súbito, taquicardia–, que advierten de fracasos y errores en la gestión de la propia imagen, de la presencia simultánea de principios incompatibles de ordenación social o de la falta de acuerdo a la hora de consensuar cómo se define una escena compartida. Recuérdese que el rubor es, como analizaba Erving Goffman en un célebre



artículo,<sup>41</sup> no una alteración irreversible de la interacción, sino, bien al contrario, un servomecanismo destinado a garantizar el mantenimiento y el equilibrio de los microsistemas sociales presenciales, dispositivo destinado a absorber las desviaciones, las salidas de tono y los pasos en falso. El dominio chat logra pacificar definitivamente la acción, evitando incluso esa forma mínima de autocastigo que uno mismo se aplica en cuanto tiene la impresión de estar «fuera de lugar».

La ventaja del dominio chat es que realiza una auténtica metafísica no sólo –como veíamos– del espacio social, sino de las propias relaciones sociales en sí mismas. Bien podría afirmarse que la conversación en chats es en cierto modo sobrehumana, puesto que se produce no entre masas corpóreas, sino entre entidades místicas, almas translúcidas, no muy distintas de la que convoca el médium en una sesión espiritista. Cada interlocutor se hace presente en el encuentro a través de una invocación, a la que concurre no un ser carnal, sino un nombre –cualquier nombre, en realidad–, al que se le supone una personalidad y un cuerpo –cualquier personalidad o cualquier cuerpo–, hasta el punto de que todos los nombres, todas las personalidades y todos los cuerpos resultarían infinitamente intercambiables en un territorio de convivencia no corroible y sin fronteras, una zona franca interaccional de la que sería posible entrar y salir en cualquier momento. El «hilo de la conversación», la secuencia situacional, sería por definición infinita e interminable. Se habría hecho realidad, por fin, el mito de una organización social libre de entropía, incorruptible, inmortal.

La conversación en chat hace intuible la posibilidad imaginaria de una sociedad conversacional cósmica, sin limitación local o temporal, puesto que sería de dimensiones eternas y universales: abarcaría todo el planeta, a todos sus habitantes y durante todo el tiempo, puesto que los conversantes no tendrían otra ocupación que la de conversar y no defenderían otros intereses que los posicionales inherentes a cada charla. Toda una humanidad sin estructurar abandonada a un pacto basado en una

---

<sup>41</sup> E. Goffman, «Rubor y organización social», en E. Goffman *et al*, ed., *Sociologías de la situación*, La Piqueta, Madrid, 2000, pp. 41-58.

intensa y a la vez vacía conversación acerca de nada en particular, charla por la charla que aseguraría una suerte de apoteosis de la globalización de una sociabilidad puramente autorreferencial y sin objeto. Esa sociedad universal de tertulianos desocupados estaría a salvo de cualquier cosa que pudiera parecerse al desgaste, puesto que los interactuantes universales no se verían, no se tocarían, no se olerían, no se escucharían. Nada podría obstruir entonces una mutua aceptabilidad planetaria, puesto que la comunicación entre los seres humanos –que, por lo demás, no se jugarían nunca nada serio en ella– no estaría sometida a los riesgos que implicarían un exceso o un defecto de roce, los errores de cálculo, los falsos movimientos, las iniciativas frustradas, los contratiempos... Habría ahí una vida social sin erosiones, en la medida que, en el peor de los casos, cualquiera de las catástrofes que tenemos que conocer en nuestra relación con los demás en la vida ordinaria podría ser rápidamente reparada con una vuelta a empezar con un nuevo *nickname*, es decir con una nueva personalidad recién estrenada, limpia del polvo que levanta la vida social real, restaurada de todas las heridas que los demás nos producen, perdonadas sin perdón todas las ofensas infringidas a los otros, nacidos a una nueva vida, es decir a una nueva conversación.

Ciudadano de una comunidad social fundada tan solo en competencias comunicacionales exentas de riesgo, el usuario del chat puede vivir, gracias a la extrema labilidad de sus identidades, una vida pública virtual que no es que sea una farsa mayor que la que ha de protagonizar lejos de su ordenador personal, sino que le otorga una capacidad de maniobra inédita en las relaciones sociales ordinarias, le concede impunidad ante las pérdidas de autocontrol, le permite encubrir las entradas en pánico, le salva del temor de hallarse descubierto.

## **SITUACIÓN DE CÁMARAS DE CONTROL DE TRÁFICO EN VITORIA-GASTEIZ**

### **Por Fundación Rodríguez (Arturo Fito Rodríguez y Natxo Rodríguez)**

---

#### La videovigilancia como género

##### 1.

La progresiva implantación de las cámaras de vigilancia en espacios públicos, privados, lugares de trabajo, consumo y ocio, convierte ya en "invisibles" las máquinas de visión que están dispuestas a conocer nuestros hábitos, nuestros "tics", pero también nuestros deseos o intenciones. Este "querer saber", convierte a la persona observada en personaje por efecto de la mirada "ficcional". Nos ocurre a nosotros mismos al observar en una pantalla a aquel que no se sabe observado. Nuestro poder sobre él lo ejercemos imaginando por un momento su vida, su procedencia, pensamos "con curiosidad" porque somos curiosos por naturaleza, por definición, pero pensamos también deseando desenlaces, y este sentimiento es más complejo, más elaborado, ha sido educado.

Mediante una reunión de factores evocadores y narrativos convertimos nuestra mirada en interrogación y esta función poderosa, consigue que nos encontremos ante una situación. Tal es el poder de los mecanismos de narración en los que se basa la comunicación visual trabajando en estrecha colaboración con nuestra capacidad elucubrador. Este sistema de relaciones, a veces inconexo, a veces evidente y diáfano, nos hace pensar en las imágenes videovigilantes como en un género de ficción (interiorizado como un deseo en ocasiones, pero capaz de ser llevado a la realidad en otras).

"Un serial diario que combina el suspense potencial de las imágenes en directo con el circuito cerrado de televisión y la proliferante vigilancia y control global. Con una

narrativa no lineal, de final abierto, está basada en descubrir rutinas aleatorias en localizaciones públicas y grabaciones en directo. Lo auténtico y lo ficticio se mezclan".

El empleado del videoclub habla con la protagonista en "Guiones cambiados" (Atom Egoyan, Canadá): "Normalmente entiendo a la gente. Formo un perfil basándome en lo que cogen. El problema contigo es que no eres consecuente. ¡Mira lo que coges! Musicales, dramáticos, comedias y algo de porno".

Escribe Paul Virilio al comienzo de su ensayo "Candorosa cámara": "En 1984, en la segunda Muestra Internacional de Vídeo de Montbéliard, se concedió el gran premio a la película alemana de Michael Klier, *Der Riese* (El gigante), simple montaje de imágenes registradas por las cámaras de vigilancia automática de las grandes ciudades alemanas (aeropuertos, carreteras, supermercados...). Klier afirma que ve en estos vídeos de vigilancia "el fin y la recapitulación del arte". Mientras que en el reportaje de actualidad, el fotógrafo (el cameraman) era el único testigo implicado en el proceso de documentación, aquí no hay nadie implicado y el único riesgo es ver el ojo de la cámara destrozado por un gangster o terrorista ocasional."<sup>42</sup>

Un sitcom o serie de situación en la que el espectador diseña la narración seleccionando, activando ventanas con un click y cuyo desenlace viene dado por la duración y atención de la mirada. Se entremezclan las imágenes de circuito cerrado de tv y las webcams; de alguna manera esa mirada privatiza porciones de espacio público (CCTV) y hace públicas escenas domésticas (webcam). Se reflexiona sobre la diferencia y los límites entre dichos espacios que hoy más que nunca están sujetos a la negociación, a convenios subjetivos para decidir qué se puede ver o enseñar.

---

<sup>42</sup> Der Riese. Michael Klier. 1982-83. Vídeo, color y b/n. 82 mins. Andrea Zapp, describiendo su obra en internet "Little sister"; En él encontramos una batería de 27 webcams que nos muestran distintos lugares en tiempo real, lugares reconocibles por lo habitual, por su rotunda normalidad: una calle, un teatro, una cocina, una pecera, un cuarto de baño, todos habitados o deshabitados por sus cotidianos protagonistas. (<http://www.azapp.de/littlesister/>>[www.azapp.de/littlesister/](http://www.azapp.de/littlesister/))

Las cámaras de vídeo están instaladas hoy en día en muchas zonas para vigilancia y control. Como una red invisible se establecen sobre nuestras vidas, están distribuidas sobre calles, aeropuertos, paneles, estaciones, bancos, prisiones, instituciones psiquiátricas y otros lugares, muchas de ellas ocultas. A Michael Klier no le preocupa registrar todas las situaciones de vigilancia para dar una interpretación social crítica de ellas. Lo que refleja este trabajo es la fantasía y pesadilla estas imágenes.

Habla Virilio a continuación de la eliminación de la subjetividad visual, del establecimiento de un "pancinema permanente" y la conversión de nuestros actos habituales en actos de cine, como si se tratase de una incrustación en nuestro cotidiano devenir de una especie de asimilación mental del hecho de ser observados, desarrollando más adelante la importancia de los mecanismos visuales y fotográficos en la industria y la política de la guerra. Pero conviene volver sobre la idea descrita al principio, la idea de "eliminación de la mirada subjetiva". Es indudable que la idea de "percepción" y la de "objetividad/subjetividad" son cuestiones que se ven afectadas cuando hablamos de este tipo de mecanismos automáticos, ojos siempre abiertos cuya función es de registro global, a diferencia de la percepción humana.

Dice el mismo Virilio en *La máquina de la visión* al referirse a la ojeada instintiva humana: "...El espacio de la mirada no es pues un espacio "newtoniano", un espacio absoluto, sino un espacio "minskovskiano", un espacio relativo. Tal como había comprendido Rudolf Arnheim, la visión viene de lejos, es una especie de travelling, una actividad perceptual que se inicia en el pasado para iluminar el presente, para poner a punto al objeto de nuestra percepción inmediata".

Pero si bien es cierta esta "desaparición de la realización" (en términos de producción audiovisual), existe al menos cierta acción mediadora en la propia elección del lugar que ocupar el ojo tecnológico vigilante, el grado de barrido de que ser capaz, la capacidad de enfoque que tendrá en función de aquello que es objeto de vigilancia, así como otros factores que irremisiblemente cumplirán la función específica de ese ojo. Y existirá

asimismo un uso posterior de ese material, que indudablemente será manipulado según convenga, una idea tan cercana a la de montaje que casi está negando la aparente objetividad del dispositivo.

Del film "El hombre y la cámara" de Dziga Vertov y la situación que otorga a la cámara como "cine-ojo", nos queda una mirada que aún en el intento de no ser influenciada ni predeterminada, en el intento de mostrar "la verdad" en pantalla, nos regala por efecto de un uso radicalmente moderno, alguno de los momentos más brillantes de la historia cinematográfica, aún evitando en todo el proceso (intentándolo al menos), la acción mediadora. El intento de "sorprender de improviso a la vida", ser en cualquier caso la elección de los mejores momentos resultantes de poner aquí o allá el visor y elegir este o aquel encuadre. Más tarde el "cinema verité" como sistema de observación intentará de nuevo mantenerse al margen de la mirada constructora.

En su polo opuesto, el del cine-montaje (Kulechov), encontraríamos el verdadero dispositivo subjetivo, aquel que conforma una expresión de la realidad, y que en el caso que nos ocupa, las imágenes de control en continuidad, serían igualmente susceptibles de ordenar o alterar el orden y suprimir o desvirtuar para narrar, demostrar u ocultar acciones. Así, encontramos que en la propia idea de necesidad de uso de este tipo de dispositivos de vigilancia, existe una decidida voluntad de dar uso (y por tanto subjetivar) no sólo el resultado de las grabaciones, sino crear las situaciones en las que aquellas tengan el valor o la incidencia deseada.

Vemos de este modo que el fenómeno de la videovigilancia no se limita únicamente a la capacidad práctica del sistema de control, sino a una violenta usurpación de la realidad del sujeto paciente, que sufre una pérdida esencial de sí mismo en este trámite...

Hemos visto en muchas ocasiones como las imágenes descontextualizadas pueden adquirir un sentido contrario al que realmente significan; con una mínima acción de mediación, el discurso se desbarata, el mensaje se desvirtúa y la comunicación queda

alterada. Si además hay una alteración del contexto dirigida a potenciar unas u otras características de esas imágenes, se puede construir una ficción.

Es el efecto que adquiere una simple botella de coca-cola presentada en los bodegones que la policía expone tras la incautación de material subversivo. La botella de un refresco junto a armas, munición y dinero, una botella que potencialmente es un cóctel molotov, pero que no es en sí mismo más que una botella, queda registrada como objeto peligroso requisado a los violentos. Una regla por la que cualquier cosa que pusiéramos en el tapete de esa mesa y con el escudo de cualquier policía detrás, sería vista de otra manera, sería entendida de otro modo, haciendo de la capacidad potencial, motivo de sospecha, llevando a la criminalización no sólo aquello que objetivamente es para el uso delictivo, sino todo lo que convenga adjuntar y recontextualizar de modo subjetivo y con la intención de ver más allá de lo que en realidad ha sucedido. Una cámara de vídeo, por ejemplo, en el contexto de un apresamiento de material subversivo, es un objeto realmente peligroso, su brillo y sus potencialidades son como las de un arma.

La sola idea de pensar que la tecnología pueda estar en manos de los desestabilizadores del orden social, político, ciudadano, remite a los momentos más embarazosos del mismísimo "Batman" y otros superhéroes atenazados por supervillanos con armas de última generación que desconocemos y tememos. (Los extraterrestres también tienen una tecnología más avanzada pero no tienen la fe o las "agallas" que nos convierten en seres humanos...).

Tanto la iconografía como la estrategia que plantea la narrativa "fantacientífica", dicho sea de paso, está basada en el poder vigilante que sobre las mentes humanas ejercen las entidades biológicas extraterrestres, admitiendo la necesidad del control mental para el sometimiento.

Existe en este sentido el mito de la participación de mentalistas y de psicólogos transpersonales que poniendo en juego prácticas de información subliminal han creado opinión y manejado voluntades de manera interesada. La vigilancia de las mentes puede llegar a ser de una sutilidad endémica.

## 2.

Las imágenes de una cámara de vigilancia van cobrando identidad con el tiempo, dada su peculiar pregnancia, definición y textura, pero también por su presencia cada vez más habitual en el paisaje de la ciudad, en el mobiliario urbano a través de grandes torres de vigilancia de tráfico o mediante su participación en el diseño arquitectónico...

El reconocimiento por parte del público de estas imágenes como provenientes del dispositivo vigilante, y según esta característica va siendo asimilada, se advierte igualmente la impronta de una mirada recelosa, cargada de subjetividad.

El hecho de aparecer este tipo de imágenes en los noticiarios con una advertencia explícita del presentador de televisión y llamando a la atención especial, cuando este tipo de documento ha servido en la localización de criminales, en la detección de extorsionadores, o en el descubrimiento "in fraganti" de ciertas actitudes, "tiñe" la mirada de cierta carga de excepcionalidad ante el conocimiento de algo secreto, de algo que nos es desvelado por el poder de la técnica y su todopoderosa acción detectora de lo prohibido. Un logro de la tecnología, que nos hace sentir partícipes de esas conquistas y avances de nuestra civilización y que nos mantiene en un lugar seguro, aquel que está resguardado porque siempre hay alguien velando por nosotros, mirando por nuestra seguridad. (Un sistema eficaz, un estado de derecho, una democracia avanzada como gusta decir a los gobernantes... expresiones de autocomplacencia y de... control).



Las cosas cambian cuando se cae en la cuenta de que en realidad, también somos objeto de esa mirada, cuando ese ojo imperturbable se ha metido en nuestra casa o nos hostiga en el trabajo, cuando podemos ser víctimas de una técnica de montaje cinematográfico según la cual se nos adjudique un rol u otro; el papel de terrorista o criminal, el papel de víctima sin sentirlo de ese modo, el papel de chivo expiatorio, de tonto, de violento...

Papeles que se nos han adjudicado sin la capacidad de acceder al proceso de guión ni al total de la grabación y sin ningún derecho a explicar o matizar lo que ha sido nuestro proceder, porque el realizador invisible que controla los mandos está a punto de conseguir un éxito televisivo en franja horaria de máxima audiencia.

### 3.

"El espectáculo" como situación contemporánea, como estado natural de lo cotidiano, ha encontrado en la proliferación de cámaras domésticas y de vigilancia una mina inagotable de situaciones susceptibles de ser compartidas con el gran público (auténtico mercado de voyeurismo furtivo). Hacer público lo privado a través de la trampa, el artificio o la orden judicial, reporta momentos mediáticos de alta intensidad y por tanto altamente rentables.

Los programas de cámara oculta o de "impacto" han proliferado como género televisivo y han acabado de paso con otro mito, el de la calidad de emisión "broadcast". En realidad ha quedado demostrado que la calidad de grabación poco importa si el documento merece la pena por escabroso, pornográfico o delator.

La utopía de los primeros videomakers de "Guerrilla television" que imaginaban una democratización de la información a través de la nueva portabilidad de los equipos y del acceso directo a ellos por parte de colectividades y grupos activistas, ha quedado domesticada en el uso "naif" del aparato en cuestión, en el nacimiento de la figura del

"videoaficionado" y la adecuación de las posibilidades tecnológicas al ámbito de lo anecdótico o familiar, el ámbito de la intrascendencia o el álbum familiar ahora en videotapes.

Pero si la casualidad quiere que el videoaficionado circule por allí donde se produce la noticia, se convierte en reportero, las imágenes en portada de informativo y el valor del documento tendrá un precio, cuyo valor económico será lo de menos...

#### Multivigilancia videocontrolada.

Por su parte, la combinación del elemento videográfico "vigilante", con otras tecnologías de reconocimiento en constante desarrollo (reconocimiento facial, digitalización de la información, etc.), así como a través de los software de "observación de personas" tales como la capacidad de ver a través de barreras visuales (detectar armas, imagen de objetos "fríos"), ofrece una profundización importante en las capacidades de videovigilancia, que cabría denominar como "videovigilancia expandida y multidireccional".

Los sistemas visuales con rayos X, y la búsqueda infrarroja utilizada por la tecnología militar, funcionan ya por ejemplo al servicio de la policía fronteriza en el nuevo sistema para la salvaguarda del primer mundo ante la avalancha emigrante.

Estas ideas que avanza Virilio y que desarrolla en una revisión técnica más actualizada Reg Whitaker en el libro "El fin de la privacidad", son las que cabe citar como ejemplo de la constante actualización del sector industrial de los sistemas de vigilancia, en continuo desarrollo y de indudable futuro para las inversiones. No hay que olvidar tampoco la profundidad y el peso económico de dicho sector así como las evidentes conexiones que presentan con los sistemas financieros del poder.

Dice Paul Virilio: "La ceguera se encuentra en el corazón del dispositivo de la próxima máquina de visión". El ojo que a partir del siglo XVII intentó acaparar la mirada, ahora, con la multiplicidad de sus dispositivos, con la proliferación de sus ojos, intenta "la industrialización de la no mirada", una forma de "visión sin mirada".

El ensayo de Virilio viene a marcar estos pasos: La realidad de la lógica formal: pintura, grabado, arquitectura, acaba en el XVIII; la actualidad de la lógica dialéctica que preside la representación fotocinematográfica se ha instalado en nuestro background. La virtualidad de la lógica paradójica del videograma, holograma o imagen numérica es la nueva situación de nuestra cultura visual. Situaciones de nuevas dependencias que empiezan a transformar nuestra percepción, nuestra mirada en su sentido más interiorizado, en el lugar en el que damos forma a las ideas.

Los avances provenientes de la denominada "guerra de las galaxias", como la navegación por satélite (el GPS), constituye la cara oscura de este avance al constatar la vigilancia intrínseca que el sistema ofrece. En realidad el sistema hace posible "etiquetar" a alguien y por tanto seguirle por toda la faz de la tierra. La situación es tanto más delicada cuando este tipo de vigilancia desde el espacio, está fuera de las legislaciones nacionales y actúa sin que se tengan opciones de "defensa" ante ella. Una vez más desprotegidos ante un sistema creado para nuestra seguridad y protección.

De todo ello podemos concluir que las nuevas tecnologías de la información son un arma de difícil control, con un doble filo de alta precisión y peligro real, que no viene explicitado en las instrucciones ni en los prospectos de uso... Mientras aumentan nuestras capacidades de procesar información a través de múltiples posibilidades, son capaces de hacer/hacernos a los usuarios más vulnerables a la vigilancia y a la manipulación.

Ejemplos de estas nuevas direcciones que cobra el desarrollo de la vigilancia son descritas por Reg Whitaker en el libro citado más arriba, ofreciéndonos un panorama

vigilante del que no es fácil escapar. Habla asimismo del fenómeno creciente de las "tecnoniñeras", una práctica de sofisticada tecnología que puede resolver el problema de malos tratos o desatención de las empleadas de hogar que cuidan niños. La vigilancia se realiza mediante microcámaras que pueden ser colocadas en peluches, etc. (existen casos llevados a los tribunales en los que este tipo de dispositivos ha jugado un papel definitivo). Esta tecnología permite asimismo la vigilancia on-line, conectando la cámara al ordenador mediante un software. Los padres podrán lanzar ojeadas rápidas en tiempo real desde su puesto de trabajo. Un ejemplo más de la ubicuidad del ojo electrónico.

El mayor espectáculo de una sociedad que se aburre de sí misma ha resultado ser la vida privada. El día a día, las miserias y los deseos, la soledad y el sexo, la vejez, la muerte, la enfermedad, el amor, todo lo que siempre ha constituido un mundo íntimo, alejado de las miradas extrañas, se ha convertido en un espectáculo para todos. Desde la prensa, la televisión y el arte, la vida cotidiana se ofrece como un escándalo doméstico y fragmentado.

Nuestros cuerpos y nuestras casas, lo que somos y lo que hacemos, nosotros mismos como protagonistas de una historia vulgar, siempre observados por todos, objetos para las miradas impúdicas..

Casi ya en el terreno de la ciencia ficción hay constancia de experimentos de investigación aplicada a la creación de "ciberinsectos", transformados y controlados artificialmente para misiones de espionaje, con diminutas cámaras y micrófonos, para rastrear escombros en busca de supervivientes o para poder estar allí donde se produce la información secreta. Tarjetas electrónicas, la vigilancia del correo electrónico, el rastreo de tendencias que las grandes compañías ponen en marcha a través de el historial de las navegaciones de internet... cuestiones todas ellas en las que nuestros datos circulan y son procesados, cuestiones en las que somos vigilados y lo

que es peor, mediante las cuales nos conocen, conocen nuestros gustos y preferencias, pasando a formar parte de estadísticas.

### Lugares mentales para la observación de la videovigilancia

Existen inevitables lugares comunes a la hora de tratar el tema de la vigilancia que sitúan los puntos de partida, en torno a la idea de panóptico (desde la arquitectura hasta la revisión del término por Foucault). Otras lecturas parten de la idea "taylorista" de vigilancia sobre los trabajadores, en la búsqueda del rendimiento controlado, y finalmente surge inevitablemente del imaginario que la novela de Orwell ha propiciado y según la cual el futuro será un mundo sujeto a la mirada perpetua del Gran Hermano.

Sin embargo es interesante pensar el cambio cualitativo que presentan los fenómenos de "vigilancia expandida" (vídeo y ciber) en el contexto contemporáneo, en el que se impone la idea de espectáculo sobre la de "liberación", "rebelión" o "huida" que llevaban implícitos como solución los anteriormente descritos planteamientos de control, (panóptico, taylorismo, mundo Orwelliano).

En estos, existía una presión asfixiante en la que cabía la toma de posición, el movimiento crítico y la idea de revolución como único desenlace heroico que permitiría la liberación. Un planteamiento épico de inequívocos réditos literarios que parece desvanecerse ante el panorama explosionado de las ciberculturas de fin de siglo.

En la sociedad actual, de marcado anclaje consumista en cualquiera de sus posibilidades, la exclusión y la falta de acceso, se ha convertido en una de las peores sanciones. La adormidera de la cultura visual (incesante en su flujo, imperante en lo cotidiano), no permite siquiera el "intervalo necesario" para una visión cuestionadora, y así la "velocidad como valor" atrae como un imán las mentes, creando fractura, volviendo sobre aquella cuestión no resuelta en nuestra historia inmediata que hablaba de las clases sociales...

La cuestión de fondo parece residir en el proceso de formación de la denominada "nueva economía", basada en la libertad de capital y con clara identificación con las nuevas tecnologías y por tanto con el progreso. Como apunta Ricardo Petrella: "Esta libertad de capital se admite hoy más que nunca, en una sociedad como la occidental, dominada a partir del siglo XIX por el positivismo tecnocientífico, del cual, el capital se considera principal promotor y productor".

El ideal de democratización y fomento de la creatividad individual y de la diversidad cultural a través de las nuevas tecnologías de la comunicación (Internet) difícilmente se sostiene al constatar la aparición, en palabras de Petrella, de un "... apartheid tecnológico" (los norteamericanos hablan de "digital divide") a escala mundial entre "los que saben y tiene acceso a los nuevos e-conocimientos y los que no saben y no tienen acceso...".

Este panóptico contemporáneo, consumista, de digestión personalizada, descentralizado y cuya peor sanción es la exclusión, presenta un desenlace que describe con acierto Neil Postman en "Amusing Ourselves to Death", (tal como recuerda Miguel Ibañez en "Pop Control", "crónicas post-industriales"). En esta obra, Postman contrapone 1984 de Orwell a "Brave New World" de Aldous Huxley. En el resumen que hace Ibañez de esta contraposición de utopías dice así:

"Orwell advertía que seremos vencidos por una opresión impuesta externamente. Huxley en cambio vaticinaba, - y quince años antes que Orwell - que para arrebatarnos nuestra autonomía, madurez e historia no harán falta ni Granhermanos ni Granhermanas: la gente acabaremos adorando esa opresión, convenientemente maquillada en todas esas tecnologías y métodos que promueven la anulación de nuestras capacidades para pensar y nos 'distraen' en el peor de los sentidos...".

Y desarrolla el enfrentamiento de los dos conceptos con ideas como: "Orwell temía que la verdad se nos escondiera. Huxley veía la verdad ahogada en un mar de irrelevancia. Orwell temía que nos convirtiéramos en una cultura cautiva. Huxley temía que nos convirtiéramos en una cultura trivial, preocupada por chorradas..." Cuestiones como esta elegancia en la "seducción del caos" que ofrece el sistema, son las que podemos empezar a advertir a poco que nuestra capacidad de análisis presente indicios de actividad...

A la vista de los principales factores con los que trabajan las diversas teorías que se han ocupado del fenómeno que aquí tratamos, podríamos establecer una hilazón de la siguiente secuencia, (estableciendo la "vigilancia" en todas sus formas como elemento central de la misma). Una hilazón que nos sirve a nosotros para establecer cierto terreno de juego teórico, pero sin el valor del mapa conceptual que determine de un modo riguroso estas relaciones.

- Poder, control, orden // vigilancia, control, castigo// espectáculo, control, mercado.
- Poder (ejerciendo orden a través del control)
- Vigilancia (para ejecutar castigo a través del control) (como elemento central)
- Espectáculo (generando economía a través del control).

Este sistema de relaciones que aquí intentamos dar forma a través de este gráfico podría ser una de las guías posibles para movernos en el terreno, (amplio paisaje), de los lugares comunes de la vigilancia, de su universo cautivo y de las consecuencias del fenómeno de control.

Solo una guía de las posibles, ésta que proponemos, porque la misma apariencia amorfa, abstracta, oculta, insondable, misteriosa, perversa y que además nos sitúa en un escaparate desde el que es fácil vernos como sujetos paranoicos y de manías persecutorias, tiene tantas variables posibles que podrían dar lugar a la inclusión de nuevos factores, creando nuevas relaciones....

Hemos pasado por alto las cuestiones políticas concretas o los elementos sociales determinados que actúan en una colectividad o una situación concreta. El esquema puede llevarse hasta la personalización de sus actores porque en el fondo, y esto habría que tenerlo muy presente, el fenómeno de la videovigilancia actúa sobre las personas y son estas quien padecen a menudo sus consecuencias.

De esta "vigilancia" que los medios vienen haciendo del fenómeno del videocontrol, se extrae una diversidad de casos, de elementos de análisis y de variables de desarrollo que plantean una "película" rota, fragmentada, de planteamientos oscuros y múltiples e insoldables desenlaces, porque este fenómeno desregularizado en sus formas y en gran medida desconocido (por camuflado), aporta un sin fin de casos particulares y de experiencias diversas. El fenómeno de la video-vigilancia es recurrente en los planteamientos de control de instituciones y gobiernos (de todos los colores y signos políticos), es recurrente y habitual en el análisis que de los "medios de formación" llevan a cabo las iniciativas alternativas de comunicación y contrainformación, y se ha convertido en "lugar común" de los planteamientos creativos de la vanguardia artística desde que el vídeo es utilizado como soporte. Especialmente en aquellas propuestas de marcado compromiso social.<sup>43</sup>

De esta suerte de tensiones, que cobran intensidad y protagonismo en los medios con cierta periodicidad, (según sea el escándalo que hayan propiciado y según convenga

---

<sup>43</sup> En la exposición "Surveillance" celebrada en el LACE de Los Angeles en 1987 se reflexionaba de manera monográfica alrededor de las influencias que la moderna vigilancia ha tenido en la sociedad contemporánea. Sobre cómo se articulan los dispositivos de vigilancia en sus múltiples facetas y cómo extiende sus marcos de influencia hasta lo cotidiano. Textos de Brenda Miller o Gary T. Marx, acompañaban las obras de artistas como John Baldessari, Elsa Cayo, Peter D'Agostino, Dieter Froese, Michael Klier, Martha Rosler, Julia Scher, Raindance, etc. A propósito de la misma Brenda Miller, comisaria del proyecto junto a Deborah Irmas, dice: "El hecho de estar a la vez a uno y otro lado de la torre central del panóptico, me llevó a cuestionar las consecuencias de las relaciones de poder que resultaban de tener acceso a sofisticadas tecnologías, cómo estas herramientas son utilizadas y en manos de quién son utilizadas. ¿Cómo habían trabajado otros artistas con los dispositivos de vigilancia? ¿Qué sistemas de valor habían aplicado a sus investigaciones? ¿Qué aplicaciones alternativas de la tecnología se habían producido?". Catálogo de la exposición, LACE- Los Angeles, 1987.



airear éste), surgen encuentros y desencuentros que una y otra vez revisan la intensa relación de las tecnologías de la imagen con la privacidad y la salvaguarda de los derechos ciudadanos, de su imagen, su comercio etc. Cuando estas tensiones cruzan transversalmente disciplinas como son la artística, la política, la legal, etc., el objeto del que tratamos cobra una complejidad que es difícil de abordar si no es desde el análisis de los casos concretos y a través de las vías de debate que sin duda se abrirán en nuevos y diversos planteamientos.

El fenómeno en cuestión, aún siendo global, participa de las particularidades de la sociedad en la que tiene lugar como un elemento más del mapa social y político (legislaciones específicas, uso y valor de las imágenes, objetivo y función del dispositivo, etc.), y es en este tipo de relaciones en las que intentaremos detenernos como modo de abordar un tratamiento específico del tema, intentando acotarlo, en la medida de lo posible, y situándolo en un contexto concreto como es la situación sociopolítica del ámbito desde el que damos forma a estas líneas. Un ámbito convulso en el que los medios de comunicación viene jugando un papel determinante, y en el que despliegan de un modo ciertamente influyente su sistema de vigilancia de esta realidad sociopolítica.

#### Referencias

Jeremias Bentham, *El Panóptico*. Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1989

Michel Foucault, *Vigilar y castigar*. S XXI, Mexico 1976

Paul Virilio, *La Máquina de la visión*. Catedra, Madrid, 1989

Reg Whitaker, *El fin de la privacidad*. Paidós comunicación, Barcelona 1999.

Juan Antonio Alvarez Reyes, "Los ojos del poder", para el catálogo de la exposición *Insumisiones*, Fundación Marcelino Botín.

Jean Pierre Barou y Michel Pierrot, conversación con Michel Foucault: "El ojo del poder".

Miguel Ibañez, "Pop Control, crónicas post-industriales", colección parapapel, De. Glenat S.L. Barcelona 2000.

Gilles Deleuze, *La imagen-tiempo" (estudios sobre cine2)*. Paidós comunicación. Barcelona 1987.

Noticias de prensa de los diarios "El País", "El Mundo", "El Correo", "Egin" (cerrado por orden judicial en 1999), "Gara".

Malatxa: "Manual práctico de auto-protección contra el control social".

VVAA. Surveillance, Catálogo de exposición. LACE, Los Angeles, 1987.

Textos, Referencias, Datos, diseño y programación html a cargo de Fundación Rodríguez

## SURVEILLANCE AND OUT-OF-DATE IDEAS

By Jeanne Randolph<sup>44</sup>

---

In September Y2K, the crime was conceived. To those victims without imagination, it would be a prosaic crime. To the perpetrator, whose imagination was endangered, her crime was symbolic. The deed she chose was to foil a surveillance apparatus, and thereby steal a certain book. Here was the criminal's rationale -- before psychoanalytic theory was brought to the scene of the crime: "This book is neglected, consigned to a shelf for outdated ideas. I am the only scholar left who can comprehend the book's intellectual value. I will give the book safe haven. It will have a place of honour on my desk."

The thief...very well, yes, I am the thief... "The thief," I was going to say "believed that the installation in 1996 of a library surveillance system had in fact been evidence for the vulnerable book becoming inevitably, certainly, if not by 1999, definitely by 2001, consigned to the shelf for outdated ideas."

And how telling that evidence was. In the past twenty years no one except myself had checked the book out of the library. The scholar who preceded me had checked the book out in 1953. And meanwhile, the library had expanded, not luxuriously, not explosively, but gradually. Decade by decade more bookcases had been added, and old bookcases heightened. As anyone could see, it was necessary for the library to increase its collection of manuals for computer data analysis, for the science of statistics, for tomes based on demographic findings, and books exonerating the

---

<sup>44</sup> Jeanne Randolph. Lives in Toronto. For the past 25 years Jeanne Randolph has written, lectured and cogitated about the relationship between culture, technology and psychoanalytic theory. Her most recent book is *Symbolization and its Discontents* (1997, Toronto: YYZ Books). Jeanne is an assistant professor and practicing psychiatrist at University of Toronto, Toronto General Hospital.

computational morass.

I noted as well, that the library's journals since 1970 had predominately offered articles about technique, not history, not theory, more and more technique. This is true! This library, in the post-modern era, was filling up with books about gathering facts.

I am guessing that your library has a surveillance system similar to the one in the library I visit, which is that each book has a bar code glued to its cover. When the bar code has not been registered by an automated check-out device, an alarm will squeal if that book goes through an exit.

The book I desired, however, languishing on the shelf reserved for outdated ideas, had no bar code. To me this was further evidence of its devaluation.

In the Library, on the appointed day, I lifted this book from the shelf. I lifted three other books next to it also, making a four-book pile. Then I strolled into the well-lit, spacious area where books with bar codes were shelved. I added three of these to my pile. A pile of seven books. Then, I took the elevator to the first floor, and I strolled over to the automated check-out devices. The four books without bar codes could not be scanned, but of course the device readily scanned the other three.

I turned to look behind me, toward the opposite end of the room. A thin young woman in décolleté blue Spandex® looked up from her desk. She was sitting under a sign that read "Manual Check-Out." I brought my pile of books to her. I let the pile wobble, and all seven books toppled onto her desk. "Oh my," said I, with inauthentic tone, "I'm an absent-minded professor, and clumsy too!" I explained to her that three of my books were

rejected by the scanner, but I definitely wanted to check them out of the library. Her posture hardly shifted as she peeled three bar code labels out of a folder. She adhered them to three books I shoved toward her. I watched her long skinny fingers as she entered numbers into her computer. Her fingers did not arch as pianists' do, but wafted and dipped, as if she were extending them for a manicure. She didn't help me, or even watch me, as I piled my seven books into my arms and walked down the hall to the exit. One book, "My Book," still had no bar code.

As I tread the corridor toward the exit, I looked at the ceiling. A tiny camera up there was nodding its head, tethered by filamentous wires. Rather than an eye, the lens looked like a wee snout, as if every crime gives off a scent.

I was nearing the turnstile to the exit. My footsteps and heartbeats kept pace with my accelerated desire. And my emotions were an admixture of vengeance, fear and anticipation.

GEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE!!!

The alarm! And a loud, squeaky command, "Return to the Manual Check-Out Desk."

It was at that moment that psychoanalytic theory entered the situation.

"The anxiety originally was a fear of death, but continued as unconscious moral anxiety. As it evolved, it became less distinct, withdrew from the conscious, but was none the less powerful. Whether, in approaching a desired goal, the anxiety will express itself as mere discomfort, or will hide behind a reactively increased self-confidence, the anxiety will still be there. The threatening punishment, however obscure, will be feared as

if it watches and waits in the heavens above.

"The closer the goal, the stronger the inner voices forbidding its attainment. Powers which we thought we had overcome long ago do not wane. Into the modern world of electric lights, of automobiles, of dynamos, or radio, a power feels its way. It comes from primal days, and it will exert greater coercion than all technical systems and all the so-called progress of a civilization. There, ghost-like, next to the electric signs, the newest dispatches about the formation of trusts, stock value, entertainment advertisements, a 'mene tekel' is written by an invisible and strong hand.

"But instinctual impulses emerge, and imperiously they order gratification -- even to come into conflict with the demands of the external world. This could be gratified! when that obstacle in the external world is thwarted."

And yes, it was true, although the obstacle to gratification in my infancy had not been some castrating father. No, it had been the life-administering mother, who had been shocked to hear me screech when she lifted me from my lonely crib. I would squeal as if stolen from paradise. As she piled me and my pillows up into her arms, she had wobbled clumsily and the pillows toppled down, back into the crib. I was nodding my head to and fro, perhaps looking for escape from her restraining gaze. My mother's body, suffused with dismay and bewilderment, uttered a sigh and a phrase of disbelief "Look! Up, up." My emotions were an admixture of vengeance, fear and anticipation.

And no, this was not true.

She never looked up. When I handed her the precious book of outdated ideas, she merely affixed a bar code. Unconcerned with notions of

responsibility, she noted only a technical problem, and she reacted through a technical procedure, to solve the problem on the spot. As her fingers fluttered over the keyboard, her only sentence was "It will go now."

The video camera had absorbed my guilt and my confession, while simultaneously the exit equipment had nullified the time and space in which I might have announced socially-relevant meanings for my criminal act. You see, there is no longer even the narrowest space left in the library for revelations of transgressive subjectivity. Existential conundrums enacted in public have been restated technologically, and have only one interpretation, "Object cannot move from this point to that."

Psychoanalytically, these technologies may be said to have stolen our human right to confess. "The history of mankind's psychological development teaches us what place in it we should give to the compulsion to confess. Simultaneously, stimuli of outer and inner necessities have sealed layer upon layer over our strongest instinctual impulses. What in ancient eras had been imposed from outside by means of force, through modernity has become an intra-psychic acquisition. We need only compare the original measures which atoned for violations of prohibitions or taboos with our present-day restraints, to find that the external punishments inflicted were once of a cruel, barbaric, often life-destroying kind.

"External punishments have become milder, but the inner need for punishment has grown, and become stricter, more intense -- through secular containment. This need for punishment still impinges upon man's life today, and with exactly the same cruelty and destructiveness to life as the external punishments of old. Confession is a precious psychic process. It brings about relief from the exaggerated and excessive pressure of humankind's inherent wish for punishment."

Psychoanalytically, as human, I cannot possibly have atoned, and never can. For so long as my aggressive desires, my sadistic longings, my taste for revenge are inherent, my need for confession and punishment is inherent.

And so, psychoanalytically, maybe you can see that I was courting punishment, driven by a compulsion to confess, and had therefore selected an overt crime.

No! In truth it is not the library that would be robbed! It was me and it was her, the woman to whom I had returned.

The surveillance equipment had robbed her of the moral dilemma, and of poignant human choice and judgment. The surveillance equipment stole from her a time to listen to my vengeance, fear and anticipation.

Befuddlements of right and wrong, of discernment between intentionality and stumbling, all these had been embezzled from the woman in blue.

I was not attempting to steal a book, I was taking something back that had been stolen from me: my history, my intellectual context, my idiosyncratic preferences and the value of my own interpretations of my own work and life. I was re-enacting. I was dramatizing the punishing predicament in which I live and work! There are millions like me, punished by regimentation, by mass murder of our imaginations, by reduction of our ideas to ideology, by pettiness that disguises a lust for power.

The surveillance system, with its electronics and scanners, bar codes and exit alarm, its unknowing camera that witnesses nothing, is robbing me and the women in blue, robbing our library community, provisional as it may be, of yet one more instance in which two human beings in conversation with



each other could test their judgment and values, and test their capacity for empathy, for reason and for symbolic play.

## ANYTHING THAT MOVES: ARMED VISION

By Jordan Crandall<sup>45</sup>

---

Today we witness the rise of an entirely new kind of image. It is the type of image that is streamed through a missile-mounted camera as it hurls toward its target: a speeding image propelled through space, at the window of a remotely-piloted vehicle, harnessed to a weapons system, its sights locked onto the object that it aims to obliterate. As in a video game, we experience a rush of adrenaline, a strange combination of glee and dread as it explodes. We move from the machinic-camera point of view to the perspective that destroys all perspectives. Our line of vision fuses with the projectile. The militarized image hovers eerily in between.

Such an image may seem to have a short life span, but its apparatus endures. It is increasingly fueling changes in the visual field. We do not need to look to smartbomb-riding image streams to see these changes, for these new kinds of militarized formats appear everywhere today. They are components of powerful warfare complexes. They have joysticks attached to them. They are embedded in struggles among combative actors, bound up in escalating drives for the maintenance and manufacture of strategic advantage. They are part of new fitness regimes, new formats of adequacy and muscularity. They aim to both violate and shield. They are at work not only in government but increasingly in corporate sectors. In every case, they mark a renewed, compulsive militarization - joined to the relentless pace of technological innovation and the erotic charge of combat - that is everywhere a powerful force driving global societies.

---

<sup>45</sup> Jordan Crandall is an artist and media theorist. Solo exhibitions in 2000 include the Neue Galerie am Landesmuseum Joanneum in Graz; ARTLAB-Spiral Gallery in Tokyo; the Museo de Arte Carillo Gil in Mexico City; the Centre d'Art Contemporain de Basse-Normandie; and the Kunst-Werke in Berlin. Group exhibitions include InSITE in San Diego and Tijuana; Net-Condition at the ZKM in Karlsruhe; Greater New York at PS1 in New York; and Documenta X in Kassel. An anthology of Crandall's critical writing on technology and culture, with an introduction by Peter Weibel, will be published in 2001 by the Neue Galerie Graz and the Zentrum für Kunst und Medientechnologie (ZKM), Karlsruhe. Crandall's current book is *Suspension* (Documenta X, 1997). Crandall is founding Editor of Blast (<http://www.blast.org>) and director of the X Art Foundation, New York.

I want to consider the forces that animate this kind of image, the power vectors that traverse it, and the militarized apparatus that it marks. I want to consider the kind of armed seeing that it registers and calls forth. In order to set the stage for this investigation, I want to consider another trajectory of representational development - a trajectory that runs alongside, and intertwines with, our familiar civilian narratives. These civilian narratives emphasize ground level orientations - the advance or retreat of sightlines and perspectives along the terrestrial expanse of the earth; the arraying of montages or sequences along a horizontal axis or along the y-axis of spatial depth according to a civilian temporality (clock time). In contrast, the orientation that I will consider could be regarded as that of the vertical or aerial: of looking downward rather than sideways.

This vertical orientation is but a figure - one that does not necessarily correspond to the kind of aerial images that we know. Accordingly, the distinction between these figurative orientations of vertical and horizontal, or aerial and terrestrial, do not hold up for long. They bleed into one another. The aerial is simply figured in order to mark an orientation "extra" to groundlevel representational concerns. It is to mark another vector leading into the image, another perspective into the constitution of its assemblage. This "extra" orientation could mark a war machine in contrast to a work machine, or what, after Deleuze and Guattari, could be described as a speed-fluctuation-mobile system in contrast to a gravity-displacement, weight-height system. It indicates an apparatus of tracking movement, rather than simply representing movement. It is an orientation that is somehow ultimately not "for us." It is the perspective of a militarized, machinic surround, in which we are seen from a viewpoint not recognizably our own. Its gaze is not particular to the military but is shared by the nation-state, the corporate sector, and, increasingly, the social and subjective dimensions of individuals and groups. However I would like to primarily track its militarized aspects, while tapping in to its erotic dimension, especially in its capacity to relay across the public and private as part of a new process of identification.

We know, increasingly, that this atmospheric surround sees us, but we don't know how it sees or what its images of us look like. Are there even images in this situation?

Machines don't necessarily need images to see. And just as images are increasingly eliminated in the context of vast flows of data that can be routed, sorted, and read by machines, human viewers or operators are not always necessary in emerging systems that advance ever more rapidly toward real-time activity. Sometimes the margin for strategic advantage is lost in the blink of an eyelid. And militarized perspectives require the maintenance of that strategic edge at all costs. This is why they exist, and why they cause distances to warp in their aftermath. But it is not really a matter of humans being eliminated so much as their functions being integrated into the circuits - as, concurrently, these circuits are incorporated into retooled bodies. Just as we know, to a certain extent, that humans are already cyborgs, we should also know that images are already machine-images. Images, as we have known them, are virtually ceasing to exist, as are the industrialized bodies that were necessary to see them.

### Down There

We think of the development of photography as occurring along a horizontal axis: the camera positioned atop a tripod, lens perpendicular to the ground, gazing out over the expanse of the earth in order to capture a setting from an anthropocentric position – a stand-in for an absent, idealized viewer. But photography developed concurrently along another axis, with the recording apparatus transported vertically up into the air, its lens turned downward. Both orientations drove toward the representation of movement, but for very different purposes. In aerial photography, sequences of still images, taken from balloons and planes, were mechanically generated and successively compared, in order to detect and analyse the kinds of ground movements that they suggested - ground movements that single images alone could not evoke. This proto-filmic apparatus - where a series of still frames were layed side by side in order to understand movement

through interpolation, filling in the gaps that technology was subsequently driven to bridge - can be regarded as a virtual machine driving the representation of movement in order to \*track\* it. Mapping changes and discovering patterns, the objective was to understand what moves (troops? Construction materials?), how it moves, and how that movement can be intercepted or exploited. From the very beginning, this "tracking" was a strategic, "smart seeing," harnessed to technologies of sorting and storing (e.g. files), and linked to apparatus of protection and violation: a very different kind of vision than produced through the familiar formats of the moving image - that is, cinema. It furthered a specialized language that circulated within the military, not part of the general cultural lexicon that was concerned with an emerging grammar of cinematic movement. In contrast to filmic concerns such as transition, montage, and characterization, this militarized language was one of positioning, tracking, identifying, predicting, targeting, and intercepting/containing.

As Serge Daney reminds us, the movements of the cinematic image could only be perceived because people were once put into theaters, locked into place before the screen and held in a situation of "blocked vision." Immobilized, held in seat arrest and slowly trained how to behave and see, people became sensitive to the mobility of the world through the mediation of the screen. They became sensitive to the technologically-fabricated illusion of movement as well as the movement produced through the language of film. Technological and representational conditions joined bodily enactments in a circuit that defined movement as such: a movement defined in relation to the earth's horizon, but transmitted and intertwined with the staccato of the cinematic "speech." There is always another axis to movement, which can even mark a lack thereof. There is the fixing of a node that allows the production of movement, or the perception of movement, to stream through it. This node always figures on another screen: its signature imprints upon another format. Sensitized to motion, flipping between states of activity or inactivity in conjunction with technologies of transmission and transport, a subject is signed in a multiplicity of formats, linked to very specific apparatuses of registration and control. We can see movement as a kind of conductor, facilitating and

registering the transfers of energy within an assemblage of body, machine, and image. Whether in terms of civilian or militarized contexts, or in terms of the cinematic, televisual, or computational, images exist in terms of such assemblages. They exist in terms of \*technology/image/movement clusters in which subjects are transported, sensitized, and contoured in active processes of incorporation and integration.\* These clusters mark compositions of desire. The transfers of energy within these clusters involve various patterns of mobility and immobility, various transfers between fixed and fluid states, as well as \*various forms of alignment and coordination between movements, elements, and formats.\*

Aerial - militarized - representations arose out of a need to penetrate deep within the image to divulge what may lay hidden, latent, or concealed within it evermore swiftly and accurately. The purpose of this excavation is to conquer, protect, and help define individual, group, and territorial bodies. The incorporating and integrating dimensions - linked to processes of subjectivity – are circulated within a calculus of power. These assemblages have a \*violating and shielding function.\* They occur within mechanisms of attack, preventivity, and protection, with subjects that play out along singular and collective, local, national, and international boundaries. Where the terrestrial image has an object, the aerial image has a target. This target is not necessarily an object to be destroyed, but simply an object upon which a militarized seeing-apparatus has directed its gaze, locked onto in its viewfinder. The targeted individual or ground location is often simply an arena of analysis that may or may not involve any kind of explicit combative action. It can involve a battle of another sort: a process of \*proactive policing,\* spotlighting or dividing targeted regions and social groups in the name of prevention or safety. The artillery of this armed seeing may involve the redlining of a región or social formation for the purpose of protecting an exteriority from it - sheathing one formation in a protective coating against another. This proactive policing can nonetheless be a form of violence committed on both sides: not only on the side which is redlined, which is embroiled in a kind of war the terms of which are not usually known, but also upon the side that is protected, sheathed in a kind of obfuscatory prophylactic as a mechanism of

control in relation to a exterior danger produced for that purpose. Therefore, we can say that where the civilian image calls forth a directed gaze, the militarized image calls forth a projectile/shield - an armed seeing with the ability to both deflect and damage. The apparatus is one of \*analyse/violate/protect.\* Indelibly linked to processes of subjectivity, the projectile-gaze captures its object, freezes it, holds it in a tracking mode, intercourses it, obliterates it, couches it in a mechanism of protection as part of the very defining of contours - corporeal, informational - between the one and the other.

In order delve deeply within the image-target and encase it within a (potentially armed) apparatus of reliable interpretation, three elements were required: an analyst well-skilled in the detection of patterns; a database of searchable past and present information (originally in its analogue sense, e.g. files), able to be accessed and deployed rapidly especially during times of war; and a network of navigation, communication, and coordination. As with civilian images, we can speak of \*various forms of alignment and coordination between moving elements\* - as when exposure speeds, technological adjustments, and physical movements must be synchronized in order to capture the image in photography. Under militarization we can speak of a logistics of mobility: a coordination system that, again, involves modes of positioning, tracking, identifying, predicting, targeting, and intercepting/containing.

Fueled by demands for efficiency and ever-narrower windows between intelligence analysis and deployment, intertwined with escalating technological developments and the perpetuation of real or manufactured dangers to individual and territorial bodies, the network of analyst, database, and the weapons complex has fueled rapid changes in the field of the image. It has resulted in the kind of militarized smart-images that we are familiar with from the Gulf War, recent NATO footage, video games, and financial news media. It has also given us the figure of the soldier as an "integrated weapons platform" - a machine-warrior with pumped-up capability to invade. Consider one line of development. Early warfare systems were manually-controlled: safely ensconced in a distant and secure location, a database in the form of tables and charts was consulted

well in advance of a conflict, producing information that was subsequently used in engaged combat. In order to overcome the long distances and delays in communication between weapon, operator-analyst, and database, systems were developed that enabled the database to be installed on site. Databases grew considerably from their analogue origins as computers gained the capacity to gather and handle larger amounts of information. As computer components miniaturized, becoming more transportable, they could then be used to help direct the weapon much more quickly and precisely, moving along with the weapon or directly networked to it. The soldier became evermore closely integrated with the machine. With the TOW (tube-launched, optically tracked, wire-guided) system introduced in the early 1970s, the operator had only to keep his eye on the target, and the projectile would follow his line of sight. With newer laser-guided systems, the operator does not need to keep his eye on the target, because the projectile itself will lock onto it and pursue it. The soldier would seem to have taken a subordinate position within the projectile-gaze. This important liaison between database and weapon could seem to be gradually eliminated as data systems are evermore closely able to directly control the weapon. However the operator-analyst is then faced with an important role: to serve as important check upon the reliability of the information, and to act as a direct human interface to a machine that cannot yet fully interface with all of the ambiguities of a material world. It is easy to override the automation and switch to a manual mode, however the difficulty lies in the tendency toward humans to relegate some cognitive capacity to the machine, allowing it to supplement human thinking and in many cases fully handle certain mundane functions. There is never a seamless interface with machines but only a pliable space that should be carefully navigated. The fighter's hands and eyes somewhat freed, however, he is free to juggle targets and engage in other activities that will increase his edge on the battlefield. There is therefore the stacking or windowing of interfaces along another axis of activity, deepening the field of attention in the worker-enhancing mode that we know as multitasking. With wars becoming increasingly fast and intense, the soldier's own integration into the battlefield is highly mediated: he is there yet not there, displacing his own corporeality into a



protective shell that can be transferred off site. His visionary faculty is extended through the network as his own eyes are outfitted with wearable scirms that move ever closer to the biological substrate.

Under relentless pressure to maintain strategic edge and the shrinking of temporality that this entails, and the increasing intimacy of the alliances between humans and machines that provide the means for these advantages, full automation would seem to be the goal, where there is simply no time for human involvement. However what it more clearly marks is, on the one hand, the integration of database, technological platform, and weapon directly into the faculties of the human soldier (or worker-warrior), and on the other hand, a networked weapon that carries its own guidance system (image-database-weapon), seeming to able to store searchable information (memory) within itself and to "see" for its viewer through control-formats that constitute an entirely new kind of perspective. (Although one must consider that perspective in civilian image history is also a control format, constituted within a different war assemblage.) It therefore allows some human capacity to be transferred to it while, concurrently, it helps to format a cognition that is more conducive to the demands of its algorithms. One cannot underestimate the extent to which representation, cognition, and vision are embedded within this circuit, fueled by efficiency demands. The militarized image is that which interfaces the nodes, no longer the privileged site of a human viewer alone, as the worker-warrior mutates across the lines. The drive is bound up in an erotic imaginary of technology-body-artillery fusion, fueled under the conditions of war.

Developing under networked computerization and its demands for automation, miniaturization, and acceleration, we can therefore witness the integration of analyst, operator, database, and weapons network into a smart image that is unlike anything we understand in civilian perspectives and which is not accounted for in ground level narratives of representational development. This development has occurred in the context of a general cultural shift in relationships to the image, where the image begins to stand in for, and in many senses replace, that which it represents. The human subject

and object of the militarized image are evacuated and the image hovers strangely between reality and illusion, the extent of its interface with the material world is rarely felt in a physical sense except of course by those whom it targets, those upon whom its sights are locked.

### Evasive Materiality

While these formats have seeped into general use - for again, we are speaking of conventions that relay between terrestrial and aerial realms - the militarized image necessarily develops out of reach. Again, it is an image that is ultimately not "for us." While civilian images proliferated, circulating unboundedly with the new mechanics of reproducibility introduced in photography, the militarized image, which could be dangerous in civilian or enemy hands, configured behind a wall of restriction. It required its own apparatus of obfuscation - its own veil of secrecy through firewalling, encryption, or other evasive measures (deceit or stealth). This militarized machine-image arose as a smarter image only through the restriction of the number of viewers who could see it. We can speak of an "improved seeing" that is built on the reduction of others' ability to see, and a kind of movement-materiality that is calculated precisely in order to evade the image: in response to developments in radar, for example, the aircraft that at first had the privilege of unfettered seeing had become stealthified, constructed in order to escape detection, as its optical capacities have been gradually transferred to distributed systems. And at groundlevel, radar can be switched off in order to obfuscate ground locations to aerial electronics: a tactic that Serbian military, for example, has employed in the face of NATO bombing. \*The militarized image is embedded unequally in matrices of detection and obfuscation among combative actors, driven by the need for ever-decreasing strategic margins and the ceaseless maintenance of "the edge."\* Its agents and referents are involved in detecting patterns while evading and hampering the ability of others to do so, gaining signatures while reducing one's own signature, one's own imprint upon a representational field, limiting the movement-traces that have the

potential to betray presence. Within this battlefield lay materiality and geography, integrally intertwined and no longer primary in any sense.

Again, it is again not a matter of humans being eliminated from the circuit. It is a matter of more fully integrating humans with machines, allowing important capacities and functions to be transferred and shared between them. Correspondingly, it is not a matter of time and space distances simply shrinking, collapsing into an instantaneity of the kind that Virilio, for example, finds. As they shrink, there is a subsequent stacking or layering along another axis - a new kind of intensification accompanied by regimentative formats of multitasking. This axis involves the juggling of realities: the layering, interfacing, and collapsing of situations and formations according to various rhythms or beats, and under various constraints of productivity whether in the workplace or on the battlefield. It involves various mechanisms of alignment and coordination. Rather than a general race - a general speeding up of reality along a linear timeline - what we find are the tensional pulses, coordinating and diverging, of \*an operative rhythmic,\* and within such an arena, a \*problematics of synchronization.\* It is not so easy to align the moving elements in the viewfinder, to coordinate the streams of motion, for a clear shot, in an escalating, networked atmosphere where both time and space are warped.

### Locking On

Militarized perspectives involve a particular strategy of aligning databases with moving formations in a procedure that increasingly counts, accounts for, and "produces" subjects. Their accuracy could be considered in terms of the number of coordination points established between system and subject. Deleuze and Guattari describe a similar difference: the difference between the moving body occupying smooth space and the relative characteristics of a moved body going from one point to another in striated space. This is a powerful space for artistic intervention: the very slippage between database, image, body, and subject becoming a pliable, tactical space. Increasingly, however, the goal is to coordinate by penetrating directly through the arbitrary scrim of

information and making a direct link to the body substrate. Not only does the scrim of the database stretch over the whole of reality, helping to format it the way that textuality recently was recently thought to do, but, in locating coordination points between database and body, it penetrates deep into the cellular level to precisely lock on to a biological entity, reducing the margin for error to zero. Identity cards, once widely used, are now disappearing under the promise of safety and convenience as the signifying function of such cards is merged into the biological level. For example, the accuracy rate for identifying an individual through retinal scanning is nearly perfect. We cannot therefore rely upon traditional conceptions of signification. A semiotics should take into account the coordination modes of positioning, tracking, identifying, predicting, and targeting, as they occur within mechanisms of the interception and containment of individual, group, and territorial bodies and cutting ever more precisely through the signifying play of postmodernism.

Tracking is integral to these modes. It is the kind of signification process in which machinic seeing engages, linked to the new processes of identification that this seeing employs. It is also increasingly a part of the identificatory processes of subjects, individuals, and groups. It is a mode of identification that is very different from the processes of reflection by which we have come to know ourselves through images. These formats of tracking and identification have developed rapidly through explosive growth in computing technology and digital networks, contoured under the pressures of miniaturization and fueled by the imposition of new dangers to individual, group, and territorial bodies.

Consider what happens in the process of tracking. A viewing-agency moves over its object or target, scanning its line of action, extracting data. This data is processed, stored, and made searchable and analyzable for ever-narrowing strategic margins. For example, the trajectory of a targeted plane is tracked in order to calculate its future position for interception. While it scans for data in the past or present, the tracking mode is always oriented toward the future. It is therefore integrally connected to formats of

prediction. This tracking/predicting complex, which results in a peculiar warpage of time, arose out of a need for proactivity – a need to superimpose a scrim of future inclinations upon the now, generating a mesh of potentialities. Less concerned with the reactivity of crime than with a proactive policing that might involve the tracking (and targeting) of certain segments of society in red-lined areas before any crime is committed, tracking-representations call for an image ahead of itself, a strange kind of post-image in which past activity, present actuality, and future inclination are interwoven. Unlike the images in long-exposure photography, which for Walter Benjamin contained evocative traces of the past, these images - integrated with databases - also contain traces of the future. They have grown directly in proportion with the increased capacity of databases to handle massive amounts of low-grade intelligence and the proliferating arrays of devices that enable this collection, and with the ideologies of preventivity that have been quickly gathering steam in the public mind (where, for example, the value of a product can lay in its ability to intercept disease before it occurs).

The signifier of a tracking complex is a peculiar kind of vector, marking actuality (what occurred or is occurring) in such a way that its propensity (what is most likely to occur) is always invoked. It is a sign that is oriented toward the inclusion of that which follows it. With advanced database techniques and their formats of calculation, which, again, help to format a behavior that is more conducive to the demands of the algorithms, we might think of these in terms of statistical tendencies. "This" is both something locatable in the here-and-now as well as something that is moving like "%this->". It is something that exhibits a particular inclination to move in a certain way through the study of its past behavior, and it carries this inclination with it as if part of its own body. As these processes are never autonomous but immersed in active processes of incorporation and integration, they mark a gradual colonization of the now, a now always slightly after itself, and the emergence of what Mark Seltzer has called "statistical persons." Indeed, frequently, and also in civilian terms, there is no person who exists outside of the database, or who speaks without its mediation.

While militarized perspectives were originally positioned here in terms of top-down (or aerial), perhaps it is better to say that they exist in terms of "back-through," where they counter the horizontal image, as if seeing back through it from the other side. It is as if the vanishing point behind the image suddenly achieved an agency of vision. These perspectives reverse the direction of sight, undermining the privileges we assume. It is as if the image were seeing back at us - but in this case it may no longer function as, or resemble, anything like its predecessor. Granted, it is a port that compels identifications, but in this case it identifies us before we identify it (and more efficiently and reliably). It does not show its face to us. Which brings us to the point that while civilian images are embedded in processes of identification based in reflection, militarized perspectives collapse identificatory processes into "ID-ing": a one-way channel of authentication in which a conduit, a database, and a body are aligned and calibrated. In each case, a knot of presence occurs, contouring a subject – a subject imaged or, increasingly, constituted in a complex of manageable calculations. Representation, embodiment, and identification are determined in terms based less in reflection than in integration.

Identification deals with attributes, and tracking/predicting with behavior, however they almost always work in tandem. Combinations of unique anatomical or behavioral characteristics - for human or nonhuman subjects - are used to create identity recognition systems that locate a subject by linking directly to its biological substrate as well as to its tracked and databased patterns of behavior.

### Panic Spheres

Just as the database complex marks an "improved" image, the tracking/identifying complex marks an improved form of vision: a database-harnessed, societally-endorsed form of safe seeing that updates prior ocular regimes. Haunted by pending obsolescence, driven by technological imperatives, it is a visionary capacity that cannot fall behind lest it become simply unreliable, incapable of participating fully in database-driven societies. Armed vision is a vision upgraded and made safe against an

unprocessed exteriority, a dangerous and unreliable outside. Database society is driven by the threat of danger, a danger that militarized perspectives both counter and help to create. It relies on a sporadic state of emergency, a virtual panic sphere, around which the public rallies. Protective measures are installed in order to insure the public's safety - safety from bodily harm and from the possibility of its transmissions being assaulted (doctored, stolen, lost, rerouted). Under the possibility of danger, database and corporeality blend in a hybrid body - a statistical person - requiring new protections. Virtual prophylactics couch bodily, social, or territorial formations in a protective casing. This technology/image/movement cluster - a protective "vehicle" - helps to define an interior versus and exterior, and thus is embedded in a subjectivizing process. It helps to contour the physical parameter of the users that in/habit its confines. It is thus part of a process of incorporation. It helps to immerse its users into emerging systems and realities. It is thus part of a process of integration. It helps to protect against dangers while simultaneously helping to produce those dangers. It is thus part of an economy of security.

Computerization has brought massive changes in the development and coordination of databases, the speed and quality of communication with intelligence and tactical agencies, operations and combat teams. New technologies of tracking, identification, and networking have increased this infrastructure into a massive machinery of proactive supervision and tactical knowledge. Originally conceived for the defense and intelligence industries, these technologies have, after the cold war, rapidly spread into the law enforcement and private sectors. What would Benjamin have done with such apparatus as night vision technology, developed as result of the Vietnam war, which allows downlinked airborne cameras to track human signatures in total darkness? Militarized images no longer even need light. The axis of exposure has vanished. The form of seeing that these images call forth, conjoined with data-flows and -bases, conspire to render them unnecessary. This new regime is not about presentation but about processing. The moving image has moved on. In the twenty-first century, we will no longer sit still.

Notes

Gary Chapman, "The New Generation of High-Technology Weapons," in David Bellin and Gary Chapman, eds., *Computers in Battle - Will They Work?* Harcourt Brace Jovanovich, 1987, pp. 69-70.

Sasha Costanza Chock, "Land Warrior," *CTHEORY* vol. 22, no. 1-2, February 1999, <http://www.ctheory.com/>

Manuel DeLanda, *War in the Age of Intelligent Machines*. Zone Books, 1991.

Deleuze and Guattari, *Mille Plateau*. Minuit, 1980, pp. 351-423.

European Parliament, "An Appraisal of Technologies of Political Control," 1998, <http://jva.com/stoa-atpc.html/>

Rosi Huhn, "L'oeil Arme," in *Bracha Lichtenberg-Ettinger et la folie de la raison*. Geothe Institute Paris, 1990, p. 7-19.

Warren E. Leary, "Stealth Gives Plane Mask, But Not Cloak, Experts Say," *The New York Times*, April 1, 1999, A16.

David Lyon, *The Electronic Eye*. University of Minnesota Press, 1994.

Margaret Morse, *Virtualities: Television, Media Art, and Cyberculture*. Indiana University Press, 1998.

David Lorge Parnas, "Computers in Weapons: The Limits of Confidence," in David Bellin and Gary Chapman, eds., *Computers in Battle – Will They Work?* Harcourt Brace Jovanovich, 1987, pp. 209-231.

Karl R. Popper, *A World of Propensities*. Thoemmes Press, 1990.

Mark Seltzer, *Serial Killers*. Routledge, 1998.

Paul Virilio and Sylvère Lotringer, *Pure War*. Semiotexte, 1983; 1997.



## VIDEOVIGILANCIA: ENTRE EL APOCALIPSIS CRISTIANO Y LA INTEGRACIÓN POSMODERNA

Por Gabriel Villota Toyos<sup>46</sup>

---

### Vigilancia, intimidad y esfera pública

Se habla mucho en los últimos tiempos de la idea de vigilancia y de la pérdida de privacidad que ésta, supuestamente, conlleva; incluso trascendiendo los ya habituales cenáculos intelectuales de órbita “apocalíptica”, en los que “La sociedad del espectáculo” de Guy Debord hace tiempo se convirtió en palabra de Dios, la imagen de la “vigilancia universal” parece haber prendido incluso entre los “integrados”, y el consumidor está dispuesto a aceptarla hasta celebratoriamente, como en los últimos meses se nos viene mostrando desde diversos programas televisivos que se han convertido en el auténtico foco de interés de la parrilla de programación, y entre los que destaca el pionero “Gran Hermano”, cuyo título, obviamente, es algo más que una coincidencia, pero también bastante menos que el desarrollo de un programa preventivo respecto a la utopía negativa orwelliana.

En todos estos diferentes acercamientos al fenómeno en cuestión hay una idea que suele repetirse hasta la saciedad, y que, por ese conocido fenómeno de pérdida de sentido que sucede a partir de la repetición de un determinado concepto, se ha convertido en retórica hueca: nos referimos aquí al consabido asunto de la pérdida de la privacidad de las gentes, cuya esfera íntima se vería por lo visto violada con motivo de la omnipresencia de aparatos de videovigilancia, reproducción y grabación por doquier. Parecería que hoy en día cualquiera se viera expuesto a que las imágenes de su,

---

<sup>46</sup> Gabriel Villota Toyos. Vive en Bilbao. Artista y activador videográfico: *Lavis*, Morlans (1993), *A orillas del edén* (1995), *No haber olvidado nada* (1997, con Arturo Fito Rodríguez y Marcelo Expósito) o *Bodybuilding* (1999). Programaciones permanentes (Sala Rekalde de Bilbao y Larrotxene de Donostia), publicaciones (Ars Video, OFF video, Plusvalías de la imagen, Videocombate). También ha coordinado e impartido seminarios como *Siempre pasa algo*, Arteleku (San Sebastián), o el ciclo y la publicación *Luces, cámara, Acción! (...) Corten!* para el IVAM (Valencia) y el MNCARS (Madrid). Profesor de Comunicación Audiovisual de la facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación en la Universidad del País Vasco.

pongamos, oronda figura desnuda en la ducha, o en escatológico gesto, sentado en la taza del inodoro, circularan por todo el planeta a través de Internet, y a causa de ello nadie pudiera ya bajar impunemente a comprar el pan, poniendo cara de no tener nada de qué avergonzarse.

Mi planteamiento al respecto ha sido más bien el opuesto en los últimos tiempos, defendiendo la idea de que la actual proliferación de dispositivos de visión por ciudades y hogares no supone tanto el peligro de perder la esfera de lo privado (sinceramente, creo que hay un interés más bien limitado en el mercadeo con imágenes como las citadas más arriba, pese al relativo auge de páginas web como voyeur.com, en la que los novios despechados colocan las poses más comprometedoras de sus ex), como más bien el contrario, es decir, el de la pérdida definitiva de la esfera pública, en tanto que lugar para el intercambio de experiencias y para la socialización colectiva de la comunidad, como bien señalara ya en su día Rafael Sánchez Ferlosio a propósito de la invasión de imágenes en papel couché de ajenas vidas privadas en los quioscos de las calles: si, en este sentido, consideramos que, como suele decirse, internet constituye el nuevo ágora electrónico, lugar donde precisamente ha de producirse ese intercambio de experiencias, esos procesos de socialización, esa interacción colectiva en forma de debate, etc., lo cierto es que es una plaza pública bien repleta de ventanas que no cesan de mostrarnos las vidas ajenas, y ofrecérnoslas además a través del único modo que el omnímodo sistema capitalista conoce, es decir, mercantilizadas y cosificadas como objeto de compraventa. Por ello, también en internet, sería la esfera pública la que estaría en cuestión, y no tanto un ámbito privado que, en base a su potencial comercial, deviene omnipresente y ve su pervivencia más que asegurada.

Así que, sin perder en ningún momento este punto de vista, me propongo a continuación hacer un pequeño recorrido por lo que a mi juicio son algunas de las cuestiones más paradójicas surgidas en los últimos tiempos, desde esa imparable proliferación de dispositivos de vigilancia que en el conjunto de esta revista se aborda.

### La red de webcams como panóptico: ¿Quién vigila a quién?

Una de las cuestiones que por ejemplo algunos a este respecto han sugerido es la que se refiere a la posibilidad de que, más allá de ser un mecanismo de control social, la proliferación actual de cámaras web pudiera ofrecernos algo así como una alternativa de construcción de una nueva esfera pública, que en otro lugar he definido como perversa: la creada por una red de usuarios que libremente optarían por intercambiarse con otras personas, desde las cámaras instaladas en sus ordenadores domésticos, imágenes de sí mismos (fundamentalmente eróticas). Estaríamos hablando en este caso más bien de una red de exhibicionismo y voyeurismo compartido, que no de un sistema de vigilancia, en tanto que quienes participan de ella deciden en todo momento, teóricamente al menos, cuándo y cómo hacerlo.

Existe un precedente inmediato a ello, sobre todo si hablamos de aquellas redes de usuarios de webcams centradas en el intercambio de material erótico y/o pornográfico: son lo que Laurence O'Toole llama en su libro "Pornocopia" "parejas de Nebraska", refiriéndose a esa gente normal y corriente que en los años ochenta, aprovechando la enorme comercialización de videocámaras domésticas emprendida por la industria (y estrechamente ligada al boom de programas como "America's Funniest Movies", o entre nosotros "Vídeos de primera"), crearon redes de intercambio de cintas de vídeo de contenido erótico y absolutamente amateur. La lección que, en todo caso, uno obtiene de ello, es que dichas redes enseguida fueron absorbidas, una vez vistas como amenaza, por la industria pornográfica oficial, y convirtieron sus frescos documentos en un nuevo género, que llegaría incluso en algún momento a ser dominante. Por eso, cuando pensamos en las redes que ahora surgen alrededor de la proliferación de webcams, tampoco podemos ser ya tan ingenuos como para pensar que detrás de ello está la democratización definitiva de la experiencia pornográfica y la generación –o el reforzamiento- de una auténtica esfera pública; conformémonos, si acaso, con poder hablar de esa "esfera pública perversa".

Esta red podría asemejarse a la que igualmente es susceptible de formarse en el patio de vecinos, lugar donde en efecto todas las miradas convergen, todos estamos expuestos a la mirada de los otros, y de algún modo todos podemos convertirnos en vigilantes de los demás; en otro lugar, y en relación al patio de “Rear Window” (*La ventana indiscreta*, Alfred Hitchcock, 1954), que de algún modo es el patio por antonomasia, en tanto que es su representación más esencializada, nos referimos a “una especie de panóptico invertido, donde todos vigilan a nadie (o cada uno a todos los demás)”.

Pero tanto en este caso, como en el que va a surgir de ese nuevo patio de vecinos telemático (más que ahora: es decir, un lugar absolutamente liminal entre las esferas privada y pública) que es internet, hay cierto carácter espontaneista que excluye una de las características principales, si no la fundamental, que el panóptico benthamiano debería tener, al menos tal y como nos llega descrito por Foucault, a saber: el hecho de que la vigilancia quede interiorizada en el recluso, de tal modo que él se sepa vigilado en todo momento, sin poder ver en ningún caso los ojos del vigilante, constatar su presencia. Ahí reside la clave de la eficacia definitiva del sistema panóptico, lo que hace que podamos pasar de sistemas de reclusión y castigo a sistemas de control y vigilancia. (Algo que, por otro lado, y leyendo la obra de Foucault transversalmente, se hallaría ya implícito en nuestra cultura desde el cristianismo, religión que interioriza a través del sentido de culpa y del pecado lo que en la antigua religión hebrea era abyección e impureza: Jesús libera de las ataduras de la ley a sus seguidores en buena medida, pero les inculca un ojo interior que ya no les dejará jamás hacer dejación de sus labores de vigilancia y (auto)denuncia, a través del sacramento de la confesión).

Del mismo modo que en el patio de vecinos podemos soslayar las miradas ajenas con tan sólo bajar la persiana, cambiar de habitación o apagar la luz, el espacio virtual de la red posibilita igualmente a los usuarios de las webcam mostrarse tan sólo cuando y cómo les interesa, como ya sugeríamos más arriba.

Faltaría por tanto, por lo que podemos deducir de las características descritas hasta ahora, ese aspecto “apocalíptico” de la vigilancia que muchos, precipitadamente, se apresuran a denunciar en la extensión “inextensa” de la red de usuarios de cámaras web por todo el mundo.

### La propia explicitación del discurso como mecanismo de control

Sin embargo, insistimos, tampoco la cosa está como para ponerse verdaderamente “integrado”, pues hay un aspecto que sí que resulta preocupante en todo este asunto, y es ni más ni menos que el hecho de que estemos todo el rato hablando de ello: desde debates filosóficos sobre los límites éticos de la vigilancia y el derecho a la intimidad, hasta las discusiones artísticas sobre las cuestiones de representación implícitas en el hecho de la imposición generalizada de la videopresencia, pasando por los debates televisivos más o menos pedestres sobre la perniciosidad o idiotez oculta tras programas como “Gran Hermano”, todo el mundo discute de las mismas cosas.

Y es aquí donde habría que retomar la figura de Foucault, para recordar su lúcido análisis sobre el desarrollo de la idea misma de sexualidad en la cultura occidental; Foucault parte de la idea de que la explicitación del discurso sobre la sexualidad conlleva, más que esa supuesta “liberación sexual” tan cacareada en nuestra cultura en las últimas décadas, la culminación de un proceso histórico de control, articulado precisamente a través de una “proliferación de los discursos”. De tal modo que, el que ya no tengamos problemas para “hablar del sexo”, realmente estaría encubriendo un mecanismo de control basado en la propia explicitación del discurso, que así, precisamente, coarta la posibilidad de vivir el objeto de dicho discurso (la sexualidad, en este caso) como experiencia. Curiosamente, y aunque desde una óptica totalmente distinta, también los fieros análisis de Pasolini sobre la sociedad moderna (y muy en particular sobre la italiana) venían a coincidir en este aspecto con el de Foucault. En particular si uno lee textos como la “Abjuración de la trilogía de la vida”, donde

abiertamente rechaza su propio trabajo de representación sexual llevado a cabo en las tres películas (“Las mil y una noches”, “Cuentos de Canterbury” y “El Decamerón”) que componen la trilogía: para Pasolini la llamada liberación sexual “ha sido brutalmente superada y trivializada por la decisión del poder consumista de imponer en este punto una tolerancia tan amplia como falsa”.

Si extrapolamos dicha reflexión al tema que aquí nos ocupa, bien podríamos decir igualmente que la implantación de una vigilancia, por así decirlo sistémica, se haría realmente efectiva, primero, según decíamos más arriba, a partir de la interiorización de la misma siguiendo el modelo expuesto en el panóptico benthamiano; y segundo, en función de lo que exponemos aquí ahora, en la medida en que la explicitación de dicho discurso sobre la vigilancia se haga extenso y participe del mismo el máximo de gente y con el máximo de registros y niveles posibles de interpretación y lectura.

Así pues, estaría favoreciendo a ello tanto las páginas y páginas y horas de televisión dedicadas a hablar de un programa como “Gran Hermano”, bien sea desde el más frívolo de los tratamientos de la llamada prensa rosa, como incluso desde un punto de vista pretendidamente serio y analítico (o sea, desde Boris Izaguirre o Mercedes Milá hasta Gustavo Bueno: recuérdense sino las vueltas que dio el debate sobre si se trataba realmente de un “experimento sociológico” o no), como igualmente otro tipo de foros, como este mismo en el que estamos participando, dedicados a cuestiones aparentemente más serias y trascendentes.

### Relatos de poder

Y esto nos lleva finalmente a plantearnos una serie de preguntas, que sin duda resultan un tanto obvias, pero igualmente desconcertantes y de difícil respuesta, porque cuando hablamos de una hipotética vigilancia universal, ¿a quién nos referimos como sujeto de dicha acción de vigilancia? ¿no estaremos cayendo fácilmente en la tentación de

pensar que “nos vigila el poder”? Pues, evidentemente, la siguiente pregunta sería, ¿quién es el poder?

Lo cual nos remite, una vez más en este relato, a la obra de Foucault, y su brillante análisis sobre lo que son las relaciones de poder y el ejercicio del mismo en nuestra sociedad. Foucault critica en varios de sus textos y entrevistas esa idea tan arraigada de que el poder es un espacio, casi podríamos decir que físico, ocupado por alguien en particular que lo ejerce con mayor o menor fortuna, con mayor o menor magnanimidad. Frente a esto, él propone la idea de que el poder es algo inherente a las relaciones entre los seres humanos, ocupen éstos la situación social que ocupen; y que por tanto esa idea de “luchar contra el poder” es un tanto banal, en tanto que el poder está diseminado en todos nosotros, de una forma u otra. Más bien podremos pensar en términos de reequilibrar en cierta medida esas relaciones de poder, dentro de las especificidades que se den en las distintas situaciones humanas, de tal manera que evitemos las relaciones de explotación, o mero abuso, implícitas en ellas.

¿Entonces, si el poder es un juego de relaciones entre seres humanos, cómo afectaría esto a la idea que tenemos de la vigilancia? Porque, en definitiva, esa idea misma parece estar estrechamente relacionada con una cierta relación de poder, ejercitada desde el control que la mirada otorga.

Pues la primera conclusión que se nos ocurre es bastante evidente: del mismo modo que no podemos hablar en rigor de un poder centralizado y omnipotente que todo lo domina, tampoco podríamos pensar en una mirada centralizada que todo lo controla, sino de ciertas relaciones de vigilancia, por así decirlo, que del mismo modo que las relaciones de poder, se establecen entre unos individuos y otros; por supuesto que allí podremos encontrar quienes abusan de su posición para ejercer una vigilancia desmedida sobre los otros, para cosificarlos o someterlos (y aquí no podríamos dejar de tener en cuenta la persistente relación de desigualdad que en el ejercicio de la mirada sigue dándose en nuestra sociedad en términos de sexo), así como quien vive una

situación de víctima respecto de la misma; igualmente encontraremos lícito plantear la cuestión del necesario equilibrio en aquellas relaciones de vigilancia recíproca que consideremos desiguales y abusivas; pero del mismo modo nos negaremos a considerar que la vigilancia es un concepto unidireccional, acumulativo, y ligado por tanto a una idea de “poder” que hubiera que derribar.

Los juegos de voyeurismo y exhibicionismo, bien en el patio de vecinos como en la red, son suficientemente complejos, variados e intensos como para que cuando hablamos de “vigilancia” vayamos afinando un poco más nuestro espíritu crítico y seamos capaces de apuntar a otros territorios, muchas veces más íntimos y personales, otras claramente deslizados hacia lo público, por los que la mayoría de nosotros vamos patinando, de un modo más o menos improvisado, más o menos caótico.

Pero en todo caso se trata de un asunto de tal complejidad, y de tal presencia en la vida contemporánea, que al menos consideraremos sano tener en cuenta un par de cuestiones preventivas, como son, por un lado, ser conscientes de dicha importancia pero obsesionarnos menos con la necesidad de hablar y hablar de ello, porque como aquí hemos tratado de sugerir es la propia explicitación de su importancia la que da a la vigilancia carta de existencia; igualmente conviene asumir las múltiples paradojas en las que uno se ve envuelto, y tratar de asumir que las posiciones en estos asuntos no son tan claras ni están tan definidas como a algunos les gustaría, y que el enemigo, como decía el otro, está dentro de nosotros: nada, a fin de cuentas, más cristiano que creer esto.



## CONTEXTUALISING CCTV IN BRITAIN: PRIVACY IN A SURVEILLANCE SOCIETY

By Joseph Organ<sup>47</sup>

---

Video surveillance has its roots in Britain, where the very first cameras were installed in Guy's Hospital, London 50 years ago. Preceding this, the idea of using film to control people was long considered a possibility. In 1824 a thief was spotted by chance with the lens of a camera obscura (an early version of the modern camera) and arrested (Moore, 1999 -Every move you make <<http://www.guardianunlimited.co.uk/Archive/Article/0,4273,3815699,00.html>>). The concept of video surveillance was perhaps born here, yet it was another 160 years before CCTV systems were commonplace.

Since the beginning of the 1990's, the video surveillance industry in Britain has rocketed; now worth £3 billion a year, there is an estimated 1 million cameras in existence today, half of which were installed in the last three years. Britain can be seen as the leading nation in the implementation of CCTV, and urban-dwellers live in an environment where they can expect to be caught on camera 330 times a day (Norris/ Armstrong -1999)

The majority of video surveillance systems have been installed by local councils and businesses, in a starting array of locations, in streets, private buildings, motorways, housing estates, shops, hospitals, car parks, offices, phone boxes, pubs, buses, taxis and cash machines. The market grows annually, as cameras spread from the major cities to infest smaller

---

<sup>47</sup> **Joe Organ.** Lives and works in Leeds, England - where he is filmed by video surveillance systems on average 300 times a day. Having completed a Post-Graduate course at The Institute of Communication Studies - he is now preparing to study for a doctorate in the area of Surveillance and Society, although he is yet to secure a place in a suitable university department.....

towns and rural areas. Coupled with the staggering growth in camera frequency, Britain has seen, as with other countries throughout the world, the application of technological advances to video surveillance. Camera no longer transmit unmoving, grainy, blurred black and white images to monitors, but can now utilise excellent picture quality, zoom capability (reputably able to recognise a cigarette packet from a hundred yards), night vision and general improvements in camera manoeuvrability. Equally significant, in my view, is the practice of somehow connecting images captured by cameras to database software, so that, rather than video surveillance systems existing in isolation from each other, patterns and trends can be identified, allowing more effective action in the light of correlated evidence. In a practical sense, what this equates to is CCTV systems colluding to build data-profiles of individuals that are filmed. In Britain, this practice has manifested itself, in embryonic form, in face recognition technology, which uses cameras to recognise individuals by scanning for patterns in their facial features, as if a fingerprint.

Newham, a London Borough Council, has installed face recognition software in its surveillance systems, which remarkably, can scan a crowd of people (cross-checking with database containing the digital facial patterns of known criminals) to actively search for wanted suspects (Kinnes,2000 - In your face <<http://www.guardianunlimited.co.uk/Archive/Article/0,4273,3961654,00.html>>). This method, which necessitates the real-time linking of camera systems with databases, has been adopted by retail businesses in an attempt to spot and eject known shoplifters.

Most proponents of video surveillance maintain that increases in cameras will lead directly to increases in security, decreases in crime and anti-social behaviour and a reduction in costs for business and government. This argument forms the foundation stone in all justifications for surveillance of this kind. Police, politicians and industry leaders have

promoted CCTV as a panaceaic solution for urban dysfunction (see [www.privacy.org](http://www.privacy.org) ), which will allow citizens to feel safe walking the streets of London, Manchester, Newcastle, Glasgow, Cardiff, Leeds and so on. Yet, as with other countries, opposition to video surveillance has been widespread, although not particularly active. This is partially because it seems to be unproven that cameras conclusively lower levels of crime. However, in my view the profound roots of criticism towards the prolific rise of video surveillance have been the belief that each citizen whose image is captured is constantly having his/her rights to privacy severely undermined. From hardcore libertarian groups (Privacy International, [www.eff.org](http://www.eff.org) - The Electronic Frontiers Foundation) right across the spectrum, to dedicated CCTV proponents, everyone agrees that, with cameras permeating our urban and suburban environments, privacy is the big issue with CCTV. Even Jack Straw, our Home Secretary, noted in a speech last year that the loss of privacy brought about by Closed Circuit Television cameras is a 'price worth paying' for greater security. (Arnot, 1999 - We've all been framed <<http://www.guardianunlimited.co.uk/Archive/Article/0,4273,3939013,00.html>> ) It is generally felt in Britain that citizens should not have to have their every move scrutinised, whether by cameras or other forms of surveillance, by government or business, and there is something intrinsically wrong with being constantly under the gaze of hidden people who watch monitors in control rooms. Feelings about privacy run deeply, yet privacy as a concept is ambiguous, enigmatic and, when applied to a citizen/comsumer's relationship with government or business, can be misleading.

The purpose of this paper is to contextualise video surveillance into a society of surveillance, in an attempt to understand where it signals departures from previous patterns of surveillance, and where it represents a continuation. Then, it may be possible to evaluate CCTV in terms of

privacy.

First step in this is to briefly examine the history of surveillance in Britain. To understand how CCTV came to fruition, and was generally accepted, it is necessary to look at the political and cultural backcloth to surveillance in general. How did it become tolerable to observe, record and store information about people without their direct and full consent, whether by film, paper records, computer databases or more clandestine methods such as telephone bugging? The answer is, that society itself relies upon such surveillance structures, Surveillance permeates human life, and in its broadest sense, is 'any systematic attention to a person's life aimed at exerting influence over it' (Rule,1974,p40). It includes at its most basic level, the care of a child, the sick or elderly. However, certain categories of surveillance have, historically, developed parallel to modernity through dynamic and complex symbiotic bonds with the emergence and dominance of the modern capitalist state.

The last two centuries have seen the modern nation state take form in the UK, expanding along capitalist lines to reach, effect and determine many areas of British society, in workplaces, business, social order, social interactions and so on. The functioning of a complex economic and bureaucratic system, based around reciprocal obligations between state and citizen, requires vast reservoirs of high maintenance information regarding the citizen's status in various fields (income, health, crime records, location, history etc) and surveillance is absolutely necessary in this system.

As James Rule points out:

The growth of the modern nation state is very much the story of the

destruction of old forms of local and regional autonomy, and of their replacement by social forms which bring the affairs of all the populace into closer co-ordination. (Rule,1974,p26)

To successfully run such a comprehensive form of social control (say, in opposition to feudal methods of collecting tithe taxes from the populace in the landowner's immediate vicinity) required intense and far-reaching surveillance, and it is this surveillance that permits accurate social control to occur.

As the British state developed, power shifted from parochial churches and local landlords to a centralised position. Surveillance techniques and practices were developed to bring disparate subjects into the power and protection of the state (Giddens,1985), as microcosmic village/family social forms declined and a mobile urban population developed (M Anderson,1996). As Tocqueville (1968) observed, it was quickly understood that, for a population to flourish and remain controlled under a large-scale system such as a nation state, then laws, regulations and procedures (which guide the aforementioned reciprocal ethos) had to be continually and successfully applied to citizens. A system based upon rational, bureaucratic, administrative apparatus evolved (Weber,1947). The key point is that surveillance was prerequisite to this system, and therefore to citizenry itself. As Whitaker points out, 'the ability of the administrative state to administer rests on its extensive knowledge about the society' (1999, p43) knowledge about individuals is gained from surveillance, stored, and then acted upon.

This surveillance consisted mainly of paper records, which converted the convoluted reality of marriage, death, income, habitation, landownership, crime and other areas into observable forms of data. Citizen's records

could be examined, compared and manipulated (E Tufte,1990), as coding in paper records (tax classification, electoral registers, health records etc) enhanced clarity and density of representations without destroying intelligibility. Citizens could be controlled by linking them inextricably with their past (Rule,1974,p28) and locating within specific regulatory boundaries. The government relied on a plethora of surveillance processes (largely everyday, mundane data collection and record construction) to successfully run a nation state. Similarly, business relied on surveillance to remain efficient and profitable. Banking serves as a salient example; the Goldsmiths who formed the first banks required data surveillance to ensure that borrowers returned that which was owed (Murphy,1973). From here, the onset of industrialism, the vast increase in the flow of goods, the creation of a national transport and communication system (rail, canal, road, mail), the colossal increases in population and rises in standards of living (Pollard/Crossley,1968) augmented and allowed a rapid growth in the need to collect, store and use data concerning individuals for the benefit of business.

So, it can be seen that the basic desire to survive and expand fuelled surveillance in both the state and, as capitalism developed, in business. It was the state in particular that identified at a very early stage that it needed to pay special attention to those areas which it saw as threats to the system that it was endeavouring to maintain. Therefore, the state developed organisations geared specifically to tackling crime and national security; namely the police and intelligence organisations such as MI5, MI6 and GCHQ. As with other areas of surveillance, these organisations recognised that the key to retaining power over subversives was information. The violent struggles for land, religion, the seas, people, wealth and security, a recurrent theme in human history, could be won or lost with information. Espionage and law enforcing are ancient professions

(espionage is mentioned in the bible), rulers of cities and lands soon realised that to manage a kingdom effectively, threats would have to be detected both internally (from enemies living within the realm) and externally (often in the form of other nations). In an organised society, intelligence, espionage and policing craved and used information just as in other, more mundane and commonplace surveillance. In Britain, impressive clandestine systems were developed, perhaps most rapidly in the 16th century, where Elizabeth I amassed a huge entourage of spies, conspirators, cohorts and informers to seek out and eliminate enemies within England, and to identify movements abroad. Throughout history, such groups have found that the manipulation of communication mediums have worked tremendously in their favour. The postal system (consolidated with the creation of the Royal Mail in 1635) enabled state actors to intercept and act upon information sent in text form, in 1703 the government 'Deciphering Branch' was set up to decode encrypted letters, as a means to uncover plots and schemes against the state

As the world developed over the last portion of the millennium, nation states guarded their autonomy and security through military power and law enforcement, supplemented by vital intelligence and knowledge gathering organisations that relied upon surveillance to operate. As communication technologies developed, the surveillance landscape altered, state organisations exploited the inherent vulnerability of electronic and radio based mediums to interception. Discovering that its foes could benefit from the swift speeds of the telegraph, telex, telephone and radio communication was balanced by the fact that there were generally means to intercept and decipher message content in all these mediums.

The second world war saw British intelligence groups expand massively to cope with the need to intercept nazi communications, which, with the help

of the famous Bletchley Park 'code-breakers' it managed to do successfully, often then feeding back false information regarding Allied movements (H Sebag-Montefiore, 2000). Following Allied victory in World War II, British Intelligence stepped up its activity, forming close links with the US, officially to cope with a multitude of threats (classically Soviet, but also from the Middle East, and religious or extremist groups worldwide) to national security, but also, according to some commentators, to justify huge budgets and staff members (Larry O'Hara, 1994

It was during this cold war (or 'Imaginary War') that colossal structures were put in place to counteract rival powers, with surveillance techniques that came to fruition during the war being improved and intensified with this transatlantic alliance that dominated international surveillance. The UKUSA agreement also included Canada, Australia, New Zealand and, later, other countries such as Norway, Denmark, Germany and Turkey were involved. Basic clandestine surveillance infrastructures that were established during the war were used as the foundations of a world-wide system of listening posts. During the 1940's and 1950's these posts were used largely to intercept high frequency radio messages, particularly in the case of China and Russia. Telegrams and Telephony were also targeted; messages were obtained by colluding telegraphic companies such as RCA Global, ITT World Communications and Western Union (Duncan Campbell's Inside Echelon). Unlike the aforementioned routine and overt examples of surveillance by government and business (which has been called 'disorganised surveillance' by David Lyon - 1994) this system demonstrated co-ordination and collaboration on a colossal scale, which enabled the UK and the USA to intercept and decode messages from friends, allies, enemies, commercial operations and civilians alike (Campbell, ibid)

Furthermore, as communication technology experienced light-year leaps



forward, the Intelligence community found ways of intercepting new mediums, and, crucially, discovering techniques, to filter out messages that were of no interest. As early as the 1970's computers were aiding the surveillance process by sifting through vast amounts of international communications through software programs that search for particular 'keywords' or phrases of interest to intelligence agencies. (Whitaker, 1999) Data storage software (crucial for surveillance in the digital age, as paper records become anachronistic) was also developed to store Intelligence information. Despite comprehensive interception, which now includes vast amounts of Internet traffic (where keyword software can be employed very effectively to analysis the uniform patterns of textual correspondence) only very small amounts of information can actually be acting upon by agencies. Duncan Campbell suggests that, due to basic logistical restrictions, only one in a million messages intercepted would result in any manual attention from intelligence operatives (Campbell, Ibid). All the same, due to these enormous systems, backed with large budgets and comprehensive resources, Echelon and associated projects exercise limitless powers, which allow a handful of English speaking to spy on statesmen, political activists, journalists, non-governmental organisations, religious groups, businesses and, of course, other governments. Regulation or accountability, although an issue, has not significantly reigned in their powers.

So, what has all this to do with Video Surveillance, especially as there is no real evidence to suggest that Intelligence Agencies are using CCTV to gather information on any large scale?

In answer to this, it seems apparent that, in general, the processes of surveillance which the government have developed to coordinate its activities, from the tax-code of employees to the shadowy international listening posts of Menwith Hill and Chicksands, can be justified as

necessary to state survival (although many of its processes are, at the very least, questionable). Similarly, surveillance by business, whether it be cameras, productivity software, website/email trackers to monitor employee productivity, credit ratings information to exclude risk individuals from financial privileges, purchase preference records which result in the proliferation of junk-mail, or even large-scale industrial espionage, companies are only obeying the capitalist imperative, survive and expand. Surveillance of all kinds makes sense, for the nation state, for the economy and for the well-being of all those who operate with deference in these realms.

So why the objection to CCTV and other areas of surveillance? It is because we are not robots, because we have values, deeply entrenched, connected to privacy and freedom. Because, technological advancement which increased the surveillance capacities of government and business, whether overt or the clandestine world of espionage, is vaguely redolent George Orwell's '1984' (1948), Aldous Huxley's 'Brave New World' (1932), Yevgeny Zamyatin's 'We' (1924) and the fascist centralised eugenic files of Nazi Germany became commonplace (Whitaker, 1999); the link between surveillance and threats to privacy has been emphasised and re-emphasised in these terms. Suggestions that the nightmarish of Big Brother could (and will) actually happen in Britain are hyperbole in the extreme, and, in my opinion, cloud the issue of surveillance to some extent. But with CCTV in Britain we are seeing a transference of the kind of extensive power usually reserved for selective targets deemed national security risks, to the categorical suspicion of the entire population. Police and business seem to have borrowed from the kind of intrusive surveillance one would expect only the military to use, reproducing it on a grand scale so that it now permeates our environment, permanently altering public, and some private spaces. To explain what this could mean for everyone's privacy, it is useful to move away from the 'Big

Brother is Watching You' allegory. Instead, many writers have turned to Michel Foucault's metaphoric adaptation of Jeremy Bentham's idea of the panoptic prison as a kind of theoretical tool to examine the relationship between surveillance (in this case CCTV) and privacy.

This tool derives from Michel Foucault's metaphoric adaptation of Jeremy Bentham's idea of the Panoptic Prison, which he used as an allegory to explain the power derived from modern surveillance, where subjects are forced to conform because they can never be sure that they are not being watched (Dreyfuss, 1982). The panoptic prison was drawn up in 1791 under the direction of the famous English political philosopher, it was to be a semi-circular building with cells laid around the perimeter, side by side, with an inspection lodge in the centre of the building. The guards in the centre could see straight into each cell, leaving no corner hidden to the prison authority. Yet through an unproven system of lighting and wooden blinds, the inmates could see nothing but the four walls of the cell, they would not be permitted to ever see any other inmate and each prisoner would be unlikely to commit any offence whilst in prison as they could never be sure whether they were under surveillance or not: the idea was never used.

Foucault's adaptation of this concept into a metaphor to examine the power of surveillance is used not as a warning of totalitarian dystopia, but as an approach to understanding the surveillance landscape, where forms of electronic surveillance, which replaced face-to-face interactions, rendered consumers/citizens visible to unverifiable observers (Lyon, 1994). The panopticon adds a new dimension to comprehending intrusive surveillance. The uncertainty of whether your crimes will be spotted by police, or whether inefficiencies at work will be detected (Peters notes a distinct link between Bentham and Taylorism 1999, p83), or your correspondence read by various parties, leads you to suspect that you may be constantly

subjected to electronic surveillance, but you are simply unable to tell. Therefore, the method of control and the root of the power is, for the majority of the time, not actual detection, but fear of detection - as technology obscures the monitorer.

Most people seem to agree that CCTV impinges upon people's privacy, yet no one seems to be able to pin down how this infringement occurs. Exactly why do people object where it can easily be argued that CCTV benefits a capitalist state, and that it is only those that have something which may damage society to hide that should have any reason to oppose video surveillance? It is the strong panoptic qualities of CCTV, where the power lies with those that may be watching you, that facilitates viable opposition to CCTV which transcends this 'something to hide' counter-argument. It is the constant uneasy niggling fear, existing even if your actions are perfectly compliant, which causes feeling that many equate to an erosion of privacy. Privacy is inextricably linked with freedom, it seems to be mandatory for a democratic society to exist (think of the world of 1984) so, as with surveillance itself, one could conclude that privacy and freedom is prerequisite to society. It is this striking and oxymoronic parallel, which, I have found, leads naturally on to an argument that sees surveillance and privacy existing in congruence rather than antithetic enemies.

The concept of privacy is notoriously difficult to define, the starting point is traditionally that privacy is simply 'the right to be left alone', (Warren/Brandeis quoted in Lyon, 1994, p14), a negative liberty. Although a useful rule of thumb, this definition is drastically inadequate in practical terms. It has been considered that surveillance and CCTV impinges upon individuals in a manner that could be seen to contravene this rule, yet surveillance is fundamental for the workings of the capitalist nation

state, and in the purest sense, anarchy may be the result of leaving individuals completely alone. Despite this point however, privacy still has significant bearings, it should not be seen simply as an anti-societal trait, or as a 'perverse desire to resist trends' (Agre,1997,p19), people value privacy and hold it dearly. However, its importance seems to complicate rather than clarify its status; privacy varies across cultures and political regimes and is therefore not universally uniform. In legislation, guides are confused and ambiguous. Yet privacy is certainly inextricably linked with surveillance, where data or activity that is private is that which evades surveillance (Lyon,1999 - see <http://qsilver.queensu.ca/sociology/Surveillance>). Someone's actions are likely to be private if they are not caught on camera or observed by anyone else. The entire surveillance process seems to involve privacy issues, from when and how video surveillance should occur, how long images can be stored, and how evidence can be manipulated, shared, and so on.

The notion of privacy, certainly in its present form, has not existed in Britain for all of time. Lofland notes that, before the nation state developed, society was based upon small-scale groups and villages. Life was generally lived within a small community, where anonymity was virtually absent and individuals were without privacy from the rest of their society (Lofland,1973). As industrialisation, population growth and mobility, transport, communication and government power developed, many people found themselves surrounded by strangers, with urban life replacing a rural existence. Contradictory to assumptions that the flagships of the developing nation state, business and government, were the original true macro-encroachers upon privacy, Stephen Nock asserts that, the world of strangers that sprang from these advances actually created privacy in the mode that we know it today (1993,p4). With architecture, living spaces, work, leisure and family norms altered beyond recognition in the last 200

years, privacy could be enjoyed and eventually expected in city areas, with no closely knit community to exact close-quarter surveillance. With capitalism expanding as small scale bartering declined, exchange relationships transformed; producers and purchasers were no longer directly acquainted (Simmel, 1971). Money itself began to colonise many new areas (borrowing, credit, banking, employment etc), and the new anonymity of modern life caused a need to assess risk involved in transactions through means other than simply intimately knowing counterparts. Trust, in financial and bureaucratic transactions, was confounded by anonymity and surveillance provided information that circumvented this problem. Trust is established, and risk measured via the forms of surveillance previously mentioned in this study. For Nock, 'a society of strangers is one of immense personal privacy. Surveillance is the cost of that privacy' (1993,p4). Therefore privacy can be seen as an integral part of the surveillance society; rather than surveillance being its enemy, it is its sibling.

CCTV, it could be argued, is simply a natural progression of the development of modern society in accordance to Nock's theory. In an information society, a surveillance society, CCTV is an attempt to protect business interests by gathering employee information, just as a company may utilise performance/productivity software, previous employer references, health records or plain old manual observation. CCTV is an attempt to protect state interests by trying to prevent crime on the streets, to win votes by making people feel safer, to reduce automobile collisions. It is unsurprising that CCTV is becoming linked with databases in an attempt to correlate and codify visual images; most surveillance processes involve the pooling of data.

Although it is unsurprising that CCTV has appeared all over Britain, it

does not make it acceptable. CCTV is not like other, more mundane surveillance techniques; filming somebody as they walk through a public place is quantitatively different from the normal state/business activities of amassing tax information through paper documents, or financial transaction records, or the electoral role, consumer profiles or education files. CCTV cuts out the codified digital representation (alpha/numerical) of an activity (such as a tax-code); instead it captures activity directly, in a more analogue format. CCTV breaks away from previous surveillance society patterns, colonising space rather than ethereal communication mediums. Whilst most of the everyday surveillance processes which subtly effect our lives consist of collection, codification, storage, repercussion stages, CCTV is akin to direct optical observation of citizens, consumers and employees. In surveillance external to CCTV, data is often a by-product of actions (financial transactions, website visits, a visit to the doctor) or information given freely (the endless forms filled in for government and business information - a hallmark of modern democracies). CCTV omits these parts of the process, to observe directly, to observe covertly without any participation by the observed. CCTV exemplifies characteristics more likely to be found in the surveillance of Intelligence Agencies (Echelon etc), yet, whilst the international network of communication interception run by the NSA et al has little direct effect on the populous (remember the estimation that only one in million messages are re-read manually - let alone actually acted upon). CCTV is increasingly being seen everywhere, intrusively surveying us as we go about our daily activities. It is its abundance and pervasiveness that arouses questions concerning our privacy that transcends the equilibrium between individual freedom and the macro needs of the state. CCTV bridges the gap between the overt surveillance systems of citizen, employee and consumer co-ordination, and the clandestine world of Intelligence surveillance.

But CCTV does not exist in isolation - the rapid proliferation of cameras has been accompanied by a flurry of academic studies, political discussion and the application of legislation to CCTV systems. Such a strong and significant facet of surveillance should require close and stringent guidelines. However, the most startling aspect of CCTV in relation to regulation and law is the distinct lack of control over the deployment and use of systems, where privacy and freedom can be encroached upon by CCTV operators without fear of accountability.

However, in March 2000 the Data Protection Act (originally brought about in 1984 to help protect people from the misuse of personal data held on computer systems) was broadened to cover the processing of images caught on camera. Some have seen this as an attempt to induce public confidence in CCTV through providing safeguards to protect basic privacy rights for all of those who come under the gaze of video surveillance. In tandem with this, the Data Protection registrar, Elizabeth France, has constructed a Code of Practice to urge operators to conduct their surveillance in accordance to 'good practice' (see [www.dataprotection.co.uk](http://www.dataprotection.co.uk)) However, this code does not cover targeted or intrusive surveillance or workplace surveillance, where the latter may be effected by the new Regulation of Investigatory Powers Act which is said to lend powers to employers to spy on employees legally. Furthermore, it has been suggested that planning regulations were altered (with the General Permitted Development Order 1995) to allow the installation of cameras without planning permission.

Also, applying the Data Protection Act to even local council cameras is difficult, as it is not illegal to videotape anyone in a public space in Britain, whether in streets, railway stations, city squares and so on. A further point of contention is that Data Protection laws demand 'consent by the person' when filming. Operators obviate the contravening of this code



by providing signs alerting people to the fact that they are entering a CCTV zone, surely a very dubious and inadequate way of obtaining 'permission' to film individuals - where even if the sign is noticed, most people may have no choice but to pass through the zone to reach their destination.

Legislation surrounding CCTV is akin to a battleground, where attempts to reign in the practices of operators seem inadequate, or even facilitatory to their wishes to continue unaccountable surveillance. However, the recently introduced 'new generation' of Human Rights laws, whereby 'everyone has the right to respect for his private and family life, his home and his correspondence' may provide some restrictions to the improper use of CCTV. 'Proportionality' forms a salient part of European Law and, in the case of CCTV, the invasion upon an individual's privacy (through the use of evidence caught on camera) must be justifiable through the seriousness of the crime that has been committed.

Overall, legislation at present seems only to be impinging upon the world of CCTV on a very small scale, although the new Human Rights laws were only introduced in October 2000 - and their full effects, and the practical application of this concept of 'proportionality' are yet to be seen.

Proportionality perhaps seems an idea worth taking a little further when considering CCTV. It is accepted that surveillance forms a vital and enduring part of our societal landscape, but nonetheless in Britain, the massive increases in camera systems has provided a genuine and profound source of concern, with their strong panoptic nature. But, with proportionality in mind, it could be argued (as did Jack Straw, the aforementioned Home Secretary) that its ability to curtail crime cancels out its tendency to compromise privacy. In the practical world, this seems

like a fair compromise.

However, studies have indicated that it cannot be concluded that CCTV comprehensively decreases crime, and figures recently released show that despite advances in picture quality, 70% of potential camera evidence is discarded by the police due to bad picture quality. In relation to a study of CCTV in Glasgow, Scotland (where crime actually increased after the installation of cameras) Professor Jason Ditton commented

The cameras were so vastly overhyped as a magic bullet cure for everything when they were introduced, that we were all blinded to the fact that this was a small addition in police terms, but a rather large incursion in civil liberty terms ([www.bbc.co.uk](http://www.bbc.co.uk) - BBC Online Wednesday July 14th 1999)

The seminal work of Norris and Armstrong also found scope for grave misuse of power in current systems, where CCTV operators applied their own subjective assumptions to who to target when controlling and manoeuvring cameras, hence certain social groups (male, young often black) were over targeting with extended surveillance, perhaps reinforcing existing discriminatory stereotypes. Despite this the majority of the public do not object to CCTV, although many cameras escape most of the public's attention despite the (evidently nominal) mandatory warnings. The proportional positive value of CCTV systems seems to diminish with this in mind, where privacy is compromised for little reason, with crime either continuing in covered areas regardless, or being displaced to other areas without CCTV.

Notwithstanding this, CCTV seems to have crept into mainstream, everyday society to take its place amongst other surveillance processes. Firstly public acceptance had perhaps been influenced by media interpretations of CCTV's role in the police investigations of several high profile crimes:

the murder of TV celebrity Jill Dando and toddler Jamie Bulger, along with the homophobic motivated 'Brixton Nail Bomb' incident. Secondly insurance companies are beginning to offer discounts to retailers and offices upon the installation of CCTV systems (how long will it be until this discount is applied to normal, private houses?)

CCTV exists in a world of surveillance, an unproven new aspect of an armoury of techniques and processes which have coordinated the relationship between the state, capitalism and the populous, growing with technological advances, to increase in size, reach and capacity. But CCTV also seems to be a fundamental element of a radical new form of voyeurism, which uses optical technology as its primacy medium (instead of direct natural surveillance in Nock's pre-modern privacy world). This voyeurism saturates the British media with a variety of extremely popular television programmes. These include Police Camera Action (consists of police footage of high speed car chases and criminals caught on camera). You've Been Framed (comic mishaps filmed by chance on family camcorders) and, most spectacularly, Big Brother, the television sensation of the British 'summer', where ten strangers were consigned to a claustrophobic house with dozens of hidden cameras (as with the Spanish version).

Whether as entertainment or entrapment, with its powerful panoptic nature, CCTV is changing the surveillance landscape in Britain and elsewhere, taking the kind of omnipotence normally seen in isolated pockets of the clandestine intelligence world and replicating it to a large scale, widespread coverage which transforms the nature of public and some private spaces. Questions need to be asked and addressed in Britain and abroad to bring effective accountability and regulation to this potentially insidious phenomenon.

## Bibliography

- 1) Agre,P/Rotenburg,M (1997)Technology and privacy : the new landscape - MIT Press
- 2) Anderson,M (1996) British Population History - Cambridge University Press
- 3) Dreyfus,H (1982) Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics - Harvester
- 4) Giddens,A 1985 - Nation State and Violence - Polity Press
- 5) Huxley,A (1932) Brave New World - Chatto & Windus
- 6) Lofland,L (1973) A World of Strangers : Order and Action in Urban Public Space- Basic Books
- 7) Lyon,D (1994)The Electronic Eye - Polity Press
- 8) Murphy,B (1973) A History of the British Economy - 1086-1970 - Longman
- 9) Nock,S (1993) The Costs of Privacy - Aldine de Gruyter
- 10) Norris,C/Armstrong,G (1999) The Maximum Surveillance Society : the Rise of CCTV -Berg
- 11) O'Hara,L (1994) Turning Up the Heat - MI5 After the Cold War - Pheonix Press
- 12) Orwell,G (1948) 1984 - Secker & Warburg
- 13) Peters,T (1999) Computerized Monitoring and Online Privacy - McFarland & Co
- 14) S Pollard/D Crossley (1968) The Wealth of Britain - 1085 to 1966 - Batsford
- 15) Rule,J (1974) Private Lives and Public Surveillance - Schochen Books
- 16) Sebag-Montefiore,H (2000) Enigma - The Battle for the Code -Weidenfeld & Nicolson
- 17) Simmel,G (1950) The Metropolis and Mental Life - The Sociology of Georg Simmel - Translated and edited and with an introduction by Kurt H. Wolff - Free Press
- 18)Tocqueville,A (1968) A Democracy in America - Collins
- 19) Tufte,E (1990) Envisioning Information - Graphics Press-
- 20) Weber,M (1947) The Theory of Social and Economic Organisation - Oxford University Press
- 21) Whitaker,R (1999) The End Of Privacy - New Press
- 22) Zamyatin.Y (1924) We - Viking Press

## Website Sources

- 1) Arnot, C (1999) We've all been framed  
<http://www.guardianunlimited.co.uk/Archive/Article/0,4273,3939013,00.html>
- 2) Campbell, D (2000) Inside Echelon  
<http://click.go2net.com>
- 3) The Electronic Frontiers Foundation at [www.eff.org](http://www.eff.org)
- 4) Kinnes, S (2000) - In your face  
<http://www.guardianunlimited.co.uk/Archive/Article/0,4273,3961654,00.html>
- 5) Moore, E (1999) -Every move you make  
<http://www.guardianunlimited.co.uk/Archive/Article/0,4273,3815699,00.html>
- 6) Privacy International at [www.privacy.org](http://www.privacy.org)

## ARQUITECTURAS DIGITALES DE SUPERVISIÓN

Por Raquel Paricio<sup>48</sup>

---

*¿Te sientes observado? ¿Notas unos ojos que siguen todos tus movimientos cuando mueves el ratón?* <http://www.iec.csic.es/criptomicon/>

Paseo por Lubljana, una pequeña ciudad de arquitectura barroca, rodeada por un río y abierta a hermosos jardines. Silenciosa, limpia y con atisbos de haberse quedado anclada en un pasado próspero. Entro en una de sus iglesias, un edificio no demasiado grande que externamente, aunque de línea barroca, demuestra austeridad. Su interior contrasta con la neutralidad exterior: un espacio de planta cuadrada, con tres ábsides en cada uno de los tres lados que se divisan desde la entrada. Cuatro robustas columnas en el centro, soportan la estructura. Desde el interior, y girando entorno a mi, puedo contemplar todos los muros, vestidos con narraciones bíblicas, que no dejan ningún hueco por ocupar. De repente me doy cuenta que me hallo ante la resolución de un modelo de interfaz: de un golpe de vista se me presentan los gráficos que narran todo el contenido, sólo tengo que acercarme a uno de ellos, hacer clic en cualquiera de los iconos para acceder al contenido que representa. Ningún recoveco de aquel espacio queda oculto al primer golpe de vista; conociendo la simbología de cada una de las escenas narradas, podría dirigirme directamente a una de ellas para analizarla con detenimiento.

Me acerco al dibujo de un ojo, que en el intradós del arco que queda en el ábside este, se me muestra como una v-cam que vigila todo el espacio. Estratégicamente colocada, tiene acceso a todos los ángulos. Es inquietante para el visitante. Quien lo diría, el ojo de la iglesia de Lubljana, el ojo de los cristianos, observador de todo pecado del feligrés y el primer elemento creador de la culpa cristiana, no nos ha abandonado. La v-cam, sigue ahí, espiándonos, reprimiendo nuestro comportamiento, creándonos una moral

---

<sup>48</sup> Raquel Paricio. Webmaster y profesora de diseño web en ESDI, Sabadell. Ha realizado diversos proyectos en la red relacionados con el arte, la cultura y la educación. En estos momentos investiga en proyectos relacionados con la sociedad de la información.

que nos obliga a actuar para la mirada del otro. Y cuando no es la v-cam, son los otros elementos de seguimiento: las cookies, la visa, las transacciones....

Todas estas operaciones que nos permite realizar la web, nos han despertado la curiosidad de hasta dónde puede llegar la privacidad del anonimato. Las cookies, son unos documentos que contienen funciones programadas, encargadas de recoger datos del ordenador en donde se instalan y devolverlos al emisor: conservan información entre páginas sucesivas que visita el usuario, extendiendo significativamente las capacidades de las aplicaciones cliente/servidor basadas en la Web. Cuando se carga una página web que contiene cookies, éstas se instalan en el disco duro del usuario, y devolverán a la base de datos a la que están conectadas los datos para los que se han programado. Esto funcionará siempre y cuando se navegue por el mismo sitio, cesando el envío de datos cuando entres en un nuevo dominio. El usuario, evidentemente, a no ser que tenga activados filtros de aviso cuando una cookie se carga, no se enterará de que esto está sucediendo. (1)

Nos sorprenderá la cantidad de páginas que usan este tipo de funciones, lo cual no debe alarmarnos si no conocemos el fin de estas. Una cookie, puede servir simplemente para hacer una página dinámica, sin ánimo de revelar información a la base matriz. Este es el caso, por ejemplo, en webs educativas donde se intenta hacer un seguimiento evaluativo del usuario (2) o en webs donde se imprime una navegación guiada con el fin de ayudar al usuario en diversas técnicas de aprendizaje (3). Pero lo que nos interesa en este caso es ese uso dudoso de las cookies que revelan información. Y qué se hace con dicha información. La pregunta habitual de un usuario es si es seguro el envío de sus datos cada vez que rellena un formulario o usa su tarjeta de crédito para hacer una compra.

Cuando se entra en una página web que te carga una cookie, ésta sólo devuelve al servidor una dirección ID, es decir, un número, del que pueden deducir que "le" gustan las webs porno, de cultura o de deportes; que ese número está 30 segundos detenido

ante noticias criminales o ante noticias genéticas, que su capacidad de navegación es óptima o torpe, y que cada 2 semanas compra un libro sobre cocina internacional. Todos estos datos dan pie a que a ese usuario se le envíe publicidad, cada vez más personalizada en función de sus actividades más habituales: el típico efecto "spam" (4) o publicidad indeseada. Pero la gravedad empieza cuando el usuario, que hasta la fecha era sólo una ID, rellena un sólo formulario con sus datos y entonces, esa ID se transforma en un nombre y apellidos. Una vez la empresa tiene esa información, parece ser que el objetivo es cruzar los datos con otras empresas off-line. Este cruce de datos parece hasta la fecha uno de los mayores enemigos de la privacidad del individuo.

Miles son las empresas y entidades que se han dedicado al rastreo de datos, provocando desvelar la intimidad de la acción del usuario hasta el punto de expulsar del trabajo algunos internautas *non gratos* para la empresa, entre ellas DoubleClick, Echelon, los planes de negocio de FreePC, FBI, Netscape, Virgin.

Vamos a explicar algunos de los objetivos de dichas empresas o programas de seguimiento:

#### DoubleClick

Doubleclick, la mayor red de anunciantes y envío de cookies para marketing personalizado, que incluye más de 1.500 sitios, y con 11.500 sites bajo monitoreo electrónico. entre los que se cuentan Altavista, The Wall Street Journal o The New York Times (5).



Esta empresa se dedica a poner banners publicitarios en grandes sites y portales los cuales llevan incorporado un documento cookie que devuelve a la compañía datos sobre el usuario; pero además, DoubleClick adquirió el año pasado Abacus Direct Corporation, la mayor empresa de marketing directo de los Estados Unidos, cuyo gigantesco banco de información incluye todos los datos pertinentes al 90% de los hogares de ese país. DoubleClick planea cruzar la información recopilada en Internet (on-line), a través de cookies y formularios, con la información al margen de la Red (off-line).

### Echelon

Para resumir, diremos que Echelon es un sistema gubernamental, creado por los EEUU, el Reino Unido, y Australia de interceptación, clasificación y evaluación de las telecomunicaciones. El uso de esos rastreadores telefónicos y electrónicos permite interceptar un volumen enorme de mensajes y conversaciones, con fines eminentemente militares y policiales. Si fuese solamente eso, no se diferenciaría de otros esquemas similares puestos siempre en marcha por los servicios de espionaje. Pero tiene algunas características que lo hacen único. Se rastrea el ciberespacio a la caza de palabras "clave" como bomba, atentado, CIA, y un largo sinfín. Ya hay campañas activistas contrarias a esta política, mediante intentos de saturar el sistema introduciendo en todos los emails las palabras clave como signatura. (6)

### Estrategias PC gratis

Los planes de negocio de FreePC, que incluían proporcionar a diferentes empresas los datos personales de los clientes agraciados con su 'regalo', echaron para atrás a muchos compradores. Desde entonces, empresas como Best Buy, Comp USA o eMachines se unieron con proveedores de acceso a Internet (ISP) para ofrecer rebajas de hasta 400\$ en la compra de un PC. FreeMac, que también se unió a la vorágine, afirma que más de medio millón de personas se han apuntado a la oferta del 'iMac

Gratis'; otras 120.000 se lanzaron sobre la oferta de Prodigy seis semanas después de su lanzamiento. (7)

El FBI ha inventado un sistema llamado Carnívoro para rastrear correos electrónicos de posibles criminales, y los grupos defensores de las libertades civiles ya han puesto el grito en el cielo. Pero, teniendo en cuenta que el FBI (como la CIA, como las agencias de la UE) no tiene ni idea de Internet y que todavía se desenvuelve con ordenadores de los años 70, los ciudadanos pueden estar tranquilos... hasta cierto punto. (8)

Algunas empresas están más puestas y son más peligrosas, más que nada por lo sibilino de su proceder. Como Netscape, demandada por emplear su programa SmartDownload para espiar las actividades de los usuarios de Internet con objeto de lograr información sobre las páginas preferidas por los navegantes o tipos de ficheros que se descargan.

Virgin Entretenimiento ha encontrado un nuevo camino para rastrear los hábitos de consumo de sus usuarios: les da dispositivos de navegación gratuita de tal modo que puede seguir sus movimientos. (9)

A principios del año pasado, el prestigioso rotativo The New York Times despidió a 23 empleados por enviar mensajes que la dirección del periódico consideró inapropiados. Desde entonces se han sucedido casos similares: Xerox echó a 40 trabajadores por violar las normas sobre el uso de las computadoras; la Marina de EEUU llamó al orden a 500 empleados de Pennsylvania por enviar 'mensajes de contenido sexual explícito'; el propio NYT volvió a despedir a 20 empleados en diciembre que mandaban 'e-mails ofensivos' y Boeing ha echado a otros tantos por el mismo motivo.

Y no es extraño que cada vez más trabajadores caigan en las garras del ojo que todo lo ve: una encuesta de la American Management Association revela que el 45% de las grandes empresas estadounidenses controlan las

comunicaciones y el rendimiento de sus empleados.

La ACLU (American Civil Liberties Union) afirma que la vigilancia se ha intensificado en los últimos años, gracias al desarrollo de un 'monitoring software' cada vez más asequible y sencillo de utilizar. Incluso esta organización tolera cierto grado de control: 'Si se tienen supervisores bien preparados, éstos deberían darse cuenta cuando se reduce drásticamente la rentabilidad de un empleado y sólo entonces es aceptable que el empresario le monitorice su actividad'. Sin embargo, el control aleatorio sin causa justificada, es una vulgar agresión contra la privacidad.

"Es un hecho: todos los empleados con acceso a Internet lo utilizan alguna vez para razones personales; tiempo que usted [el empresario] está pagando". Así de contundente se anuncia LittleBrother 4.0, un programa para controlar el acceso a Internet y los mensajes. Su web incluye una calculadora para que el jefe estime cuanto dinero tira a la basura por culpa de los haraganes. (10)

Telmate.Net ofrece al ejecutivo con vocación de Gran Hermano toda una serie de instrumentos para monitorizar a sus empleados. Tablas y gráficas de todos los colores le informan del abuso de Internet (identifica a los empleados que 'ponen en riesgo' a la empresa, los nodos que visitan y la frecuencia y duración de esas visitas). Promete mejorar la productividad comprobando si el uso de Internet está o no relacionado con el trabajo.

Hay un software llamado "Comission Cart" que permite hacer un seguimiento del usuario incluso cuando entra en otro dominio, con el objetivo de computar si has entrado a través de una publicidad y por tanto llevar un estado de tus ganancias según el % de comision que hayas pactado con cada cliente.

‘Algunos programas sólo computan la comisión si la compra se hizo en el momento de entrar al site, que según creo era el caso de Amazon; o sea, que si un cliente parte de

tu site, llega al de ellos, curiosear, se desconecta y la compra la realiza 5 minutos más tarde cuando se conecta de nuevo, vos perdiste. En cambio hay programas que reconocen al usuario como proveniente anteriormente de tu site y te computan la comisión'. (11)

Los nuevos gusanos (i-worms) encargados de robar documentos de los ordenadores. (12)

El avance de la computación cuántica será capaz (aunque todavía quedan más de 15 años para conseguirlo) de desmantelar todo el edificio de la PKI: adiós al correo confidencial, al comercio electrónico, a la privacidad en línea. (13).

Conozco casos de amigos a los que mientras navegan, les aparecen mensajes en la pantalla tipo "he entrado en tu disco duro y he visto que tienes tal y tal documento", sin pasar a ser más ofensivos y como simples muestras de hackers "en prácticas", que incluso desvelaron el código de cómo poder hacer lo mismo.

Toda esta serie de ejemplos rastreados nos muestra el panorama del seguimiento en la red y algunas de las consecuencias que de ello se han derivado. Nos desvela que esa vendida imagen de que en el ciberespacio, el individuo está libre del control del poder, propio del espacio real, es matizable. Hasta el año 1995, el código de arquitectura de acceso a la red era absolutamente libre y no pedía identificaciones de usuario. A partir de entonces, los llamados códigos de identificación han marcado una diferencia importante: se ha pasado de una red en libertad de comunicación a una red de control, implementada por la aceptación de un único posible modelo de arquitectura. El hecho de que la empresa privada se haya apropiado del control de la red, ha sido una ceguera respecto al papel del estado. Ante esta postura, Foucault critica el libertarismo en la red. (14) Desde ya, el interés en el avance sobre las tecnologías de la red está en los nuevos diseños de códigos o arquitecturas que permitan una red de libertad, y ello, como bien apunta Lessig, está en manos del gobierno. (15)

## NOTAS

**(1)** Un modo rápido de averiguar que una página te ha cargado una cookie, es poner delante de la URL la siguiente frase:

```
JavaScript:alert(document.cookie)
```

Posteriormente, hacemos ENTER, y nos saldrá un mensaje acerca de si esa página contiene cookies.

Otro modo, es bajarse alguno de los plugins gratuitos que detectan el fenómeno:

[www.cnn.com/2000/TECH/computing/03/21/idcide/index.html](http://www.cnn.com/2000/TECH/computing/03/21/idcide/index.html)

[www.iec.csic.es/criptonomicon/cookies/queson.html](http://www.iec.csic.es/criptonomicon/cookies/queson.html)

[www.kriptopolis.com/criptograma/0024\\_4.html](http://www.kriptopolis.com/criptograma/0024_4.html)

### **Dónde se almacenan las cookies:**

#### **La caja de las cookies**

Las cookies no las escribe el servidor, sino que es el propio navegador del cliente quien almacena la cookie en su disco duro.

#### **Dónde se esconden**

¿Quieres saber exactamente dónde se esconde la caja con las cookies? Bien, veamos varias instrucciones para distintos sistemas operativos que nos permitirán rastrearlo:

#### **Win 3.x**

En el Administrador de archivos, en Archivo, selecciona Buscar y en la ventanita a tal efecto escribe cookies.txt

#### **Win95 o WinNT**

Pulsa Inicio, selecciona Buscar y luego Archivos o carpetas.

Escribe cookies.txt

#### **Unix**

Escribe en la línea de comandos:

```
find. -name cookies
```

Ahí tienes dónde se almacena la graciosa cookie con Netscape. Si todavía usas Microsoft Internet Explorer (¿cuándo piensas disfrutar en serio de la red?), busca en el directorio Win95 o WinNT, y encontrarás un directorio llamado Cookies. Ahí se esconden las pícaras. Verás que a diferencia del Netscape, existe un fichero por cada cookie, con el siguiente aspecto: <identificador de usuario>@<dominio.txt>, donde dominio es la dirección de la máquina o bien el directorio (si es que no es

el raíz) desde donde se envió la cookie. Bueno, otra filosofía de implementación, que no tiene mayor importancia.

Para ver qué se cuece dentro de la caja de las cookies no tienes más que editarlas con cualquier editor de texto. Sin embargo, debido a que las cookies se almacenan en memoria hasta que sales del navegador, momento en que se escriben en el disco, no es posible ver qué cookies has aceptado en tu fichero cookies.txt hasta que sales.

- (2) <http://www.xtec.es/recursos/clic/esp/rec/novatica.htm>
- (3) [http://www.ieev.uma.es/edutec97/edu97\\_c1/2-1-30.htm](http://www.ieev.uma.es/edutec97/edu97_c1/2-1-30.htm)
- (4) <http://es.egroups.com/info/nospam.html>

Algunos de los modos de conseguir direcciones de usuarios, para spam:

Cartas de cadena

Esquemas en pirámides

Esquemas del tipo “hágase rico rápidamente” o “gane dinero rápidamente” (MMMF)

Grupos que hablen de publicidad de cualquier cosa

Usar o promover software diseñado para recolectar direcciones de correo electrónico.

(5)

[http://www.kriptopolis.com/criptograma/0024\\_4.html](http://www.kriptopolis.com/criptograma/0024_4.html)

[http://www.seguridad-la.com/art\\_cookies.htm](http://www.seguridad-la.com/art_cookies.htm)

<http://www.baquia.com/es/legacy/14590.html>

[http://www.kriptopolis.com/criptograma/0022\\_9.html](http://www.kriptopolis.com/criptograma/0022_9.html)

(6) [www.echelon.com](http://www.echelon.com)

<http://click.go2net.com>

(7) <http://www.baquia.com/es/legacy/8789.html>

(8) <http://www.zdnet.com/zdnn/stories/bursts/0,7407,2601502,00.html>

(9) <http://www.zdnet.com/zdnn/stories/news/0,4586,2524176,00.html>

(10) <http://www.kansmen.com/products/lb/index.htm>

(11) <http://cgi.elitehost.com/>

(12) [www.hispasec.com/unaaldia.asp?id=764](http://www.hispasec.com/unaaldia.asp?id=764)

(13) [www.hispasec.com/unaaldia.asp?id=763](http://www.hispasec.com/unaaldia.asp?id=763)

(14) [www.wcl.american.edu/pub/faculty/boyle/foucault.htm](http://www.wcl.american.edu/pub/faculty/boyle/foucault.htm)

(15) [http://cyber.harvard.edu/works/lessig/laws\\_cyberspace.pdf](http://cyber.harvard.edu/works/lessig/laws_cyberspace.pdf)

## THE MODERN TIMES OF SURVEILLANCE AND WORK

By Michele Beck<sup>49</sup>

---

In 1936, Charlie Chaplin released the film "Modern Times". This movie spoke about life during industrialization, which included the experience of the factory worker and surveillance in the workplace. In one scene, Chaplin goes to the bathroom to take a break, and just as he sits down on one of the sinks for a moment to relax and light a cigarette, his boss appears on a wall sized surveillance screen behind him and orders Chaplin back to work. (fig 1). I don't suppose that there were two-way screens installed in the bathrooms of factories during the 1930's, although the fact that it was so clearly conceptualized, makes it evident that the sense of being watched in such a scrutinizing way was already a reality, even if this kind of technology wasn't being utilized. Today, as far as I know there still are no two-way screens in office bathrooms although there are some stories about surveillance cameras in employee bathrooms or even the "smart toilet" which is used in Japan. This special bathroom technology analyzes not only the employee's actions, but also the intimate details of the interior of the body capturing "things such as temperature, pulse, blood pressure and weight and can automatically analyze urine for pregnancy, diabetes, etc." (1)

Surveillance in the workplace has simply been growing, and it continues to grow in intensity and intrusiveness as technology becomes more advanced and accessible. But other parameters have changed and grown as well, namely the structure of commerce and the market. Due to these changes, the factory and its products that were once the focal point of capitalist desire have taken a back seat to the marketing of specialized products. For this reason, the nature and forms of surveillance in the workplace have expanded as well. Although the factory which mass produced products does not exist in the same way as it did in the time of Henry Ford, the principles which laid the

---

<sup>49</sup> Michele Beck is a video artist living and working in New York City. She is presently preparing for an exhibition in Bulgaria about the use of costume and performance in her work.

groundwork for the efficiency of the factory still affect the structure of work, the workplace and surveillance today. I will use this paper as a forum to examine this continuum, beginning with industrialization and discussing the principle upon which it was founded. From there, I will talk about present day situations of surveillance which resemble those of the industrial factory, and make connections between the foundations upon which surveillance strategies were formed and the obsessive nature of surveillance today. And finally, I will conclude with changes in the market, and new directions in terms of what types of workplaces and workers are being tracked.

When surveillance in the workplace is discussed, Frederick Taylor is always named as a point of departure. Taylor is most often referred to as the father of scientific management, and Taylorism is the system of production and management which he developed late in the 19th century. Taylorism developed "early industrial management and was tightly tied to the introduction of new techniques for standardization of products, cost reduction to remain competitive, centralization of planning, hierarchical authority, and rigid organization based on highly specific job descriptions... Scientific management essentially involved three processes: controlling and evaluating what workers actually do from day to day and from moment to moment so that costs can be counted accurately, integrating this with detailed control of production and planning and monitoring production by means of new central management staff, who also gather and distribute information in new ways." (2) Scientific management became the cornerstone for a new way of thinking about hierarchy, time, and the body. Every aspect of the worker, the work and production was dissected into the smallest unit possible, and then analyzed, counted, watched and systematized. Taylor believed that the worker simply didn't have the capacity to understand and optimize his own work, so he separated the one who 'does' from the one who 'understands', and created management. Time also became specified in a new way. With the advent of scientific management, the worker was no longer governed by the rhythm of the construction process, the cycles of the day or the seasons, but rather by the time clock. The beginning and end of the workday, lunchtime, and the time it took to complete a task were now governed by an external



power. The stopwatch gave Taylor a way to measure the workday, and also a way to measure the body. In order to formulate the principles of Scientific Management, Taylor carried out time-motion studies of the workers bodies and their tasks. Through his studies he was trying to discover how the body could complete a task with the greatest possible efficiency. Every detail was measured, calculated, and understood in relationship to production.

This detailed attention to the measurement of time and work is directly related to the introduction of organized surveillance in the workplace. On a practical level, there were now managers who had the authority and responsibility to observe the workers. The use of the clock to measure time, offered a device through which to gauge and judge the efficiency of the laborers in their tasks. On a more conceptual level, the precise analysis, observation and counting of every aspect related to the workplace opened a particular way of thinking and looking. This is the kind of construction of thought, which formed the mind of the factory manager and therefore the way that he watched. Every motion and detail became the subject of his attention, and this way of observing has grown with the development of the workplace in the past century, and is responsible in part for the manner in which technology evaluates the workplace of today. Computer software and surveillance cameras see with a more penetrating glance than the foreman in a factory every could, but the intention that leads to this kind of excessive and obsessive inspection, is developed from the same foundation. When considering this history, its easier to contextualize the "Bank of America vice- president, who when commenting upon the 200 criteria he uses to assess the workers in the credit- card division proudly states 'I measure everything that moves'." (3) Certainly a manager in the 21st century has more technology at his disposal through which to gather the minutest information, and although his ability is to gather this information is new, his incentive and context are not.

In the industrial factories, most surveillance took place by the physical presence of a foreman or manager who watched the workers, rather than the hidden cameras or

computer software which are readily available today. Many writers argue that technology has changed the nature of surveillance because of the ability of technology to watch without being seen. This is true on the whole, although it's important to recognize that the antecedents for unseen surveillance come from the invention and desire of early industrialists rather than from technology. An example of a pioneering form of hidden surveillance was developed in 1896 by Sanford Thompson, who worked with Taylor in the development of the details of Scientific Management. In response to the problem of how it was possible to secretly time the workers, Thompson developed the watch book (fig.2) In this book there were hidden two stop watches through which the inspector could time the worker and make notes without their knowledge. A more recent example of concealed surveillance which predates the use of advanced technology, took place in the United States Post Office during the 1970's. Inside the main branch, there were galleries built high up on the walls behind the postal workers. To the postal employees and customers in the post office these galleries were just unremarkable parts of the architecture. In reality though, the galleries housed a space inside from where it was possible to observe all the activity below undetected. To watch without being seen is an important aspect of surveillance. First, because it potentially allows for a truer picture of what is happening in the workplace. If the worker knows the manager is coming then s/he will act properly and perhaps be less productive when s/he is not being watched. Secondly, it creates the possibility that since the worker does not know when s/he is being watched, the employee will have to always be on his best behavior and in this way the surveillance becomes internalized. Technology brings concealed surveillance to a new and extensive arena which could never have been possible before. It exists now through software and cameras which do not need human intervention in the gathering of the information, and which can perpetually watch and collect data on the worker. The watch book of Thompson held the principles, and technology brought this desire to an intensified level, but perhaps the ease through which it is now possible to carry out such a thorough and intrusive surveillance has allowed present day practices to lose sight of the goal.

One of the workplaces most targeted and best documented in terms of surveillance is that of the office worker who uses the computer or telephone to carry out their jobs. In most cases the workers are women, and they are found in jobs such as processing payroll, data entry, word-processing, conducting inventory, sales and making airline reservations." (4) The goal of surveillance in these cases corresponds closely to what it was in the early industrial factories, and that is to make sure that the workers are as efficient and productive as possible in their specified task. Quotas are created and must be met, and because of the use of technology there is no longer human limits in this quantification of productivity or perhaps even the possibility for a reasonable human life under these circumstances. Electronic surveillance deletes the presence of a supervisor, and instead uses software installed directly into the worker's computer to collect the data. One example of this kind of computer software is called the "Veranda Enterprise Messaging Reporter" which permits viewing all types of messaging- electronic mail, network, fax and internet. An advertisement promises 'For individuals of all departments, Veranda can track usage by volume, duration, destination and time of day. Managers can quickly reveal the e-mail hogs, internet loafers and security risks, such as those who send resumes or files to competitors. Another product is "Com.Policy" which tracks all computer activity and captures screen images at random to reveal exactly what a user is doing (5) There is also software that "allows employers to tell workers how their productivity compares to that of their co-workers. One program can be used to display messages on the video display terminals such as 'You are not working as fast as you can.'" (6) Monitoring employee email and telephone calls, business related as well as personal are common practice. The writer Barbara Garson, compares these kind of conditions to that of a sweatshop where there is a very specific and unreasonable expectations of a quota that needs to be met at the cost of losing one's job. She recounts her experience:

"I was working as a data clerk in the basement of a Wall Street bank. It was one of those windowless back offices where dozens of women sat spaced apart keying numbers with one hand while turning little slips of paper with the other.

Oddly enough there were apparently no supervisors: just a young man in a glass booth who occasionally changed the printer ribbons on the computers. Yet the women worked non-stop, their fingers flying a blur. I wondered why they didn't pause to stretch or joke. But since I was new, I didn't either. Then one night on a late shift, the young man in the booth came over and said 'If you are going to stay, you'll have to get your productivity up. I asked what he meant. He led me to his booth and typed a few keys on the control panel. A welter of figures shot up telling him when I had started to work how often I took a break to scratch my nose or eat a mint and exactly how many keystrokes I'd done all evening. I was well below my statutory 15,000 key strokes an hour.'"(7)

This is a common story when it comes to clerical and customer service workers. The reasons for this kind of surveillance are explainable. Clearly the company needs to maintain its highest level of production and efficiency, although one wonders if the ends justify the means, or even if the means create any useful end. Most of these jobs are low paid, and demand an automaton- like performance from the employees. Their job is specified to a repetitive and uninteresting activity, upon which management then demands a level of productivity which is unreasonable. The computerized surveillance adds a sense of being spied upon and takes away contact with a human manager with whom to interact or discuss the productivity of their work and the company. Under these conditions any possibility for employees to create a friendly and pleasurable work environment is evacuated, and I doubt this aids in the efficiency of production. In many studies, it is noted that surveillance creates stress in the worker, and according to the 1993 World Labor Report, stress "costs the American employers \$200 billion a year through increased absenteeism, demitted productivity, higher compensation claims, rising heath insurance with fees and additional expenses."(8) In a way, it's a kind of Taylorism gone mad. The technology allows for intensified attention to detail, but the captured data is disassociated from the real life situation of the people and the reality of their work. Although Taylor believed that the worker did not have the intellectual capacity to understand and manage his own tasks, Taylor's desire wasn't to degrade the

worker. Instead, he had hoped that his structure would evoke a desire in the worker to feel as part of a productive unit and work toward its success. Taylorism failed early on in this account, as "Modern Times" shows in 1936. In the movie, after being continuously yelled at by his manager to perform the same repetitive task of tightening the screws on a conveyer belt of machinery at an ever increasing rate, Chaplin eventually loses his sanity. He runs through the factory, tightening everything that resembles a nut and bolt, and after trying to tighten the buttons on a ladies blouse, he is carried off to an insane asylum.

Office workers are not the only kind of workers being surveilled these days. Due to changes in modes of production and the economy the incentive to gain information on professionals in other sectors has developed at a rapid pace. Businesses which had once been lucrative due to their ability to efficiently mass produce and meet market demand, have been replaced by corporations whose primary concern is marketing their product. "By the eighties, pushed along by the decade's recession, some of the most powerful manufacturers in the world had begun to falter. A consensus emerged that corporations were bloated, oversized; they owned too much and too many things...At around the same time a new kind of corporation began to rival the traditional all-American manufacturers for market share...These pioneers made the bold claim that producing goods was only an incidental part of their operations, and that thanks to recent victories in trade liberalization and labor-law reform, they were able to have their products made for them by contractors, many of them overseas. What these companies produced primarily were not things, they said, but images of their brands." (9)

Mass production has been replaced by specialized, brand named products, which perhaps do not differ in any significant way from the products of their competitors, except for the emotionally charged illusions developed around the brand name through advertising. The focus is the marketing rather than the production, and it can be imagined that scientific management has been replaced by scientific marketing. Just as the workers tasks were broken down and analyzed, now consumer taste is tracked and

scrutinized. This is another form of surveillance and technology plays a key role in its success. It is common practice now that consumers are followed by corporations through their credit card purchases and activity on the internet, in order to compile data on what, when and how they purchase. But not only consumers are surveilled in this way, also the workplaces of professionals are being watched with the same intensity and scrutiny. This has many implications and can refer to many professional sectors, although I am going to choose to focus on the medical professions and its relationship to the pharmaceutical industry in order to discuss how technology has aided surveillance in the marketing of a specialized product in this Post-Fordist economy.

One of the hottest markets at the present time is the pharmaceutical industry. New medications are continually introduced into the market, not because they are needed or because they offer any real advantage over already existent medications, but simply because they offer new money making potential. In order to launch a new medication into the market and make it profitable, the pharmaceutical marketing companies need to identify the doctors who would potentially prescribe the medication, and gather as much information as possible about the details of the doctor's practice. Data collection, which has become extensive due to advances in technology, centralizes and organizes this information for the marketers. "Drug sales representatives have been around ever since the Food and Drug Act first created prescription drugs in the twenties" (10), but its only been over the past decade "with the advent of sophisticated computer technology (that) pharmaceutical manufactures have been quietly compiling resumes on the prescribing patterns of the nation's health care professionals, many of which have no idea that their decisions are open to commercial scrutiny." (11) One of the important sources of information for the drug sales representatives have been pharmacies. Over the past 10 years, pharmacies have been using computer systems to process their claims, and the information that they accumulate from these claims is in turn sold to the pharmaceutical companies. From this information, the pharmaceutical companies are able to create detailed profiles of the doctors. "Through these profiles, a drug company can identify the highest and lowest prescribers of a particular medicine in a single ZIP code, county,

state or entire country... 'It's very flexible in the way we can slice and dice information', said Pat Glorisos, a marketing executive at I.M.S Health, a leading pharmaceutical marketing research concern and one of two companies that specialize in collection records of pharmacy sales. 'As technology has improved, we have just ridden the wave'."(12)

The other source of information for the pharmaceutical companies is a master file which they are able to buy from the American Medical Association. This file has detailed information on all the doctors practicing in the United States, including their medical education number, which the AMA assigns to new medical students in order to track them throughout their careers. This number, which enables computers to sort through the huge AMA master file, is "the core element in the database of tracking physicians', said Douglas McKendry, a sales representative at the Acxiom Corporation, a pharmaceutical marketing company that recently formed a partnership with the medical association to manage the database."(13) After creating the prescriber profiles, the pharmaceutical companies work directly on the doctors, wooing them with expensive dinners, gifts and honorariums to attend conferences about the medications. These 'tokens of appreciation' seem to have a powerful affect on the doctors and this is made clear by the many success stories of new drugs on the market which achieve spectacular growth without any decisive advantage over their predecessors. Their only real advantage is the ability of the pharmaceutical companies to watch the doctors as closely as possible, and gather as much detailed information as they can.

Or perhaps the ability to gather all this information is only secondary to their other real advantage, which is that the AMA and the pharmacies are willing to sell this detailed information to the pharmaceutical companies. And secondly, that the doctors are willing to accept the dinners, free samples and honorariums. Although technology and the power that it has given to those who wish to observe, affects deeply the nature of information available in the present day, and the ability of surveillance to penetrate deeply into its chosen target; it does not mean that technology or intensified forms of

surveillance exist as entities onto themselves which are responsible for the present day workplace and market. There are other aspects of input in the process to consider, an important one being the human factor. In fact, every step of the way, the capacity of technology to act as a form of surveillance is aided and completed by some human decision making or profit motive. In the office, it's by upper management, who chooses to use computer technology rather than human supervisors to watch the employees. Management also sets the quotas and rules which determine the environment and nature of the workplace. In the medical arena, it is the professional association of doctors, as well as the pharmacies, who elect to sell their information. And then it is the doctors who choose to accept frivolous perks, even at the cost of eroding their ethics and commitment to their patients. So perhaps, surveillance does not see as much as it appears to see. It's an eye of sorts, one that collects data and information, but only in the most superficial sense. Rather it seems to be more of a smokescreen that obstructs vision to other less easily discernable or quantifiable issues in the hands of humans.

#### Bibliography

##### Print

Gerth, Jeff and Stolberg, Sheryl Gay, "High-Tech Stealth Being Used to Sway Doctor Prescriptions," *New York Times*, 16 November, 2000.

Greenwood, Ronald and Wrege, Charles D, *Frederick Taylor The Father of Scientific Management: Myth and Reality*. Homewood, Illinois: Business One Irwin, 1991.

Kirkpatrick, David, "Inside the Happiness Business," *New York Magazine*, 15, May 2000.

Klein, Naomi *No Logo*. New York: Picador USA, 1999.

Lyon, David *The Electronic Eye: The Rise of the Surveillance Society*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994.



Seiter, Ellen, Television and the Internet. (ed. orig., London 1999) In John Thorton Caldwell, ed., *Theories of the New Media: A Historical Perspective*, London: Athlone, 2000.

Zuboff, Shoshana *In the Age of the Smart Machine: The Future of Work and Power*. New York: Basic Books, Inc., 1984.

### Internet

Bryant, Susan, *Electronic Surveillance in the Workplace*. [www.cjc-online.ca](http://www.cjc-online.ca)

Burkhardt, Michael S. and, Dichter, Mark S. *Electronic Interaction in the Workplace: Monitoring, Retrieving and Storing Employee Communications in the Internet Age*. <http://www.morganlewis.com/art61499.htm>

Garson, Barbara, *Electronic Sweatshop*. <http://oneworld.org/ni/issue212/electronic.htm>

Glascok, Stuart, *Stealth Software Rankles Privacy Advocates*. <http://www.techweb.com/wire/story/>

Marx, Gary T., *Measuring Everything That Moves: The New Surveillance at Work Monitoring On The Job: How to Protect Privacy as Well as Property* <http://web.mit.edu/gtmarx/www/garyhome.html#Online>

McGee, Edith Moore, *Big Brother is Watching: Using Technology to Monitor Employee Behavior and Performance in the Workplace*. 1999. <http://www.fairfaxbar.org/1999essay/mcgee.htm>

Vogel, Jennifer, *The Walls Have Eyes*, <http://www.pbs.org/weblab/workingstiff/features/ionu3.html>

Westin, Alan F, chair, *Computers in the Workplace: Elysium or Panoptical?* Panel: Marx, Gary, Zahorik, Krisitna, and Ware, Willis. 1992 <http://cpsr.org/conferences/cfp92/westin.html>

Notes

1. Gary T. Marx, *Measuring Everything That Moves: The New Surveillance at Work*.
2. David Lyon, *The Electronic Eye: The Rise of the Surveillance Society*, p. 124
3. Gary T. Marx, *Measuring Everything That Moves: The New Surveillance at Work*
4. Ellen Seiter, *Television and the Internet*, p. 237
5. Gary T. Marx, *Measuring Everything That Moves: The New Surveillance at Work*
6. Gary T. Marx And Sanford Sherizen, *Monitoring On The Job: How to Protect Privacy as Well as Property*.
7. Barbara Garson, *Electronic Sweatshop*.
8. Gary T. Marx, *Measuring Everything That Moves: The New Surveillance at Work*.
9. Naomi Klein, *No Logo*, p. 94
10. David D. Kirkpatrick, "Selling Happiness", p. 38
11. Gerth and Strolberg, "High-Tech Stealth Being Used to Sway Doctor Prescriptions" p.1
12. Ibid, p. A22
13. Ibid, p. A22

Images

1. Charlie Chaplin, *Modern Times* 1936.
2. Greenwood, Ronald and Wrege, Charles D, *Frederick Taylor The Father of Scientific Management: Myth and Reality*. p. 87

## CÁMARAS EN LAS CALLES Y ESTADO POLICIAL. ¿QUIÉN CUSTODIA LAS IMÁGENES?

Por Lucía Enguita<sup>50</sup>

---

Me voy a permitir el relato de una experiencia propia que demuestra la peligrosidad del archivo de las grabaciones hechas con videocámaras en la vía pública. Hace unos seis años, la Dirección General de Policía remitió a un diario de tirada nacional su “papela” diaria, nombre que recibe en el argot la nota de prensa con los asuntos que la fuente considera noticiosos. El editor aceptó publicar una información sobre la detención de personas que se dedicaban al trapicheo de estupefacientes en un municipio de la periferia norte de Madrid. La DGP ofreció entonces al periódico unas imágenes tomadas por una videocámara instalada en la calle, en las que “se veía” a unas personas con sus manos puestas sobre las manos de otras. Fuera de contexto, estas imágenes no demostrarían nada. Pero, para la policía, eran una prueba irrefutable del tráfico de drogas que había en la zona. El editor aceptó su publicación, con la consabida manipulación de la imagen para que no se identifique al individuo retratado. Una de las formas de manipular más común (e inútil) es pixelar o difuminar los ojos. El diario, no obstante, se despistó en el cierre de la edición y no lo hizo. Cuando el diario sallió a la calle el día siguiente, un empleado de una agencia de transporte urgente perdió su empleo. Su jefe le había identificado en la fotografía publicada. Telefonó al diario en cuestión, donde se le pidieron disculpas y se le instó a actuar como estimase conveniente. El señor no se metió en demandas, lo cual es comprensible, pero se quedó sin empleo como se había quedado sin abuela.

---

<sup>50</sup> Lucía Enguita Mayo. Licenciada en 1988 en Geografía Urbana por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid. Master de Periodismo de EL PAÍS/UAM en 1989. Periodista de EL PAÍS desde 1990, en donde ha trabajado como redactora en el servicio exterior (producción del pull con *The Independent*, *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y *La Repubblica*); redactora en la sección de Madrid (información local); encargada de las noticias de urbanismo, infraestructura de transporte y medio ambiente; coordinadora de EL PAÍS Digital. En la actualidad, es redactora y coordinadora en *Ciberpaís*, con especial atención a la legislación para Internet, registro de dominios, el movimiento *Open Source* y medición de audiencias.

Las nuevas tecnologías han dotado en el último decenio a las llamadas fuerzas y cuerpos de Seguridad del Estado de nuevas herramientas al servicio de sus investigaciones. El Gobierno del Partido Popular se dio prisa en convertir en instrumento legal una de ellas, las videocámaras. A los tres meses de ganar las elecciones de 1996 ya inició el borrador de la ley. Resulta que la instalación en las calles de los ojos y oídos del Ejecutivo es muy anterior a la creación de una ley que justifique su presencia. El objeto de este artículo radica en delimitar lo que dicta la legislación española sobre el uso de las videocámaras (las instaladas en las calles y estadios deportivos) y el uso real de las mismas. El resultado de este propósito ha sido como querer encajar un círculo en un cuadrado. Pocas veces ha servido la Ley de videovigilancia a los fines fijados por el Gobierno del PP en la Ley de Videovigilancia de agosto de 1997. Como tampoco es correcto el encaje de la praxis con el Reglamento que desarrolla la ley del 97, aprobado por el Parlamento en 1999. El tercer gran referente legislativo es la ley de Protección de Datos de Carácter Personal (LOPD), que deroga la Ley Orgánica 5/1992, conocida por sus siglas, LORTAD, ya que regula el tratamiento automatizado de los datos personales.

### 1. Verano del 96

En julio de 1996, el recién estrenado Gobierno del Partido Popular anuncia que tiene entre manos un proyecto de ley de Videovigilancia "si obtiene respaldo jurídico", para vigilar las calles de Euskadi y luchar contra la violencia callejera de grupos afines a ETA (también llamada kale borroka, en Euskera, y terrorismo de baja intensidad). El Gobierno vasco del PNV ha participado en la elaboración del borrador de la ley, harto de la "jugarreta" de que no se puede actuar contra los convocantes de manifestaciones que acaban en disturbios porque detrás de ellos sólo hay organizaciones "alegales" como KAS o Jarrai, exponía Juan María Atutxa, consejero de Interior vasco.

Los argumentos del presidente del Gabinete, José María Aznar, en aquel primer verano en el Gobierno no decepcionarán a los que le ríen coletillas como la del "cero patatero":

"Si cualquiera puede grabar un vídeo en la calle, porqué no va a poder la policía", dijo entonces. El argumento del presidente adolece de vulgaridad semántica. Perogrullo, de no existir, lo hubiese inventado Aznar.

¿Por qué la policía tiene que hacer uso en las calles y lugares públicos de las cámaras de vídeo? ¿Es que los medios tradicionales no son suficientes para que las fuerzas de seguridad cumplan con su misión?, ¿qué se gana autorizando la utilización de videocámaras?, ¿se sabe algo acerca de su hipotética eficacia?, ¿se ha rastreado si en otras latitudes las filmaciones en lugares públicos han contribuido a la prevención de la criminalidad, a su represión jurisdiccional o a la garantía de la seguridad ciudadana?

Dada la posibilidad de que la opinión pública se haga estas preguntas, Mayor Oreja es consciente de que se juega hasta el cargo. La ley puede violar derechos protegidos por la constitución, como el derecho a la intimidad y a la propia imagen. Y este espinoso asunto, al fin y al cabo, envió a galeras la Ley Corcuera y despojó al propio José Luis Corcuera de la cartera de Interior en el gobierno socialista. El recién estrenado ministro no quiere jugársela, de forma que remite el borrador al Consejo General del Poder Judicial (CGPJ) y al Consejo de Estado.

Juan María Atutxa, pareja de baile de Mayor Oreja a la hora de presentar el borrador ante los medios, se muestra enérgico y flexible ante la opinión pública: "Esta ley no resuelve el problema, que requerirá medidas complementarias". El razonamiento es obvio: los muchachos de la kale borraka siempre se han ocultado bajo la famosa braga. Además, sabiéndose controlados en unas calles, la violencia se puede mover a otros lugares, "fenómeno que suele ser habitual en la venta de droga o la prostitución", destaca un editorial de EL PAÍS de aquellas fechas. Este artículo indica: "Las mayores dudas surgen respecto a la eficacia de medidas que rozan la excepcionalidad".

El CGPJ introduce enseguida fuertes cautelas al texto de Interior, para asegurar que las imágenes y sonidos grabados en la vía pública serán utilizados solo para la prevención

de la violencia en la calle. También reclama que la consecución de las imágenes y su destino final queden previamente establecidos; que quede claro cual es la autoridad gubernativa competente, para que no haya duda de quién se responsabiliza de la captación de imágenes en cada momento. Asimismo, el CGPJ pide más garantías sobre la inutilización de las cintas. Finalmente, pide que se prohíba captar conversaciones privadas en lugares públicos.

La Agencia de Protección de Datos también eleva en verano de 1996 un informe al Ministerio de Justicia que pide "que se excluya expresamente en la ley la prohibición de hacer copias de las películas grabadas en las calles", una medida para evitar el uso indebido de las grabaciones.

Las propuestas del CGPJ y la APD son precauciones que, sencillamente, el legislador no ha visto necesario tomar. Lo que de cara a la opinión pública se defiende con palabras mitineras, queda excluido de la ley, que es lo que vale a la hora de la verdad. Mayor Oreja no se siente amenazado, por mucho que esta nueva ley sea excepcional y vaya contra el derecho a la intimidad y la propia imagen. Ni porque se opongan a ella Izquierda Unida y organizaciones ciudadanas o el socio CiU reclame "el mayor equilibrio posible entre la protección del derecho a la intimidad y el derecho a la seguridad ciudadana.

Un año de trámite parlamentario dio sus frutos, si bien tampoco estos tampoco sean para tirar cohetes. Aprobada el 17 de julio de 1997 en el Parlamento, con la oposición de Izquierda Unida, Begoña Lasagabaster (EA) y Pilar Rahola (Partit per la Independencia), incluyó algunas cautelas de las sugeridas por los organismos asesores. Por ejemplo, la prevención de destruir en un mes las imágenes y sonidos que se capten por este método se matiza: "salvo si sirven directamente a un proceso judicial o una investigación policial". Hasta tal punto es tibia la ley, a la hora de evitar abusos contra las personas, que el gobierno vio necesario engendrar otra ley para aplicar la del 97. Dicho reglamento no llegará hasta 1999. Así que la historia aquí esbozada sobre la

Ley de Videovigilancia y su reglamento viene a demostrar que es una historia breve, que roza la ilegalidad en lo que a la Constitución española se refiere. El comentario crítico del abogado Pedro Padilla Ruiz (1) la califica de “oscurantista” y afirma que plantea el debate “ en e linevitable clhoque entre libertad y seguridad”.

Conceptualmente hablando, su hilatura resulta paradójica, por no decir imposible: el “derecho a la seguridad ciudadana” no está recogido en ningún corpus jurídico ni en declaración alguna de los derechos humanos. La seguridad ciudadana es una materia por la que debe velar el Gobierno, pero no es un derecho de la humanidad, tal y como lo entendemos desde la Revolución Francesa y la Declaración de Independencia estadounidense. Considerarlo un “derecho” es una artimaña engendrada por el legislador, con la finalidad de justificar una tendencia que se puede tildar sin ambages de autoritaria. También es una forma de maquillar, bajo un concepto amable para la opinión pública, las prácticas policiales de un Estado autoritario. Cualquier ciudadano sabe que muchos derechos humanos son irrenunciables. Pero las diatribas surgen cuando nos acercamos a derechos como la intimidad. ¿Hay motivos para renunciar a él?: La ideología neoliberal imperante ya ha dado respuesta a esa pregunta: todos los derechos son renunciables, todo se puede comprar y vender. El sistema político aún carece de poder para comerciar sobre la libertad y la vida, pero todo se andará. De modo que pensar desde esa perspectiva el respeto a la intimidad es ilusorio.

En definitiva, por muchas cautelas que introduzca el legislador, el equilibrio entre el derecho a la intimidad y la propia imagen y el derecho a la seguridad ciudadana, resultará siempre una paradoja. Con este punto de partida, sólo queda exigir a las leyes que sean muy estrictas y claras a la hora de proteger los derechos constitucionales. Desde el momento en que las grabaciones están permitidas, el siguiente paso a vigilar es el tratamiento que se hace de las grabaciones. El problema se traslada del hecho en sí, la toma de imágenes y sonido con cámaras, a qué se hace con ellas una vez registradas. Dado que son susceptibles de convertirse en un archivo de vídeo en cualquier formato, ya sea digital o analógico, y que éstos son archivos con datos

personales, sólo queda estudiar qué dice la legislación sobre la protección de los mismos.

### Legislación

La Comisión Europea emitió el 19 de octubre de 1994 una RECOMENDACIÓN DE LA COMISIÓN (2) relativa a los aspectos jurídicos del intercambio electrónico de datos. Este texto se refiere a la protección de datos personales, en el artículo 7.4, en los siguientes términos: “Los datos personales deben someterse a la reglamentación vigente que regule la transmisión de estos datos en los países hacia los cuales, o desde los cuales, se transmiten”. De forma que es necesario remitirse a la legislación española, de muy reciente actualización. La Ley Orgánica de Protección de Datos de Carácter Personal (LOPD), de 13 de diciembre de 1999, derogó la conocida como LORTAD de 1992. Esta ley vuelve a plantear el debate sobre el equilibrio entre la protección de la privacidad de los ciudadanos y los legítimos intereses de todos aquellos que precisan de datos de carácter personal para el desarrollo de sus actividades en la nueva e-economía. “Lamentablemente, no parece que la nueva ley española vaya a servir para asegurar el equilibrio de los intereses en juego que exige la directiva 95/46/EC por lo que, desde nuestro punto de vista, se ha perdido la gran oportunidad de mejorar y corregir las deficiencias que supuso la LORTAD de 1992”, escribe Javier Fernández-Samaniego, abogado licenciado en Derecho con la Especialidad Jurídico-Empresarial en su reseña del pasado julio recogida por la Revista Electrónica de Derecho Informático. (3)

El investigador Ricardo Martínez Martínez, de la Universidad de Valencia, aportó un interesante artículo al I Congreso Internacional de Derecho e Informática por Internet (marzo Mayo de 2000), en el que compara el empleo de videocámaras en Francia, España e Italia. El texto muestra cómo la legislación italiana ha buscado un punto de equilibrio “entre el empleo de medios tecnológicamente avanzados en por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad en sociedades altamente tecnificadas y la garantía y tutela de los



derechos fundamentales”. Arguye lo siguiente: “la reciente legislación sobre la "privacy" o, empleando el término italiano, la "riservatezza", evidencia una voluntad política clara de hallar el punto de encuentro entre el cumplimiento de los fines policiales y la protección de la vida privada de los ciudadanos. Por otra parte, la Ley 675/1996 se concibe como un texto normativo más allá de la simple protección de datos que contempla de modo prácticamente global, en ausencia de prescripción constitucional específica, la "privacy". Precisamente por ello la autoridad independiente creada por la Ley, por una parte, ha desarrollado una interesante tarea respecto de los ficheros policiales de datos personales y, por otra, en materia de videovigilancia el garante ha generado, en ausencia de una legislación específica, una interesante "jurisprudencia".

En contraposición, el corpus jurídico español deja mucho que desear. En principio, porque la ley de videovigilancia ha tenido que esperar hasta hace poco más de un año para estar vigente, pues precisaba de un reglamento que no se aprobó hasta 1999 (5). La Universidad Carlos III ha elaborado un compendio completísimo sobre el régimen jurídico de la Videovigilancia, es decir, sobre todas las leyes, modificaciones, y sentencias derivadas de esta práctica (6). El tribunal constitucional ya ha emitido tres recursos de amparo a favor de los demandantes en casos de grabaciones hechas desde las cámaras callejeras. Quedan recogidos en la web citada de la Carlos III, por lo que no aburrirémos más al personal con farragosos textos jurídicos. Los numerosos huecos de la ley nos hacen prever muchos más casos favorables a los ciudadanos grabados en la calle.

La Agencia de Protección de Datos ha iniciado un expediente sancionador contra el diario deportivo Marca, del Grupo Recoletos por grabar a sus empleados en el interior de la redacción con una webcam, para que los visitantes de la página web del diario vean el fragoroso ambiente de trabajo: La sección sindical de CNT denunció el hecho con estas palabras: “debemos preguntarnos, a la vista de los últimos hechos acaecidos en la redacción de MARCA, si nuestra intimidad tiene también la obligación de pertenecer a todos. Al menos eso es lo que parece desprenderse de la aparición de una

cámara digital -webcam- que cada 15 segundos ha venido vertiendo nuestras imágenes en internet (<http://www.marca.es/webcam>) desde finales del año pasado. Y todo ello al más puro estilo caciquil que tanto caracteriza a Recoletos en cuanto a las relaciones laborales con sus empleados se refiere, puesto que ni siquiera nos han solicitado autorización para ello. Desde CNT entendemos que esta situación vulnera un derecho fundamental de los trabajadores como es el de la intimidad y así lo denunció ante la Agencia de Protección de Datos el 15 de febrero” (7).

Sólo queda concluir con la siguiente reflexión: La única garantía al derecho a la intimidad, posible en este caso, es la destrucción de los archivos, que obran en manos de los cuerpos de seguridad. Sabemos que el Cuerpo Nacional de Policía no renuncia a un archivo ni por mandato constitucional, y son centenares los artículos escritos en la prensa sobre la pervivencia de archivos que se remontan al franquismo. ¿Cabe esperar que lo hagan con las imágenes captadas en la calle? No sólo no lo hacen, sino, como en el ejemplo que ilustraba este artículo, ofrecen las imágenes para su difusión pública.

## **Webs**

Ley de Videovigilancia, texto íntegro:

<http://www.ucm.es/info/uepei/video.html>

(1) Noticias Jurídicas: Artículo de Pedro Ruiz Padilla:

<http://noticias.juridicas.com/articulos/ficheros/videovigilancia.htm>

(1 bis) Javier BARCELONA LLOP:

“A propósito de la Ley Orgánica 4/1997, de 4 de agosto, llamada de Videovigilancia”, *Actualidad Administrativa*, núm. 13 (1998).

<http://www.law.unican.es/administracion/ESTU/98005.htm>

(2): EUR-Lex: compendio en la web de la legislación comunitaria:

[http://europa.eu.int/eur-lex/es/lif/dat/1994/es\\_394X0820.html](http://europa.eu.int/eur-lex/es/lif/dat/1994/es_394X0820.html)

(3) Revista Electrónica de Derecho Informático:

[http://publicaciones.derecho.org/redi/No. 24 - Julio del 2000](http://publicaciones.derecho.org/redi/No.24-Julio-2000)

(4) Análisis de la legislación italiana, donde existe la figura del garante para la protección de datos personales de los ficheros y archivos de imágenes policiales:

<http://derin.uninet.edu/cgi-bin/derin/vertrabajo?id=15>

(5) Real Decreto 596/1999 de 16 de abril: Reglamento de desarrollo y ejecución de la Ley Orgánica 4/1997, de 4 de agosto, por la que se regula la utilización de videocámaras por los cuerpos y Fuerzas de Seguridad de Estado (*B.O.E.* núm. 93, de 19 de abril):

<http://constitucion.rediris.es/codigo/derechos/lpersonal/libertad/rd596-1999.html>

(6) Compendio de la Universidad Carlos III de Madrid sobre “Seguridad Ciudadana y Derechos Fundamentales: régimen jurídico de la Videovigilancia:

<http://www.uc3m.es/uc3m/dpto/PU/dppu02/Videovigilancia.htm>

(7) CNT, boletín de edición digital:

[http://www.google.com/search?q=cache:www.cnt.es/Noticias/Not038\\_Marca.htm+grupo+recoletos+cnt&hl=es](http://www.google.com/search?q=cache:www.cnt.es/Noticias/Not038_Marca.htm+grupo+recoletos+cnt&hl=es)

Real Decreto 1247/1998 de 19 de junio que modifica el de 21 de mayo de 1993, por el que se aprueba el reglamento para la prevención de la violencia en los espectáculos deportivos:

<http://www.mir.es/derecho/rd/rd124798.htm>

Orden del 9 de noviembre de 1998 del Consejero de Interior del País Vasco que hace pública la constitución de la Comisión de Videovigilancia y Libertades creada por el decreto 168/1998 de 21 de julio, por el que se desarrolla el régimen de autorización y utilización de videocámaras por la Policía del País Vasco en lugares públicos:

[http://www.euskadi.net/cgi-bin\\_k54/bopv\\_00?C](http://www.euskadi.net/cgi-bin_k54/bopv_00?C)

(una vez en la web, pinchar en búsqueda simple y señalar el año 1998, el número 231 y en texto libre introducir la palabra “videocámaras”

Mark Boal, The Surveillance Society

<http://www.villagevoice.com/issues/9840/boal.shtml>

Instituto Internacional de Sociología Jurídica de Oñati:

<http://www.iisj.es/>

International Sociological Association, de la Universidad Complutense de Madrid:

<http://www.ucm.es/info/isa/rc12.htm>

The Law and Society Association:

<http://www.lawandsociety.org>

European Community Studies Asssocation:

<http://www.ecsa.org/eulawsection.html>

European Court Of Human Rights

<http://www.echr.coe.int>

Este sitio informa sobre la composición de esta institución del Consejo de Europa; su historia, los casos vistos y decisiones, los casos pendientes y textos básicos, entre otros contenidos.

Fronteras Electrónicas (FrEE)

[http://www.arnal.es/free\\_j](http://www.arnal.es/free_j)

Si bien este grupo se ha disuelto, conserva el website con todos los contenidos, incluidas las campañas para la protección de datos personales, entre otras.

Juventudes Libertarias, Dossier sobre la Ley de Videovigilancia:

<http://gdomain.com/Flyingmind.Com/FIJL/dvideov.html>

## **Webzines**

Federación Ibérica de Juventudes Libertarias

<http://gdomain.com/Flyingmind.Com/FIJL/videov.html>

“A-infos”, servicio de noticias por y para anarquistas:

[www.ainfos.ca/99/may/ainfos00276.html](http://www.ainfos.ca/99/may/ainfos00276.html)

Contra-info

<http://netpop.cam.org/forum/msg00943.html>

Solidaridad Obrera:

<http://www.ecn.org/solidaridad-obrera/anterior.htm>

Erantzunekimena:

<http://www.sindominio.net/leioa/erantzunekimena/panfleto1.html#castellano>

El Acratador 55:

<http://www.geocities.com/CapitolHill/4858/55acratc.html>

## **ARCHITECTURE + SURVEILLANCE. THERE IS NO LIFE LIKE IT...<sup>51</sup>**

**By Alexander Pilis**

---

To survey and to be under surveillance is here with us to stay, there is no life like it!

Urban form and architecture has been the embodied surveillance device to manifest power and its authority. Previous to the articulation of the panopticon, a work published by Jeremy Bentham 18th century, the palace and the church composed the two major architectural forms to which we may extend fortresses, an architecture to defend its interest and the market square, a place where the social exchanged goods beneath the palace and the church clear eyes. One manifested one's might, one manifested the sovereign, one manifested god and one manifested its authority. Architecture was developed accordingly to these requirements. You couldn't take the egg out of the omelet.

At the end of the 18th century, new problems were posed: the arrangement of architectural spaces are to be utilized for political and economic ends. And we can now add to the 20th century and on list; entertainment and commercialization of being watched, which disguises itself to reassure that we are part of a well behaved utopic society. We could understand in detail the history of surveillance by understanding the implication in the development of the urban and architectural construction and its spaces, a conscious agent of the history of the forms of power, from the major strategies of geopolitics to the tactics of urbanism, housing, classrooms and hospitals organization, by way of all the political, economic, and commercialized entertainment world. The economic mutations of the 18th

---

<sup>51</sup> This text has been drawn and blurred with the text "The Eye of Power" by Michael Foucault, published by *Semiotexte*, Volume III, No. 2, 1978.

century made it necessary for the effects of power to circulate through finer and finer systems, reaching individuals, their bodies, their gestures, every one and their daily activities. Power was to be as effectively exercised over a multiplicity of people as if it were over one individual.

A transparent society, through the idea and use of light, is to create shadow and expose the body as a viewed society, to see and to be seen. At once visible and legible in every one of its parts; a society where there were no longer any zones of obscurity, where each man, from his own position, could see the whole of society, were and are carried out freely. A form of power that is always and everywhere observant. The architecture of fortresses were build as whole signs with towers so that the spaces in between each tower were clear eliminating the blind gap between its distance, consequently the body was located in constant view. Architecture was the apparatus of surveying, built materially to personified the notion of guarding and viewing the other.

20th century on with the invention of the camera, monitor and other technological devices refined the ability to displace architecture from the built notion of being the surveying apparatus, and to disguised the function to the surveyed body in motion. The camera and monitor gave the possibility to translocate the guard from the viewing position, were the action is actually located, so that one no longer has the knowledge where the observer is located, which means surveying is no longer an integral part of architecture as a surveying apparatus. The notion of the guard has also lost its explicit sense, an individual in a central tower to the larger society in watch; candid camera and the TV programme survival, has shown that paradise has a camera so that anyone from its home leisure can be reassured that is paradise.

In the past architecture insured that people had the knowledge that the land, the property or themselves were being watched, the form imposed its authority. Recently with the translocation of space between the camera, the monitor and the disguised miniature devices, architecture is no longer needed as a surveying structural support. The body has been stripped from its architectural signifier, architecture can take another sign. What still maintains with or without architecture, stronger and more articulate is the notion of total visibility, to deter the improper act on account of their being submerged in a field of total visibility where the opinion and act of one's fellow men, their observing gaze, and their discourse would prevent one from doing evil or detrimental deeds. Since late 18th century more things have come into the playing field, ideas of transparency, reflection, light, high power lenses, one way mirrors, satellites and heat sensor consequently has eradicated the blind spot. Thus there is no need of architecture since these recent apparatuses as parasites are mere appliances and they can be shifted and attached to any necessary site, angles of view, measurements, distances and time accordingly to the observant needs. Most of our society has accepted that, being surveyed is part of our daily unconscious life. One trip from home to work can be recorded at least twenty five times.

Recently the French police in Paris detected that Grapo, a Spanish terrorist group used public transportation within their city. With this knowledge the police connected all their fixed cameras in public places to map and locate their daily activities and capture the whole group by total surprise in Paris.

Architecture in the past articulated a central sole authority and reassured its built form as a surveillance device, a perspectual tool of measurement,



a one view position. The cameras either visible or camouflaged placed in various point though out the city has extended the notion of centrality to a multiplicity of central positions within the city and the rural, a parallax condition, various views from distinct positions gives the ability to view and map a subject from various angles.